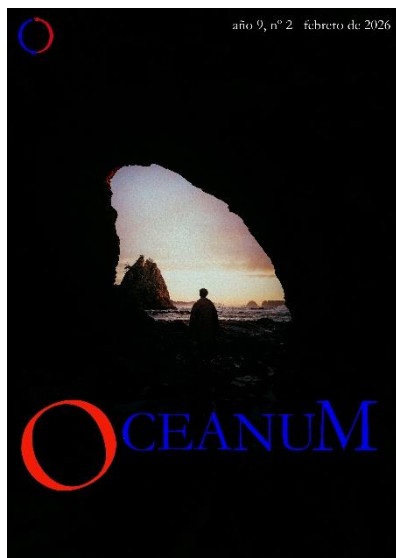




año 9, nº 2 febrero de 2026



OCEANUM



OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 9, nº 2

Febrero de 2026

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Osvaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciontextosam@outlook.com

Página web:

www.revistaoceanum.com

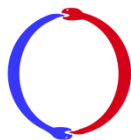
Sara@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

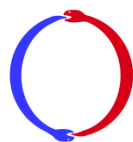
Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



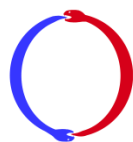
De la historia siempre se aprende. De hecho, es lo que solemos hacer cuando interiorizamos los acontecimientos pasados y, a partir de ellos, elaboramos posturas, procedimientos y acciones para afrontar los nuevos retos que nos propone el avance de la ciencia y de la tecnología o los cambios sociales. Más allá de este proceso de aprendizaje, la historia también nos enseña algo más: todos los grandes cambios han sido precedidos de un desarrollo cultural significativo en el que, de una u otra forma, a favor o en contra, se han sustentado. A veces fueron procesos pausados, de siglos, cocción a fuego lento y cocina a baja temperatura. Otras, los desarrollos fueron rápidos y las ideas explotaron en una especie de tsunami de ciencia y de cultura. Luego vinieron las revoluciones y los cambios, las grandes transformaciones y los nuevos usos sociales. Por ejemplo, la mayoría de los cambios ocurridos a lo largo del siglo XX —incluso las guerras y conflictos— tienen sus raíces en las ideas, los desarrollos y descubrimientos que se cocinaron a lo largo del siglo XIX.

Es cierto que puede haber movimientos sin un sustento cultural detrás y pueden brillar momentáneamente como la mayor supernova, pero están condenados a la oscuridad casi inmediata porque debajo de ese brillo de oropel no hay nada. Solo vacío. Es fácil identificar estos sucesos: repentinos, sin avisar, planetarios, se vierten ríos de tinta tonta, se genera discusión, se enconan las posturas y, cuando el debate se encuentra en lo más álgido, el brillo se ha apagado y todo el mundo muda a la siguiente pantalla como si no hubiera pasado nada. Cualquier propuesta tiene que tener una base sólida para que pueda mantenerse y esa base cultural debe haber calado, de una forma u otra en la sociedad.

Ahora asisto atónito a uno de esos movimientos eufóricos protagonizados por un individuo a quien los mismos que ahora lo ensalzan, hace solo unas horas lo denostaban como el contraejemplo cultural por excelencia. Sin embargo, Benito salió al escenario y se posicionó claramente en contra del satán de turno y solo por eso se le perdona todo. Los que antes tildaban su “música” de descerebrada, de cosificación de la mujer, de hipermachismo, resulta que ahora se deshacen en elogios y genuflexiones y alguno hasta está dispuesto a comprarse toda la colección de elepés por triplicado, si hace falta. ¡Hasta Duolingo encontró un incremento del 35 % de usuarios para aprender español tras la actuación! Increíble. ¿Hay algo positivo en todo esto? La verdad es que no, salvo darse cuenta de que el mundo actual no necesita cultura, sino basura. ¿Esta es la alternativa? Sinceramente, no sé qué es peor. No me puedo creer que la elección quede reducida a optar por uno de estos dos. ¿Es que no hay una ameba mediática que quiera ser alternativa? ¿Un ficus? ¿Nadie...?



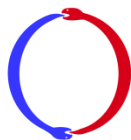
6	La galera		
	Entrevista a Enrique Bonete	Ginés J. Vera	6
	Criaturita...	Miguel A. Pérez	11
17	Dentro de una botella		
	Giordano Bruno: la condena al pensamiento libre	Diego García Paz	17
	<i>En el lado salvaje</i> , Tiffany McDaniel	Pravia Arango	21
	Las sorpresas de Dahl	Goyo	24
27	Estelas en la mar		
	Con la poetisa Berta García Faet	Encarnación Sánchez	27
30	Anaquido kalimat	عَنَاقِيْدُ كَلِمَاتِ	
	Hassan Marso	حسن مرصو	Encarnación Sánchez 30
	De Darwish a Pizarnik: resonancias árabes y occidentales en Hassan Marso	Víctor Hugo Pérez Gallo	34
36	L'imperceptible écume		
	Laurent Grison	Miguel Ángel Real	36
45	Outros mares		
	Cinco, del poemario <i>Area (Arena)</i>	Manuel López Rodríguez	45
	¡Se eu puidese saber...!	Augusto Guedes	47
50	Otres mares		
	Dos poemas	Alfredo Garay	50



53	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		54
	Con un toque literario	Goyo	58
	Noticias breves		60
64	Gran Sol		
	<i>La voz de los muertos</i> (Extracto)	Carmen de Burgos	64
111	Nuevos horizontes		
	Defensores	Oswaldo Beker	112
	El conserje	Ginés J. Vera	114
	Olduvai	Isaías Covarrubias Marquina	119
	Afrodita y la mujer del teléfono	Miguel Quintana	123
130	Créditos de fotografía e ilustración		



Entrevista a Enrique Bonete



Ginés J. Vera

(2009), *Neuroética práctica* (2010), *Poder político: límites y corrupción* (2014), *Tras la felicidad moral* (2015), *Filósofos ante Cristo* (2016), *La maldad* (2017), *El morir de los sabios* (2019), *Con una mujer cuando llega el fin* (2021), *El abrazo velado* (2022) y *Ética de la guerra* (2024).

En la breve introducción al libro, nos adelanta que lo forman una serie de correos que mantuvo con una alumna. En esencia, que está basado en hechos reales, por así decirlo. Siendo así, me preguntaba si la decisión de acabar publicándolo es una especie de homenaje a aquella alumna de *Ética*. ¿Qué ha sido lo más difícil a la hora de mandar este *Diálogo* a la imprenta?

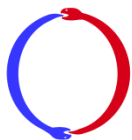
No, más que un homenaje, la decisión de publicarlo proviene de que en varios momentos de nuestro intercambio epistolar ella consideraba que sus reflexiones y las mías, derivadas de relevantes sabios, podrían contribuir a que otras personas inmersas en contextos de sufrimiento y cercanía de la muerte alcanzasen algo de luz y serenidad. Fue ocurrencia suya. Pero, como explico en el Epílogo, yo tenía mis dudas sobre cómo organizar todo el material escrito que habíamos ido acumulando durante casi dos años. Meses después de su muerte, seleccioné solo aquellos correos de carácter filosófico que se centraban en el sentido del vivir y morir. Y eso era algo difícil, pues sus reflexiones estaban entremezcladas con descripciones de su enfermedad. Tenía que decidir por mí mismo (sin consultar con ella) qué convenía eliminar y qué era mejor conservar para la posible difusión pública. Durante años mantuve en un archivo del ordenador la selección de los mejores *emails*, sin saber qué hacer con los textos. En el Epílogo explico cómo surgió la inesperada posibilidad de publicarlos.

Creo que el gran tema sobre el que gira el libro es la proximidad de la muerte. En ese sentido,



QUERIDO profe, me invaden las tinieblas es el título del libro escrito por mi paisano, Enrique Bonete (Valencia, 1959), quien me concedió, recientemente,

una entrevista para *Oceanum*. Bonete es catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Salamanca. Amplió estudios en Estrasburgo, Berlín y Oxford. Ha publicado numerosos trabajos en revistas especializadas de *Ética* y de Filosofía Política y coordinado varias obras colectivas. En 2018, recibió el Premio María de Maeztu a la “excelencia científica”, que otorga el Rectorado de la Universidad de Salamanca. Entre sus libros recientes destacan: *Ética de la dependencia*



le traigo una de las frases del libro, también de Nuria, por si nos la quiere acomodar. Es esa en la que comenta que “padecer una grave enfermedad y tener delante la perspectiva de una posible muerte más o menos cercana ayuda a percibir lo esencial”.

En efecto, mi joven alumna se iba percatando de que, a pesar de no haber alcanzado durante su vida —según ella— alguna meta que consideraba importante, de lo que sí iba siendo cada vez más consciente era de que la cercanía de la muerte ofrecía una luz especial sobre aquello que es, de verdad, lo más valioso de la existencia humana: las relaciones interpersonales, el amor. Su enfermedad la ayudó a reestablecer una relación con sus padres que, según me explicó, estaban casi rotas. Por eso, en algunos *emails* se habla de que se sentía amada por sus padres y de que lamentaba haber sido arisca con ellos durante muchos años. No cuento detalles sobre esta cuestión familiar, pero, sin duda, la cercanía de la muerte la reconcilió de un modo conmovedor con sus padres. Algo de ello se constata en algunos *emails*.

Leyendo su libro, en algunos momentos, he barajado la idea de si Nuria pensó en acudir a un profesional de la psicología. Dicho ello sin desmerecer la ayuda que le solicitó y usted le brindó, por descontado. En ello, vuelvo a encontrar una frase, por si nos la quiere comentar; en este caso suya, cuando le comenta que “saborear la auténtica filosofía no es especulación vacía, sino disfrutar de una especie de terapia”,

No, nunca me dijo nada de ponerse en manos de una profesional de la psicología. Ni a mí se me ocurrió aconsejarlo. Se podría decir que mis correos ella los leía y releía como una especie de terapia personal, intelectual, profunda, que la ayudaba a mirar con cierta calma lo que le

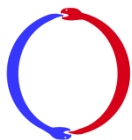
esperaba. Me consideraba su confidente, lo cual, como le comenté, me parecía excesivo. Pero, ciertamente, con los *emails* y sus respuestas me fui dando cuenta —y la alumna también— de que hay sabiduría vital que emana de los clásicos (Platón, Epicuro, Cicerón, Séneca, Montaigne, Spinoza, Schopenhauer, Unamuno...) con tal fuerza y lucidez que contribuye a vivir con sensatez y a aprender a morir con serenidad. Durante siglos, la filosofía se estudió como una sabiduría de la vida. Por eso se entiende muy bien la célebre frase de Epicuro que le cité a mi querida Nuria en alguna ocasión: *Vana es la palabra del filósofo que no remedia ningún sufrimiento del hombre*.

En efecto, la filosofía tiene una dimensión sapiencial que ayuda a salir de la oscuridad mental y a enfrentarse de un modo sensato y lúcido a las adversidades, entre ellas, la muerte cercana, inminente. A mi juicio, y con todo el respeto a los psicólogos, la sabiduría derivada de numerosos pensadores clásicos puede llegar a ser como una especie de terapia capaz de curar las enfermedades del alma vinculadas a los miedos irracionales e imaginarios que la llegada del fin suele provocar.

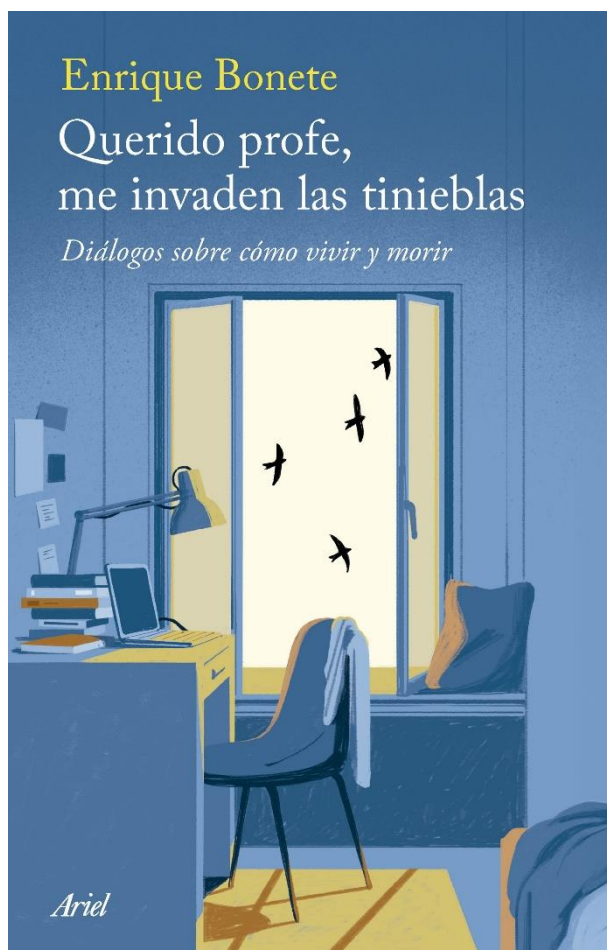
En otro de los correos, le comenta a Nuria la importancia de saborear, pero concretamente “experiencias gozosas que otorguen sentido al existir cotidiano”. Me ha gustado especialmente, porque creo que de algo así va el sentido de la vida, el de nuestra existencia, ¿es así?

Así es. Meditar en la muerte, ser consciente de que en cualquier momento podemos desaparecer de este mundo, contribuye a gozar bien de la vida, a buscar lo esencial, a no desaprovechar el tiempo, a disfrutar de las amistades, de aquellas tareas que nos otorgan plenitud y satisfacciones profundas. Es más, para este sabio renacentista¹ —que sufrió la muerte prematura de varias de sus hijas—, la constatación de que

¹ Michel de Montaigne.



el final puede estar cerca nos ayuda a saborear con mayor esmero lo cotidiano, los pequeños placeres, lo mejor de la vida, que es la amistad, las relaciones familiares, la compañía de los seres queridos. La muerte, por así decir, cuando se acerca, nos enseña qué es lo más valioso de la existencia humana.



Nuevamente, recurro a una de las frases del libro, para que nos desgrane la sutilidad y la sabiduría de esta. Concretamente de “todos hemos de desaparecer, no sabemos cuándo. Por eso, vivir en plenitud coincide con prepararse realmente para morir en cualquier circunstancia”.

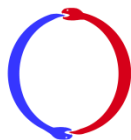
Yo creo que esta frase resume muy bien en qué consiste la plenitud de la vida, la más elevada sabiduría que se puede alcanzar: estar preparado para morir en cualquier momento. Hemos de vivir de tal modo que la muerte ajena o propia no nos parezca algo horrible, inesperado,

sorprendente, injusto, cruel, etc. Saber vivir lleva consigo saber aceptar de modo profundo que las personas amadas, y uno mismo, pueden desaparecer de este mundo en cualquier momento, no solo dentro de muchos años. Ser feliz lleva consigo vivir sin temor a la muerte. Quien nunca piensa en ella, porque la teme de modo irracional, en el fondo, según Séneca, es una persona necia, carente de sabiduría y discernimiento. Y quien la mira constantemente como una posibilidad real, alcanza la más alta sabiduría y es capaz de saborear con ponderación lo mejor de la vida.

Leyendo *Querido profe, me invaden las tinieblas*, he meditado sobre el nuevo interés que parece que el estoicismo y los filósofos estoicos están cobrando estos últimos años. No sé si también lo ha notado y, de ser así, ¿por qué esa vuelta a aquellos pensadores en concreto? ¿Qué nos pueden aportar los estoicos a quienes vivimos en el siglo XXI?

En parte ya he respondido a esta cuestión. Este librito, *Querido profe, me invaden las tinieblas*, aunque está repleto de reflexiones propias de la sabiduría estoica, no se reduce a esta sabiduría grecorromana. Encontramos también sabios como Descartes, Spinoza, Schopenhauer y Unamuno. En los dos primeros hay cierta influencia del estoicismo romano. No así en los dos últimos filósofos, que también expliqué a mi alumna. Pero igualmente encontramos una sabiduría cristiana, una esperanza cristiana que mi joven alumna, siendo agnóstica (o ateílla, como se definía a veces), anhelaba conocer y creer (aunque no sabía cómo) en su etapa final, cuando se encontraba cada vez más frágil, teniendo en cuenta el avance de la enfermedad letal.

A través del pensador y poeta, que fue rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, tuvimos unos correos finales muy emotivos, en los que constaté que Nuria

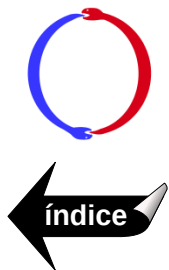


deseaba con todo su corazón que la aniquilación no fuera total, que ojalá hubiera un Dios que la rescatara de la muerte. Quería creer en Dios, pero no sabía cómo. Esto ya no es estoico, ni es una moda contemporánea. Es algo muy profundo, que se expresa con la gran pregunta que suscita Unamuno: ¿qué va a ser de mí?

Me encontré con *emails* de mi alumna —a los que contesté con sencillez y sinceridad— en los que me suplicaba que le diese a conocer algunas creencias cristianas que ella ignoraba y que suponía yo mantenía. Este anhelo de ser y de esperar queda reflejado con tensión emotiva en los correos de la tercera parte, que he titulado *El umbral de lo indecible*. Cuando vuelvo a leer estas páginas finales suplicantes, aún me conmueven.

Criaturita...





Miguel A. Pérez

gritos la jubilación para que podamos recordar lo que era y se nos olvide lo que es. Han crecido otras “mandrágoras” en Madrid y en otras ciudades y más tríos han querido emular aquel momento singular, con escaso éxito. Lo original no admite copia y, cuando se intenta, la apuesta está condenada al fracaso. A veces, conviene recordar que la rueda está inventada desde hace milenios.

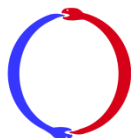


DIVINA, adivinanza. Así se titulaba una canción de Joaquín Sabina escrita con su clásico estilo de enumeración de cuando hacía buenos poemas, de cuando cantaba con voz aguardentosa, aún no devenida en eructo insoportable, de cuando quería ser Aute y se quedó en el intento, de cuando era un músico con futuro y él no lo sabía, de cuando cantaba en un local de la Cava Baja del barrio de la Latina de Madrid, de cuando un día decidieron grabar un disco en directo, de cuando los egos no estaban desarrollados y los amigos eran eso, amigos, compañeros de copas y guitarras, de cables a veces medio pelados, micrófonos con olor a tabaco, amplificadores a válvulas, altavoces que ya lo habían dado todo y público, poco porque no cabía más, aunque entregado a la causa. Él, Javier Krahe y Alberto Pérez grabaron *La mandrágora* en directo, en el local de ese mismo nombre. Desde aquel 1981 ha pasado mucho tiempo... El local ya no existe, Javier Krahe se nos fue, de Alberto Pérez no se sabe nada —musicalmente hablando— desde hace mucho y Sabina..., pues eso, que pide a

Adivina, adivinanza es una canción llena de humor negro —más bien, rabia, frustración e historia robada, como la misma letra asegura— que propone el juego de adivinar el destinatario de los versos y de una música que empieza con los compases del popular pasodoble *Suspiros de España* con una cierta burla («música con raíces» se escucha, mientras sus compases se difuminan entre el ritmo machacón con el que continúa la melodía principal). El pasodoble fue música militar en un primer momento y es frecuente que se use para marcar el ritmo en los desfiles de tropas, pero hace mucho tiempo que solo es música de baile popular, partitura de banda municipal y domingos de primavera o, como en el caso del comienzo de la canción, desprecio porque sí. Sin embargo, *Suspiros de España* nunca fue música militar ni melodía de tarde de carnicería en tendidos de sol, sino todo lo contrario, himno del exilio y de la emigración, consecuencias ambas de la falta de libertad, de la falta de comida y, por encima de todo, de la falta de esperanza de los años oscuros de la dictadura. Al margen de ese pequeño error inicial, el juego propuesto por el cantautor no deja títere con cabeza en lo que es un intento de abrir las ventanas del cuarto y, ante la imposibilidad de eliminar el hedor de lustros de cerrazón y miseria, hacer un vaciado general y no dejar ni la pintura de las paredes:

... A su entierro, de paisano,
asistió Napoleón, Torquemada
y el caballo del noble Cid Campeador...

Adivina, adivinanza, Joaquín Sabina



La enumeración continúa con tal cantidad de detalles que no hace falta ser un lince para adivinar el nombre del protagonista de las exequias, que no voy a escribir por respeto (a Sabina).



Adivina, adivinanza... Del mismo modo, sin que intente ser una copia versionada o una versión copiada, me permito la libertad de plantearle a usted como lector otro juego de adivinanza, esta vez de un autor y del título de una obra. No se preocupe, se lo voy a poner fácil, porque de otro modo, sería difícil mantener algún interés en la crítica.

Reconozco que el individuo no me cae bien. No me gustan los postureos mediáticos ni la publicidad que trata de convencer de que algo es fantástico y único solo porque lo repite esa publicidad, una y otra vez, a lo Joseph Goebbels —el de «Una mentira mil veces dicha se convierte en una gran verdad»— y sin más referencias que la de su propio eco. No me gustan los disfraces fuera de Carnaval, los hábitos sin monje o monja ni las actuaciones fuera del escenario. Así pues, cuando me puse a leer su libro, cargaba a la espalda una pesada mochila de rechazo hacia el barbitas, melenitas y boinitas, aunque esperaba desprenderme de ella con la lectura. Si el texto es bueno, enseguida olvido la pluma y disfruto la tinta. Si

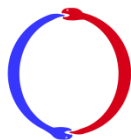
no, *nero di sepi*. En alas de esa publicidad esperaba encontrarme con la quintaesencia del *noséqué* y olvidarme del personajillo, como me había ocurrido otras veces con autores que me caían mal, pero cuyas obras podría leer y releer y disfrutarlas desde la primera página. ¿Quién dijo eso de que “solo se debe leer a los muertos”? Quizá tenía razón.

Luego, estaba la temática. Tampoco ayuda mucho leer sobre la Guerra Civil Española. Se ha escrito tanto, desde tantas posiciones, con tantas ópticas, que el terreno no es que esté trillado, es que necesita unos cuantos decenios de barbecho para que tenga una mínima posibilidad de dar nuevos frutos. No estoy diciendo que el asunto deba olvidarse —tampoco afirmo lo contrario, esa es otra discusión diferente, de más enjundia y ajena a la literatura—, solo me refiero al tema como objeto literario. ¡Otro libro sobre la Guerra Civil Española! Y van...

En definitiva, ni autor ni tema. ¿Qué queda? Solo curiosidad morbosa, aunque uno siempre espera que la publicidad sea cierta, que lo que te comentan los conocidos se convierta en verdad y pases un buen rato disfrutando de la lectura. Es distinta. ¿Sí? Creo que está muy bien. ¿La leíste? No, no, aún no, pero lo haré. Ah, vale... Quería equivocarme y no invertir un tiempo siempre escaso en una lectura intrascendente, quería que el sucumbir a la tentación de la curiosidad no acabara con la muerte del gato, sino en el descubrimiento de un tesoro, aun a sabiendas de que ya no es tiempo de tesoros ni de piratas de película, ni de novedades. Quería creer. Creo que quería. Me hubiera gustado perdonarle el postreo y lo que tenga de impostor, me hubiera gustado que Goebbels no tuviera razón.

No fue el caso.

El texto era insoportablemente mediocre y ramplón, formado por un batiburrillo de ideas

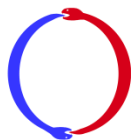


tomadas de aquí y de allá y que denotaban un profundo desconocimiento de aquella guerra. Se notaba que había indagado, pero desde la distancia, con lo que la superficialidad era tan transparente que deja ver la cercanía del fondo. El río llevaba poca agua... Apenas historias que son cuentos y que, a fuerza de inconexión, producen una sensación de mercadillo de domingo en las calles de cualquier pueblo. Aquí hay de todo, pintado o despintado, nuevo o viejo, copiado o novedoso, del norte, del sur, del este y del oeste. Todo vale, todo se añade a la pócima con la esperanza de que el bebedizo dé resultado. El autor pretende sumar todo el espectro de colores, puesto que la teoría dice que el resultado es el blanco cuando es luz y el negro cuando es pintura, pero todos hemos jugado con los colores de la plastilina y sabemos que la mezcla de todos los colores, inevitable al cabo de un tiempo, terminan en un tono marrón que ni siquiera se parece a la tierra, sino más bien, a la mierda.

No, no. No se indigne antes de tiempo. No es ese el calificativo que otorgo a la obra. Está bien escrita y la lectura no resulta desagradable. Y ya. Hasta ahí. El resto, lugares comunes, que, de tanto transitados, se mimetizan con el fondo y se tornan indiferentes. Nada que no se haya leído, visto u oído en libros, películas y hasta en la música. Es como poner *Amanece que no es poco* en un libro, quitarle la gracia, añadir cuarto y mitad de resentimiento y una cucharada sopera colmada de amargura, y luego construir un relato bajo en calorías, sin azúcares añadidos, sin alcohol y bajo en sal. Una novela del régimen —perdón, quise decir “de régimen”—, ideal para cantamañanas, veganos, buscadores de visibilidad, colectivos marginados por sí mismos, izquierdistas de café y devoradores con moderación de jamón de York cero-cero. Así es la novel..., el libro, el libro, que no está claro que sea una novela. En realidad, no sé lo que es. Esto carece de importancia. Añadir etiquetas, enmarcar en un género u otro, cuadricular el mundo, en definitiva, no

deja de ser más que una simplificación. La literatura es literatura y crear particiones disjuntas e impermeables con los territorios aledaños no es más que una forma de tratar de poner puertas al campo. En este sentido, digamos que la obra transita por los terrenos de la narrativa; así, en general, sin más concreción.

¿Realismo mágico? Retorcer una escena hasta privarla de cualquier verosimilitud y convertirla en puro histrionismo tiene poco que ver con el realismo mágico, una corriente que también fue literaria, a la que se han adherido algunos autores y en la que se han colocado a muchas obras ajenas a dicho movimiento, hasta convertirla en una especie de cajón de sastre en la que cabe todo, se ajuste o no a los principios del movimiento y en la que se ha metido el sopor de *Cien años de soledad* del sobrevalorado García Márquez al lado de la versión de rebajas de enero de *La casa de los espíritus*, a cargo de la comercial, mediática e insulsa Isabel Allende. Hasta han querido etiquetar así al *Pedro Páramo* de Juan Rufo cuando sería fácil desmontar tal asignación y recordar que “solo” es una inmensa metáfora en la que Rufo quiso representar el inmovilismo mexicano y lo hizo con maestría. Así que no es de extrañar que, ante unas cuantas exageraciones en las que el autor va más allá de cualquier realidad plausible y se adentra en el terreno de la simple fantasía, se haya querido ver realismo mágico donde lo único que hay es un ejercicio de imaginación con mejor o peor resultado. Pero nos gustan las etiquetas. Por eso se ha etiquetado así la obra: realismo mágico alrededor de la Guerra Civil Española. Por eso y por buscar adjetivos y asignaciones que no se hayan usado hasta la fecha y que no pretenden más que añadir una capa de abono sobre un terreno esquilado para conseguir que florezcan las ventas. Porque de eso se trata. Publicidad y ventas. ¿O hay alguien tan ingenuo que piense que esto va de otra cosa? Se ha generado una imagen de marca y se ha vendido con éxito. Probablemente alguien preguntó a ChatGPT qué aspecto tendría que



tener un escritor que pudiera estar en cualquier protesta desnatada y baja en calorías. Solo queda ponerle el disfraz al santo y llevar el paso de procesión por todos los templos cultuoretas.

El autor se ha pateado todo el país en un ejercicio de promoción como no se había conocido en los últimos años. Un esfuerzo que ha tenido un resultado que parecía imposible: un éxito editorial. ¿Calidad? ¿A quién le importa si se venden cientos de miles de ejemplares y se han añadido al cóctel todos los premios a los que se podía acceder? Cuando se ve la oportunidad, es fácil apostar por el caballo que destaca sobre el grupo.

Cuando se hace algo semejante con una obra que no transita por terrenos ideológicos, los efectos colaterales se convierten en invitaciones a tertulias, mesas redondas y otros formatos similares en donde el autor dejará ver sus fortalezas y sus carencias sin que unas y otras tengan más efecto que el meramente cuantitativo en sus ventas *ad futurum*. Sin embargo, cuando no se esquivo la ideología es difícil eludir la política. Y la política, lejos de ser lo que etimológicamente tiene de praxis en aras del bien común, es un campo abonado para las vísceras y la falta de templanza, para el grito sin reflexión, para la mentira y para la distorsión, así que en este contexto es imposible ganar. Siempre pierdes.

La política... La maldita política, terreno de arribistas, sinvergüenzas, aprovechados, pute-ros, chorizos, maleantes, imbéciles, iletrados, embusteros, mangantes, zoquetes, trepas, ladrones, incompetentes —¡ayúdeme, oh, Sabina, que necesito seguir la enumeración...!—, sus familiares, concubinas, adláteres y algún que otro ingenuo que piensa que eso no es así y que, al final, es el que terminará metiendo la pata hasta el corvejón y liándola parda. Pues en esa

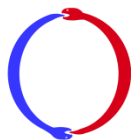
política de polarizaciones interesadas —qué importa crisar y que terminemos partiéndonos la crisma a garrotazos si yo puedo trincar cacho— han colocado al melifluido autor y, este, en un ejercicio que no sé si es de cobardía supina, la consecuencia de estar mal aconsejado o, simplemente de pura incompetencia, en lugar de enfrentar al monstruo (o monstruos) perdió el culo corriendo. En unas jornadas en las que se pretendía hablar de un pasado que aún levanta polvareda, invitaron a unos y a “los otros”. No les cantó las cuarenta, no los calificó como se merecen, no levantó la voz, valiente y aguerrido, no defendió la trinchera y las armas, sino que abandonó la lucha ofendido por tener que compartir una misma pelea verbal con “los otros”. Pero, alma de cántaro, de eso se trata la pelea y así debe hacerse para que no vaya más allá de lo verbal. Si los contendientes no son “los otros”, no hay ninguna disputa, sino una tertulia de café entre colegas, unos güisquis² y, si acaso, unos canutos.

No obstante, entiendo la mieditis. Una cosa es escribir, recibir la inspiración de las musas, volcar ternura y bonhomía en las frases, hacer que las páginas florezcan como las rosas en la primavera y otra muy distinta, batirse el cobre con profesionales del debate. El problema es que, si se borra como referente, su producto pierde alma y se convierte en un simple ejercicio de estilismo. Y justo esa es la sensación que produce leerlo.

Blando. Blandengue. Descafeinado.

Las jornadas se han suspendido. El autor seguirá visitando terrenos amables y puertos amigos. En las jornadas, será sustituido por algún otro que garantice el debate y que en el intercambio de bofetadas —dialécticas— no se ponga en fuga. Habrá bronca, claro. De eso se trataba. Siempre se trata de eso. Y la huida

² Con el permiso de Sabina, le tomo el palabro de su canción “Güisqui sin soda” (*Juez y parte*, 1985).



contribuye directamente a dar publicidad a unas jornadas que, de otra manera, hubieran pasado mucho más desapercibidas.

Por alguna razón, me viene a la cabeza una viñeta del genial Forges, en la que el hijo se queja amargamente a su madre debido a que lo echaron de la guardería porque le salió bigote. Y la madre responde, cariñosa: «Ángel mío, criaturita». Pues eso, criaturita...

Saben a qué libro me refiero y quién es su autor, así que me permito reproducir los últimos versos de *Adivina, adivinanza*, de Joaquín Sabina.

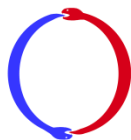
... Como ya habrá adivinado
la señora y el señor
los apellidos del muerto
a quien me refiero yo
pues colorín colorado,
igualito que empezó,
adivina, adivinanza,
se termina mi canción.

¡Qué bueno era Sabina!



Giordano Bruno

La condena al pensamiento libre



Diego García Paz

que a día de hoy la propia ciencia defiende, en cuanto a la infinitud del cosmos y la existencia de innumerables sistemas planetarios similares al de la Tierra, fue objeto de denuncia ante la Inquisición por diferentes cargos, siendo el más importante de ellos el de herejía. Giordano quería que sus estudiantes —poniendo en especial valor a la memoria como herramienta para llegar a otro nivel de conocimiento— pensarán, reflexionaran, que fueran críticos con la presentación de la realidad que desde el poder se realizaba. Tras un proceso que duró años, e incluyó prisión, finalmente toda la obra de Giordano Bruno fue objeto de anatema, desarrollándose un juicio, en realidad, a la integridad de su pensamiento, con la pretensión de reducir a cenizas sus libros y su propio ser. Y así fue: su producción, prohibida o perdida; y él mismo ajusticiado en la hoguera, quemado vivo y con un trozo de madera en la boca para que no hablase. Durante el proceso inquisitorial el acusado hizo alegaciones (que ni tan siquiera se leyeron) y la sentencia que lo condenó a muerte no hizo sino que plasmar una decisión tomada de antemano.

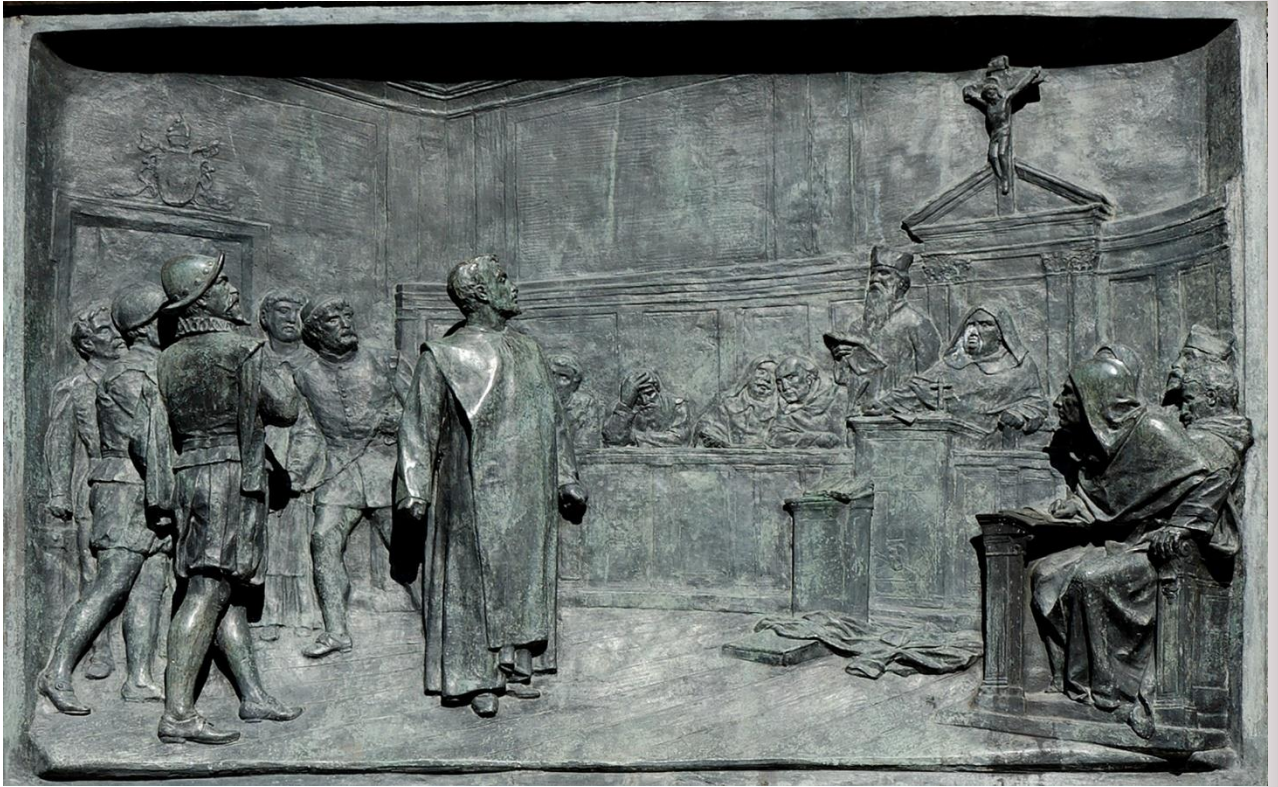
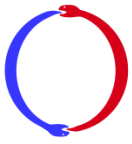
Las vicisitudes de Giordano Bruno, su pensamiento crítico e innovador, que se aproximó a una realidad científica verificada con el devenir de la historia, y el final que tuvo, llevan a plantear un necesario contraste con la actualidad.

No es discutible que en aquella época el concepto de tolerancia era inexistente. Ocurría todo lo contrario: el poder imponía su criterio, no precisamente caracterizado por unos argumentos racionales ni razonables, sino guiados, especialmente, por el afán de mantener el estado de control sobre las personas en toda su dimensión, física y espiritual. Por ello, cualquier intelectual que, naturalmente, se mostrase al mundo como tal, con todo lo que ello lleva implícito (el pensamiento crítico, la creatividad, la originalidad, en definitiva, el avance) era un auténtico peligro para aquellos



G IORDANO Bruno (1548-1600) fue un erudito italiano conocedor de múltiples facetas del saber: matemáticas, astronomía, filosofía, teología o astronomía. Como suele ocurrir con aquellos estudiosos cuya inteligencia es capaz tanto de ver las diferentes facetas del conocimiento como de comprender que todas ellas actúan al unísono, formando parte de un todo, pronto elaboró sus propias teorías, que reunieron las características propias de la genialidad: su naturaleza original o genuina, y su impronta revolucionaria o rompedora con los dogmas comunes e impuestos desde el poder, entonces eclesiástico.

Tan pronto como Giordano comenzó a cuestionar ciertos postulados filosóficos y teológicos, y relacionó los mismos con una idea del universo y del sistema solar que se salía de los cánones establecidos, acercándose mucho a lo

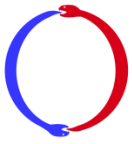


cuya vida discurría desahogada y colmada de abundancia a todos los niveles, mientras la sociedad se encontraba en una oscuridad intencionada, pues cada vez que se encendía una vela que era capaz de empezar a iluminar la mente de las personas para ver la verdadera cara de la vida, siempre el poder se iba a encargar no solo de apagarla, sino de destruirla y además atemorizar a cualquier otro que intentase seguir un camino parecido. Obvio es decir que las normas procesales en el enjuiciamiento a Giordano Bruno fueron un puro artificio, una forma de dar cobertura a un asesinato.

Siglos han pasado desde entonces.

En los tiempos actuales, regidos por un nominativo progreso en libertades de pensamiento y expresión, que teóricamente gozan, además, de una protección jurídica y un asentimiento ético que, de cara hacia fuera, no se niegan, en la práctica estamos asistiendo a un fenómeno que se empieza a aproximar a lo que acontecía en la época de Giordano Bruno, pero desde un punto de vista laico o civil. El fundamento de ello se encuentra en el actual

imperio del relativismo moral, conforme al cual, aunque, en principio, se enarbola la bandera de la tolerancia suprema, y especial y públicamente por aquellos que defienden un *a priori* pensamiento que dicen contemporáneo y respetuoso, lo cierto es que se traduce en la total intransigencia hacia quien, con razón o sin razón, se mantiene firme y seguro en sus convicciones, de modo que todo aquel que no cuestione o reniegue de su personal posición ética, para adscribirse a la de los demás, y hacer todo lo que los demás hacen, es objeto de un rechazo visceral. Se trata de la práctica obligación de forzar a una retractación del propio pensamiento diferenciado, para ser admitido socialmente. La nominativa tolerancia del relativismo moral no es tal en absoluto, sino una auténtica y encubierta imposición sobre la libertad de decisión y de criterio, sin duda alentada, cuando no insuflada, desde el poder, pues el verdadero respeto al libre pensamiento es lo que genera una reacción en contra de las cadenas impuestas por dirigentes que actúan movidos por su propio interés. A ello estos contribuyen con sistemas educativos que no solo no buscan lo que pensadores como



Giordano Bruno inculcaban, sino que los emplean como medio de aleccionamiento, creando personas acríticas y con un sentido de la realidad configurado por múltiples intereses creados. El resultado es muy similar a lo que le ocurrió, no solo a Giordano Bruno, sino a muchos otros pensadores y científicos: primero, la obligación social, a modo de práctica coacción, para renegar de su pensamiento (en aquellas personas cuyo criterio se mantenga, a pesar de todo) y, segundo, el empleo de todos los instrumentos posibles (ley incluida) para convencer tanto sobre la bondad de lo impuesto, hasta sobre lo consensuado del origen de esas normas; y si, aun así, alguien todavía se cuestiona sobre su justicia y legitimidad, se le imponen como leyes que son.

Poco falta para llegar al triste desenlace del buen filósofo italiano.

En cada hombre, en cada individuo, se contempla un mundo, un universo.

Alce la cabeza y vea si por el aire vuelan ahora las perniciosísimas estinfálides, quiero decir, si vuelan aquellas harpías que a veces solían nublar el aire e impedir la visión de los astros luminosos.

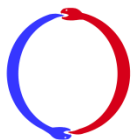


No es verdadera ni buena aquella ley que no tiene por madre a la sabiduría y por padre al intelecto racional.

Es natural que las ovejas que tienen al lobo por gobernante tengan como castigo el ser devoradas por él.



En el lado salvaje,
Tiffany McDaniel



Pravia Arango



A novela tiene cuatrocientas y pico páginas, y cuando escribo esto llevo leídas doscientas. Debo interrumpir la lectura hasta el 7 de febrero (hoy es 17 de enero) porque no me renuevan el préstamo bibliotecario en la plataforma Ebiblio.

De lo leído

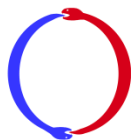
Es una novela dura porque se mueve entre heroinómanas —por otro lado, chicas corrientes como la nueva de la oficina—, lo que le proporciona un poder dinamitero al texto. Claro, cómo no, el ambiente es cutre y sucio, pero McDaniel lo empasta muy bien con un lado mágico y poético —no inverosímil—, que levanta la historia a oro de 24 quilates. Un botón de muestra. La abuela de las gemelas es una bruja buena con el don de convertir en bonito el lado salvaje de la vida; una mujer llena de magia blanca que sigue presente en la

imaginación de sus nietas en toda la obra, pues esta abuela muere enseguida.

En el lado salvaje, McDaniel nos da un montón de alegrías con sus trucos verbales. Al fin y al cabo, eso son los escritores: prestidigitadores de la palabra que dejan al lector pensando *wala, qué pasada, no me lo puedo creer*.

Obvio, resulta obvio (jerga juvenil) que ese estado de gracia “mágica” no se pueda mantener durante cuatrocientas páginas. Y ya, en las primeras doscientas, hay borrones, puntos negros, defectillos. ¿Cuáles? Lo moral, mejor lo moralizante: la estricnina de la literatura. Y ¡toma! McDaniel saca el maltrato femenino de mano del “señor”. Ahí hay una inclinación peligrosa, ¡ay! (ahí hay un hombre que dice ¡ay!, hilachas de la escuela) hacia el panfleto. Y para mí la literatura es estética y no tiene nada que ver con la ética; soy tozuda, tozuda porque hace cuarenta años ya separaba la estética y la ética. En materia literaria soy amoral.





Tras unos días

Ebiblio es una plataforma que tienen las bibliotecas asturianas (puede que sea nacional, no lo sé) donde te facilitan el acceso a un libro virtual durante unos días. El programa es eso, un código binario que hace cosas para dar un servicio por lo que, si dice que hasta el 7 de febrero no me facilitan nueva conexión, eso no lo mueve nadie. En este caso, el programa se humanizó y, al insistir en el préstamo, me adelantó la fecha de acceso; por tanto, volví con la lectura de *En el lado salvaje*.

Ya lo decía doña Rosa, la del café de *La colmena* (Cela), decía *no perdamos la perspectiva, leñe*. Pero la perdí y mi temperatura emocional cambió. Lo siento porque es algo irrecuperable, al menos para mí. Así que ahora leo sin poder quitar de la cabeza los defectillos de la primera parte, que ahora son defectos. Maniqueísmo se llama el principal: los hombres son duros, crueles, perversos; las chicas, víctimas de los hombres, del sistema, de la familia..., de los moratones de las manos de Trump. ¡Buf! Chicas que intentan desengancharse de la heroína y lo hacen pensando que tal vez, puede, quizás... con una hija, con un embarazo puedan “redimirse”. Señora McDaniel, eso es un cuento de hadas de Disney, ¡cuidado!

Tal vez le jugó una mala pasada a Tiffany McDaniel pensar en las seis mujeres asesinadas a quienes rinde un homenaje con la novela. Sí, sí, son seis, pero la novela pide a gritos el estereotipo, la abstracción; individualizar, aquí, es perder fuerza narrativa a borbotones.

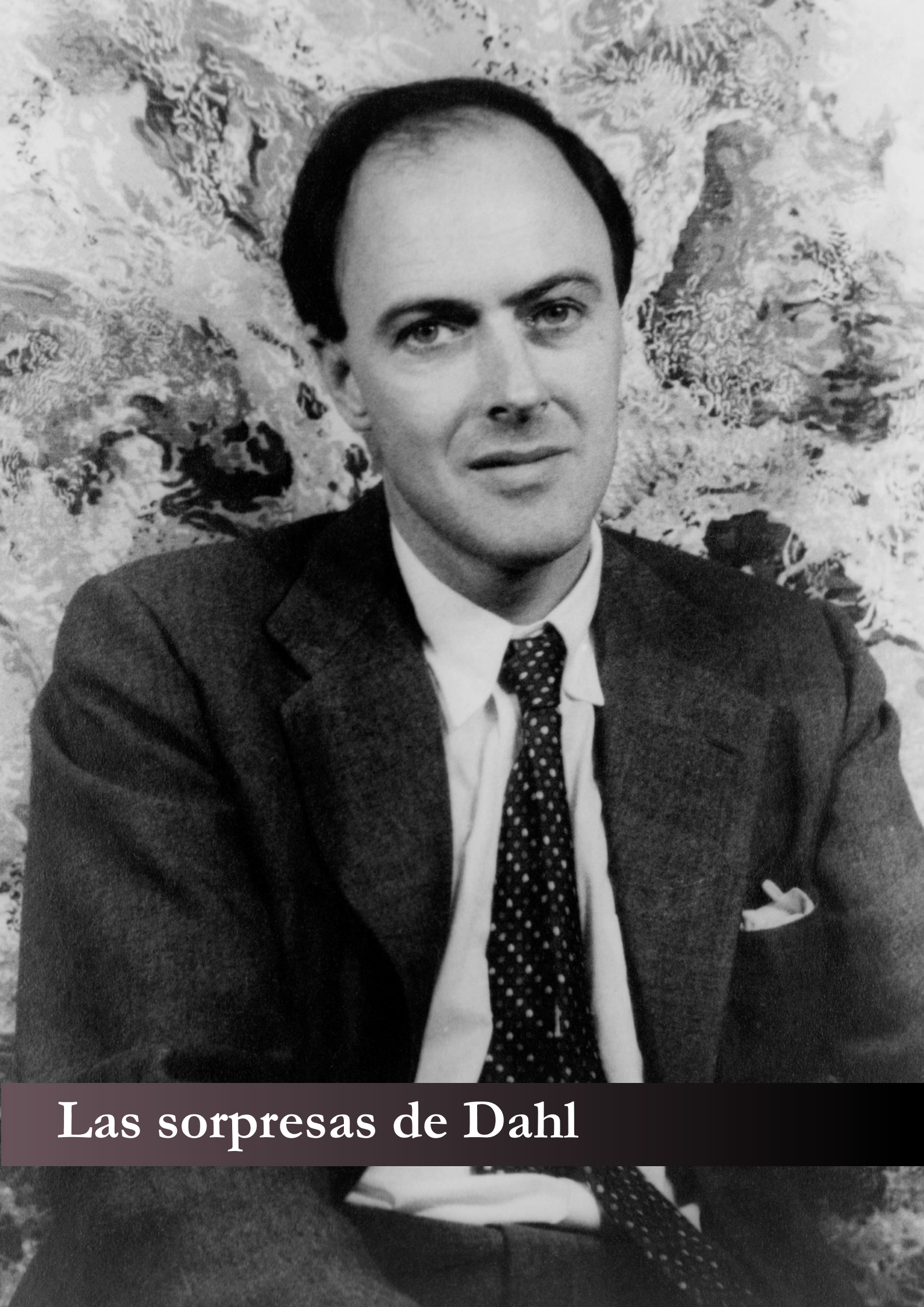
Me viene a la cabeza esa norma del ejército que aconseja dar una orden breve, seca y sin explicaciones porque estas invalidan la fuerza imperativa de la misma. Vamos con un perrete, en estos tiempos de “humanización” del perro, ¡pobre animal! Un cachorrillo jugueteón al que adiestrar. Se le dice: “Siéntate”, es todo, no hay

más. No se le dice: “Escucha, luego iremos al parque y podrás jugar con tus ‘amiguitos’ y llevaremos la pelota y la tiraré y me la traerás; verás qué bien, pero ahora, por favor, debes sentarte un ratito...”. ¿A que lo pillan?

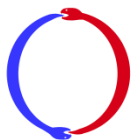
En resumen, recomiendo la lectura de *En el lado salvaje*, Tiffany McDaniel hasta que se cansen, no hace falta completarla.

Me despido con una recomendación musical de las chicas de “La revoltosa”.

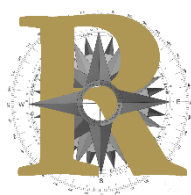




Las sorpresas de Dahl



Goyo

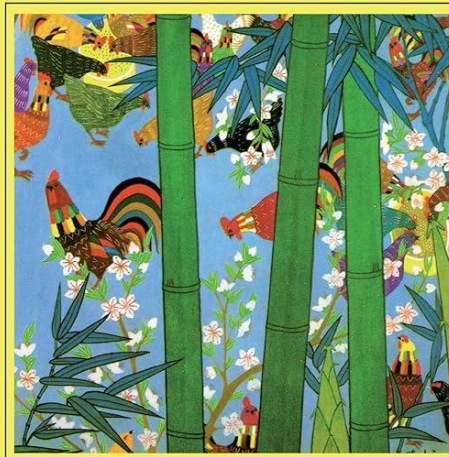


ROALD Dahl (Cardiff 1926, Oxford 1990), fue un novelista, poeta y guionista británico célebre por sus cuentos de literatura infantil y de relatos para adultos. Dahl nació en Gales, hijo de acaudalados padres noruegos y luchó en la Segunda Guerra Mundial como piloto de caza, faceta en la que destacó hasta llegar a convertirse en un as.

Entre los cuentos para niños, destacan *James y el melocotón gigante* (1961), *Charlie y la fábrica de chocolate* (1966), *Matilda* (1988), o *Las brujas* (1989), y en las narraciones para adultos, *Crónicas Extraordinarias* (1977) o *Relatos de lo inesperado* (1979).

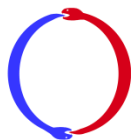
ROALD DAHL

Relatos de lo inesperado



ANAGRAMA
Colección Compactos

Relatos de lo inesperado consta de dieciséis sorprendentes narraciones, destaco *Cordero asado*, *El hombre del Sur*, *Placer de clérigo* o *La Señora Bixby y el abrigo del coronel*. En *Cordero asado*, una despechada mujer asesina a su esposo con una gran pata de cordero y después la cocina e invita a los policías que la investigan que van en busca del cuerpo del delito. La acción de *El hombre del Sur* transcurre en Jamaica. Un anciano apuesta con un cadete a que no logrará encender a la primera su infalible mechero diez veces seguidas y por tanto le cortará el dedo meñique o en caso contrario le regalará su hermoso *Cadillac*. La doble infidelidad es la base de *La Señora Bixby y el abrigo del coronel*: una señora mantiene un idilio con el militar al que visita una vez al mes con la excusa de acudir a ver a un familiar querido y cuando el coronel le regala un abrigo de visón para dar término a su relación, ella lo empeña y cuenta a su esposo que encontró un *ticket* de una casa de empeños. Su marido recoge el *ticket* y regresa a casa con un cuello



de piel que su esposa agradece con aparente entusiasmo para comprobar en la calle cómo la secretaria de su esposo lleva su abrigo.... En *Placer de clérigo*, un pastor recorre cada domingo los diseminados pueblecitos y granjas de la campiña inglesa comprando valiosos muebles antiguos que después revende para obtener pingües beneficios. Compra una extraordinaria cómoda que no cabe en su automóvil y mientras vuelve con un vehículo mayor, los dueños de la casa con el fin de ahorrarle trabajo, sierran sus patas, ya que había manifestado que era lo único valioso de ella.

—Solo le preguntaré una cosa, señor Rummins —dijo cachazudo—; aun así, ¿podría usted meter en un coche ese armatoste?

—Como no fuera en una furgoneta, no.

—¡Usted lo ha dicho! —exclamó Claud—. Y los curas, ¿sabe usted?, no llevan furgonetas; cuando más, mierdecillas de Morris, ocho y de Austins, siete.

—Él no quiere más que las patas —repitió Rummins—. Si el resto no le entra, pues que lo deje. No puede quejarse: las patas se las lleva.

—Vamos, señor Rummins, que no es usted tan tonto —replicó Claud paciente—. Sabe de sobras que, como no consiga meterlo todo en el coche, le saldrá con rebajas. En cuestión de dinero, los curas son tan zorros como el que más, no se engañe usted. Y si es ese viejo cuco, ya no hablemos. Total, ¿por qué no darle la leña y acabar de una vez? ¿Dónde tiene el hacha?

Fragmento de “Placer de clérigo”
Relatos de lo inesperado, 1979

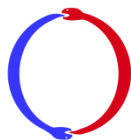
Dahl contrasta en sus cuentos para niños unos adultos crueles y abusadores o manipuladores y mentirosos que serán derribados por los niños inocentes, pero a la vez complejos y también imaginativos auxiliados por algún adulto bondadoso como la señorita Honey en *Matilda* o la familia de Charlie en *Charlie y la fábrica de chocolate*. Los escenarios son siempre fantásticos y barrocos, a la vez que inquietantes. El estilo, sencillo y también complaciente con

los detalles marcó una huella personalísima e imperecedera en este tipo de literatura.

En su faceta de la literatura para adultos —caso de *Relatos de lo inesperado*—, Dahl describe, a partir de situaciones cotidianas unas tramas intrigantes y complejas que derivan en un desenlace sorprendente, castiga a los desaprensivos o aprovechados o premia a los justicieros. El lenguaje es sencillo, irónico y mordaz y lleno de matices y la acción, lineal en general, con personajes elegantes y refinados.



Con la poetisa **Berta García Faet**



Encarnación Sánchez Arenas



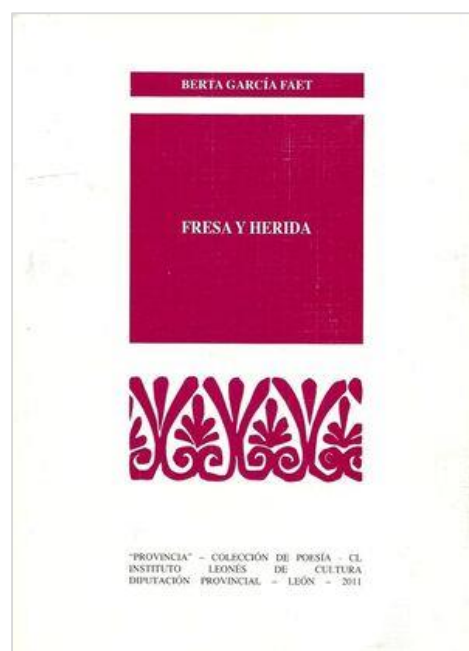
BERTA García Faet (Valencia, 1988) es una escritora, poeta y traductora valenciana.

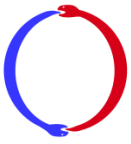
García Faet es autora de varios libros de poesía: *Manejo de abominaciones* (2008), *Night club para alumnas aplicadas* (2009), *Fresa y herida* (2011) que recibió el Premio Nacional de Poesía Antonio González de Lama en 2010, *Introducción a todo* (2011), *The Eligible Age* (2018) y *Los salmos fosforitos* (2017), galardonado con el Premio Nacional de Poesía Joven Miguel Hernández 2018. También ha escrito otros cuatro poemarios, reunidos en *Corazón tradicionalista: Poesía 2008-2011* (2017). Ha traducido 'Este amor que no es uno' / 'Este amor que no es uno', de Blanca Luz Vidal (2018) y 'Todos los ruiditos: antología de poesía Alt Lit' (2018).

Irrumpe en un momento concreto de la poesía española cuando lo sentimental y la articulación próxima a lo confesional no eran lo común, ni

temática ni formalmente, ni tampoco la manera más prestigiosa de la escritura poética. Érika Martínez apunta a este respecto, en un artículo dedicado a García Faet y César Vallejo, a cierta “crisis del confesionalismo” que ha sido respondida, una vez ya entrada la segunda década del siglo XXI, por las poetas con “una exacerbación sentimental que reformula el concepto de cursilería”.

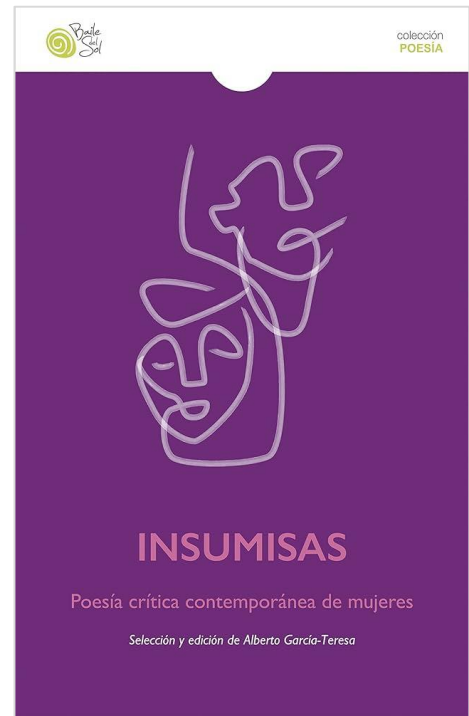
A través de la clara marca de género en la relación de la sentimentalidad con la feminidad dentro de estos textos, García Faet localiza una serie de características que arrojan luz sobre esas emociones feminizadas y añidadas de las que esta poesía quiere desvincularse a través del boicoteo de “todo atisbo de emocionalidad con mecanismos lingüístico-estilísticos tales como evasiones, elipsis, anticlímax, sarcasmos, ironías y autoironías”. Además, apunta la producción de una voz lírica llevada a la “adultez hiperbólica, pomposa”, mediante “lenguajes ‘expertos’, referencias hiperletradas, cultismos, intelectualidad, teorizaciones y argumentaciones”, como indica Juan Pedro Sánchez López en “¿Para quién es ornamental el corazón?: Cursilerías y otros desbordamientos sentimentales en la poesía de Berta García Faet”, *Revista Letral*, n.º 36, 2025.





Y cito los siguientes versos de su libro *Fresa y herida*, que aparecen publicados en el libro *Insumisas: poesía crítica contemporánea de mujeres* (2019), se tratan de versos pertenecientes a su poema titulado “Deseo”:

... soy un ser de deseo;
y si me muevo por el mundo
es para que engorde, que engorde, que engorde
a mis expensas.
Constantemente paso hambre.
Soy un ser de deseo, caminamos juntos
por mi diagonal de cosas:
algún prodigio, alguna ventana.
Y sólo cuando mi deseo
se ha convertido en una inmensa bola
o en un pichón o conejo obeso y planetario, lleno de estrías
por seguir creciendo
hasta llegar al límite abismal de su volumen posible,
solo entonces,
cuando su tamaño ya nos resulta plenamente asqueroso,
socialmente nocivo, sentimentalmente molesto,
lo mato
y me lo como.

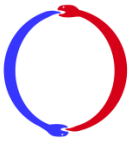


Publicado en *Diario Jaén* el 9-12-2025



حسن مرصو

Hassan Marso



عنايئة كلمات



Encarnación Sánchez Arenas

حسن مرصو

عضو اتحاد كتاب المغرب وعضو اتحاد الكتاب العرب ..
• عمل حسن مرصو منتجا ومقدما للعديد من البرامج الإذاعية بكل من إذاعة طنجة والإذاعة الوطنية
بالرباط والإذاعة الدولية بالرباط.

• فائز بالجائزة الأولى لاتحاد كتاب المغرب عن ديوان: قصائد للمعشوقة والوطن.

• له مشاركات في العديد من المهرجانات والندوات الوطنية والدولية.
الإصدارات:

• قصائد للمعشوقة والوطن - ديوان شعري 1991
• همسات آخر الليل - ديوان شعري 1996

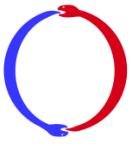
• الشيطان نفسه، رواية، منشورات بيت الحكمة.
• الروبوتات تدخل الجنة، منشورات بيت الحكمة.
• كما صدرت له مجموعة من الدواوين الأعمال الموجهة للطفل.

Miembro de la Unión de Escritores de Marruecos y de la Unión de Escritores Árabes.

- Hassan Marso ha trabajado como productor y presentador de numerosos programas de radio en *Radio Tánger*, la *Radio Nacional* en Rabat y la *Radio Internacional* en Rabat.
- Ha ganado el primer premio de la Unión de Escritores de Marruecos por la colección de poemas: *Poemas para la amada y la patria*.
- Ha participado en numerosos festivales y coloquios nacionales e internacionales.

Publicaciones:

- *Poemas para la amada y la patria*, poemario, 1991.
- *Susurros al final de la noche*, poemario, 1996.
- *El mismo diablo*, novela. Ediciones Bayt Al-Hikma.
- *Los robots entran al paraíso*. Ediciones Bayt Al-Hikma.
- Además, ha publicado varias colecciones de poemas dirigidas al público infantil.

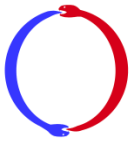


يُولَدُ فِينَا الْأَسَى

بَيْنَنَا يَا بَهِيَّةُ يَرْكَبُ هَوَسُ الْمَدَى
بَيْنَنَا قِصَّةُ أَنْقَلَتْهَا النَّهْيَةُ حِينَ اسْتَوَتْ بَيْنَنَا
فَاخْرُجِي مِنْ فُضَائِكِ يَا قِصَّتِي
وَأَمْنَحِينِي الْمَسَافَةَ كَيْ أَنْحَطِّي إِنْهِيَارِي
أَخْرُجِي مِنْ فُضَائِكِ وَإِنْشِرِي فِي دَمِي
...سَاعِدِينِي عَلَى الْإِرْتِقَاءِ...

كَانَتْ الْأَرْضُ تَنْضَحُ بِالذِّكْرِيَّاتِ
كَانَتْ الْأَرْضُ بِكْرًا وَكُنَّا كَطِفْلَيْنِ نَحْبُو عَلَى فَخْذَيْهَا
نُعَانِقُ لَهْفَتَهَا...
نَسْتَرِيحُ عَلَى شَفَتَيْهَا...
كَأَنَّا وَلَدْنَا لِنَعُشِقَ لَوْنِ الطُّفُولَةِ

تَمُرُّ الْمَسَافَاتُ مَا بَيْنَ عَشْقِي وَمَوْتِكِ
كَعَاهِرَةٍ ضَاجَعَتْ كُلَّ أَحْلَامِنَا
نُصَادِرُنَا الذِّكْرِيَّاتُ بِعُمُقِ الْمَرَايَا
...وَيُولَدُ فِينَا الْأَسَى...



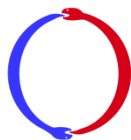
Y nace en nosotros la pena

Entre nosotros, oh, Bahía, cabalga la obsesión de la distancia.
Entre nosotros hay una historia cuyo fin volvió más pesada cuando se asentó entre ambos.

Sal de tu espacio, oh, historia mía,
y concédeme la distancia para superar mi derrumbe.
Sal de tu espacio y extiéndete por mi sangre...
Ayúdame a elevarme...

La tierra rezumaba recuerdos,
la tierra era virgen y nosotros, como dos niños, gateábamos sobre sus muslos.
Abrazábamos su anhelo...
descansábamos en sus labios...
como si hubiéramos nacido para amar el color de la infancia.

Las distancias transcurren entre mi amor y tu muerte
como una ramera que yació con todos nuestros sueños.
Los recuerdos nos expulsan con la profundidad de los espejos
y nace en nosotros la pena.



Víctor Hugo Pérez Gallo

De Darwish a Pizarnik: resonancias árabes y occidentales en Hassan Marso



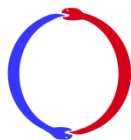
El poema “Y nace en nosotros la pena”, de Hassan Marso, se inscribe dentro de una tradición lírica que, desde el mundo árabe hasta la poesía occidental contemporánea, ha explorado con hondura los temas de la memoria, la distancia, la infancia, la pérdida y el deseo. Este texto constituye una pieza cargada de imágenes sensoriales, construida en torno a un tono elegíaco y meditativo.

El poema de Marso se abre con una evocación de la distancia y la obsesión, lo cual marca el tono del texto. La musicalidad proviene de la reiteración de frases como 'Entre nosotros', que genera un efecto de insistencia, casi de letanía. Este recurso recuerda a la cadencia de Mahmoud Darwish, quien en su poesía logra que la repetición funcione como ancla de la memoria. Asimismo, la imaginería corporal —la tierra como cuerpo, la infancia como piel comprartida— dialoga con la tradición simbólica tanto árabe como occidental.

El núcleo temático del poema puede resumirse en cinco elementos: la distancia, la memoria, el amor, la infancia y la pena. La distancia aparece

como obsesión y separación inevitable; la memoria funciona como confiscación de la experiencia; el amor se cruza con la muerte y el derrumbe; la infancia aparece como origen compartido sobre la tierra virgen; y finalmente la pena, que nace entre ambos, es el desenlace de esta conjunción de fuerzas. Se trata, por tanto, de una poética de lo irreparable que, sin embargo, se expresa desde la ternura y la intimidad.

La obra de Hassan Marso se acerca en sensibilidad a la de Mahmoud Darwish, especialmente en su capacidad de hacer de la memoria una categoría existencial y política. La distancia en Darwish es la del exilio, mientras que en Marso parece más íntima, pero igualmente devastadora. Adonis, por su parte, comparte con Marso la capacidad de metaforizar la tierra y la infancia como espacios originarios. En Joumana Haddad encontramos la corporeidad femenina como territorio poético, lo cual resuena en el poema cuando la tierra aparece como un cuerpo maternal. Estos paralelismos sitúan a Marso dentro de una constelación de poetas árabes que reconfiguran



la tradición lírica desde la subjetividad y la memoria.

Desde Occidente, el poema puede dialogar con la obra de Paul Celan, en quien la memoria y la pena se convierten en una forma de lenguaje quebrado. Alejandra Pizarnik comparte con Marso la obsesión por la distancia y la imposibilidad del encuentro pleno. Octavio Paz, en su poesía amorosa, convierte la infancia y el cuerpo en símbolos de comunión y pérdida, algo muy cercano a la atmósfera del poema. Louise Glück, premio Nobel de Literatura, trabaja la infancia y la tierra como metáforas de origen y herida, lo cual también vincula su escritura a la de Marso. Finalmente, Anne Carson articula la distancia amorosa en un registro híbrido que también ilumina el texto de Marso.

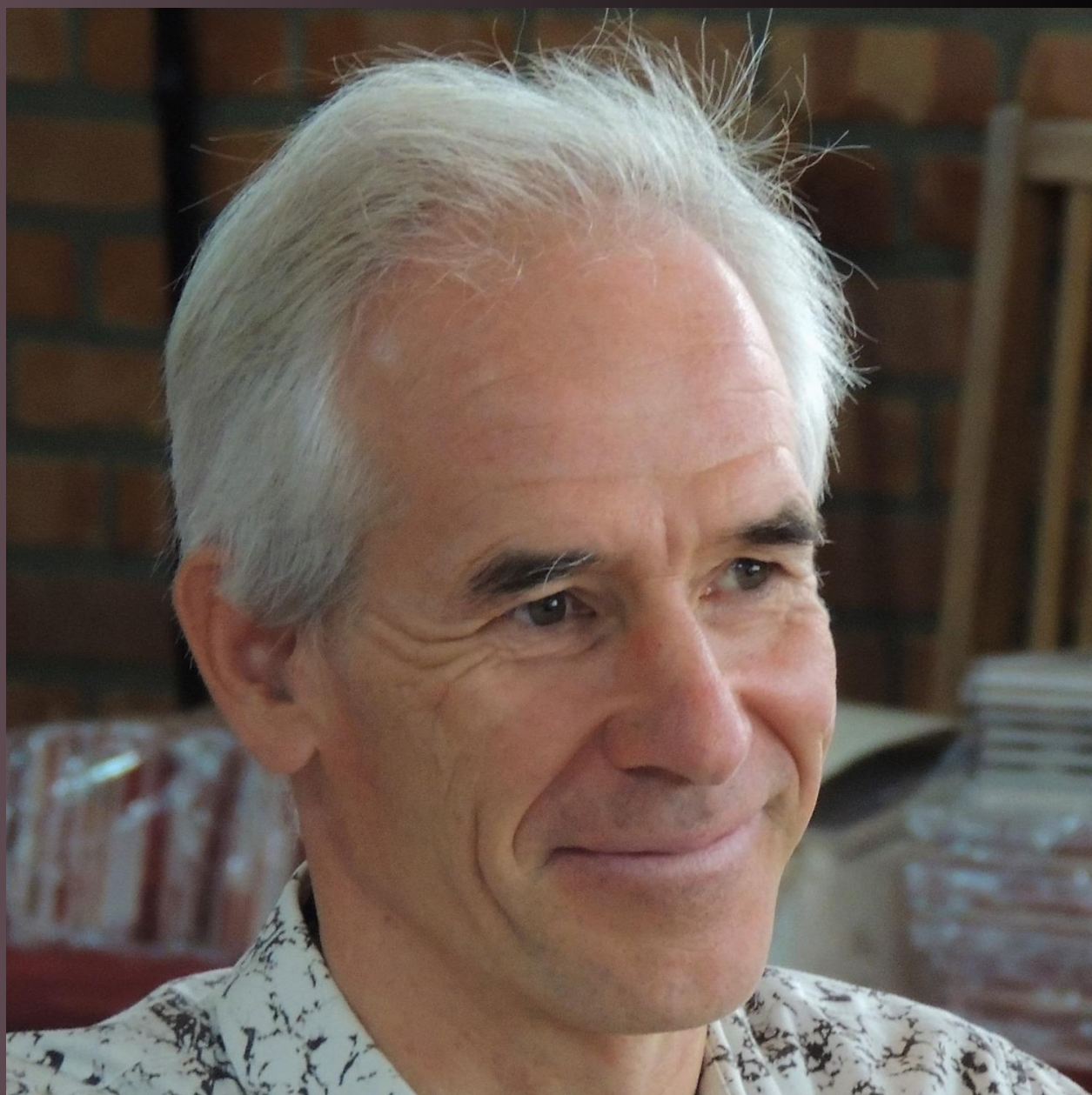
Una de las imágenes más potentes del poema es aquella en que 'la tierra era virgen y nosotros, como dos niños, gateábamos sobre sus muslos'. Aquí confluyen la metáfora erótica y la memoria infantil, creando un espacio simbólico donde la tierra se vuelve madre, amante y recuerdo. La tierra, el cuerpo y la infancia se funden en un mismo eje de significación, que conecta con arquetipos universales presentes en múltiples tradiciones literarias.

La pena en Marso no es solamente un sentimiento individual, sino una experiencia existencial compartida. La distancia amorosa se transforma en metáfora del derrumbe del yo y en posibilidad de trascendencia. Esto acerca al poema tanto a la tradición mística sufí como a la lírica existencial occidental. La insistencia en la sangre, el derrumbe y la elevación recuerdan a poetas modernos que conciben el dolor como camino de conocimiento.

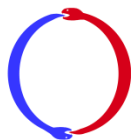
El poema logra trascender coordenadas culturales precisas para situarse en un horizonte de universalidad. La pena, la distancia, la memoria y la infancia son categorías que atraviesan tanto

la poesía árabe como la occidental. El valor de este texto reside en su capacidad de hablar a lectores diversos, generando reconocimiento en sensibilidades distintas. Por ello puede leerse como un puente intercultural.

La poesía de Hassan Marso, representada en “Y nace en nosotros la pena”, constituye una contribución significativa a la lírica contemporánea. Su fuerza radica en la combinación de imágenes potentes, cadencia rítmica y un trasfondo existencial que dialoga tanto con autores árabes como occidentales. El poema es una meditación sobre la pena y la distancia, pero también sobre la infancia y la memoria como territorios compartidos. Marso se inserta en una tradición que, desde Darwish hasta Glück, pasando por Pizarnik y Adonis, explora el dolor como lenguaje poético universal. El resultado es una obra que merece ser celebrada, analizada y difundida.



Laurent Grison



Texto y traducción de Miguel Ángel Real

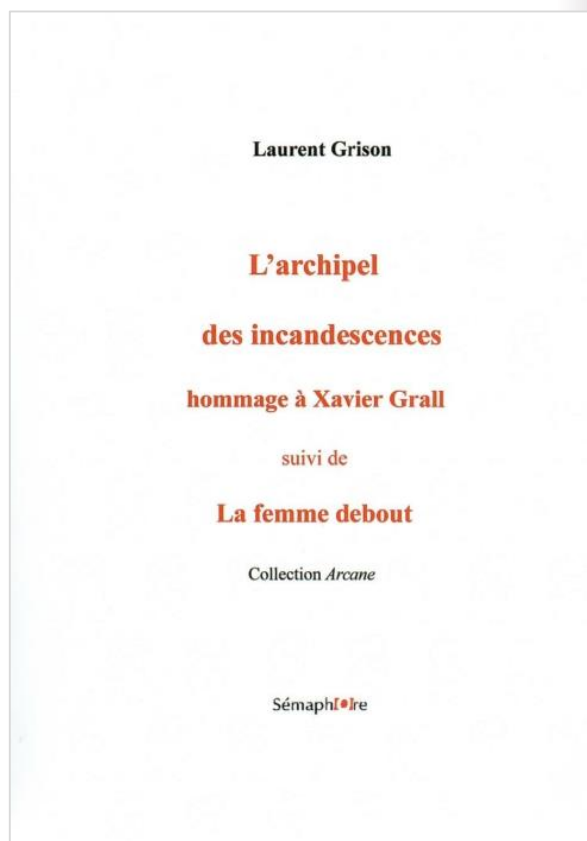


AURENT Grison es poeta, artista, historiador del arte y crítico (literatura, arte). Sus textos han sido publicados en Francia y en muchos otros países, donde es invitado regularmente: Reino Unido, Australia, Estados Unidos, Bélgica, Grecia, Portugal, España, Polonia, Países Bajos, Kosovo, Italia, Albania, Macedonia del Norte, Hungría, México, Bangladesh, Nepal, Japón... Sus poemas se han traducido a una docena de idiomas (inglés, italiano, rumano, alemán, polaco, español, griego, portugués, frisón occidental, hebreo, albanés, etc.).

Apasionado por la música y con un estilo creativo que combina diferentes formas, Laurent Grison también se dedica a la pintura. Sus cuadros se coleccionan en Francia y en el extranjero (Grecia, Portugal, España, Bélgica, etc.). Es miembro de la Maison des écrivains et de la littérature (Francia) y de la Maison des Artistes (Francia), así como de varias asociaciones internacionales de escritores y críticos, entre ellas The Poetry Society (Londres, Reino Unido), el Poets' Circle (Atenas, Grecia), el P.E.N. Club francés, el World Poetry Movement,

la Asociación Internacional de Crítica Literaria (AICL) y la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA).

Forma parte de la revista digital oupoli.fr
www.laurentgrison.com



Poemas de *L'archipel des incandescences (hommage à Xavier Grall)*, Ed. Sémaphore, 2025

tu vis dans un monde
qui peine à dissimuler
la douleur des hommes
sous un masque noir

hère hirsute errant
poète dévoré par l'inconnu
tu es un sourcier des mots
qui écrit à même la roche

vives en un mundo
al que le cuesta disimular
el dolor de los hombres
bajo una máscara negra

infeliz hirsuto errante
poeta devorado por lo desconocido
eres un brujo de las palabras
que escribe sobre la roca misma



des vents affolés
et la houle brutale
éteignent l'amer désir
d'une saison en enfer

tu inclines l'horizon
quand une très grande vague
agite ton crâne nu
et emporte l'océan monstrueux

vientos huracanados
y la marejada brutal
apagan el amargo deseo
de una temporada en el infierno

inclinas el horizonte
cuando una ola gigantesca
agita tu cráneo desnudo
y se lleva el océano monstruoso

à l'écart du temps
un calvaire de pierre
porte avec délicatesse
le sel de la vie

il résiste aux vents
apaise les vagues
et projette sur la terre
le signe des signes

à l'aube il salue la mer
au crépuscule
il bénit les corps
qui flottent sans bruit

alejado del tiempo
un calvario de piedra
carga con delicadeza
la sal de la vida

resiste a los vientos
calma las olas
y proyecta sobre la tierra
el signo de los signos

al alba saluda al mar
en el crepúsculo
bendice los cuerpos
que flotan sin ruido



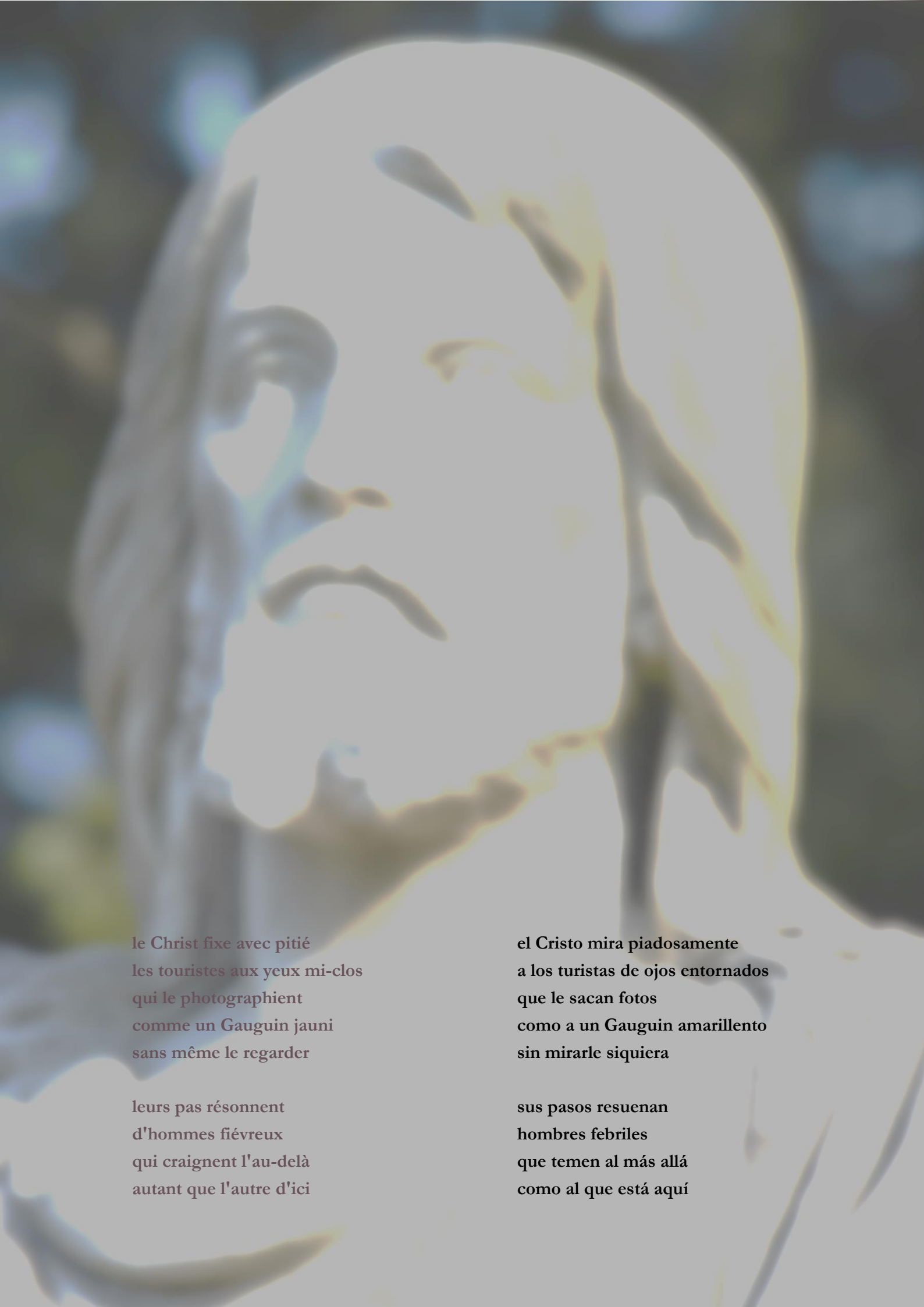


tu entres à pas lents
dans la chapelle de Trémalo
un cierge trompe-la-mort
y luit sobrement

des larmes de bois
et de sang
oxydent la Vierge
couverte de poussière

entras lentamente
en la capilla de Trémalo
una vela que desafía a la muerte
brilla con sobriedad

lágrimas de madera
y de sangre
oxidan a la Virgen
recubierta de polvo

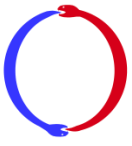


le Christ fixe avec pitié
les touristes aux yeux mi-clos
qui le photographient
comme un Gauguin jauni
sans même le regarder

leurs pas résonnent
d'hommes fiévreux
qui craignent l'au-delà
autant que l'autre d'ici

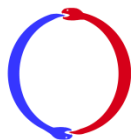
el Cristo mira piadosamente
a los turistas de ojos entornados
que le sacan fotos
como a un Gauguin amarillento
sin mirarle siquiera

sus pasos resuenan
hombres febriles
que temen al más allá
como al que está aquí



toi tu penses que la question
du salut de l'âme
est trop essentielle
pour ne pas être posée

tú piensas que la cuestión
de la salvación del alma
es demasiado esencial
como para no plantearse



rien ne suspend le temps
si ce n'est un poème étrange
et pénétrant
dont les mots se posent
sur les branches nues d'un hêtre

avant de s'envoler
vers l'archipel des incandescences
là où le soleil levant
éclaire le monde

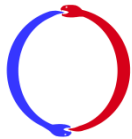
nada suspende el tiempo
excepto un poema extraño
y penetrante
cuyas palabras se posan
sobre las ramas desnudas de un haya

antes de levantar el vuelo
hacia el archipiélago de las incandescencias
allá donde el sol naciente
alumbra el mundo



Cinco
del poemario *Area (Arena)*





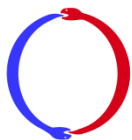
Manuel López Rodríguez

Espertou ás oito e dez
entre a simulación das pedras no camiño,
entre a desola
ción dunha arañeira pendurada en calquera
farol de madrugada e
baixo a chuvia.

Despertó a las ocho y diez
entre la simulación de las piedras en el camino,
entre la desola
ción de una tela de araña
colgada en cualquier farola
de madrugada y
bajo la lluvia

¡Se eu puidese saber...!





Augusto Guedes

Espello de prata,
cheo de soños mergullados
no ritmo lento da noite

As árbores...

A noite aprende a demorarse
nos bordos do silencio
coma auga que esquece o seu curso.

As árbores...

Dozura de voces
que non se esvaecen,
lentitude do sangue silencioso.

As árbores...

Unha luz cansa acaricia a cortiza,
raíces que soñan cun amencer
sen preguntas nin cancións

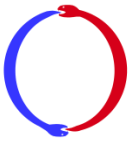
As árbores...

A lúa vaise silandeira
deixando nos beizos esquecidos
un tempo salgado.

As árbores...

E cando apenas amence,
as árbores manteñen o que eramos
entre soños de madeira.

...e as árbores...?



¡Si yo pudiese saber...!

Espejo de plata,
lleno de sueños sumergidos
en el ritmo lento de la noche

Los árboles...
La noche aprende a quedarse
en los bordes del silencio
como un agua que no recuerda su cauce.
Los árboles...

Dulzura de las voces
que no se van quedando,
lentitud de la sangre callada.

Los árboles...

Una luz cansada acaricia la corteza,
raíces que sueñan con un amanecer
sin preguntas ni canciones

Los árboles...

La luna se va silenciosa,
dejando en labios olvidados
un tiempo salado.

Los árboles...
Y cuando el alba apenas alumbra los árboles
guardan lo que fuimos entre sueños de
madera

¿y los árboles?...



Dos poemas

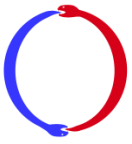




Alfredo Garay

Enciérrome en mi mesmu
y entrúgome au foi la salvia,
onde s'escuenden los suaños.
Na espera qu'el vientu m'arrastre
apúrresme la mano,
 eslabón ensin cadenes,
y yo
 agárrome a la esperanza.

Me encierro en mí mismo
y me pregunto a dónde se fue la sabia,
dónde se esconden los sueños.
Esperando a que el viento me arrastre
me alcanzas una mano,
y yo
me agarro a la esperanza.



Teo seña'dá de cuando me llames
pronunciando'l mio nome
como naide lo fai.

Como solo lo sabes decir tu.

Y pídesme colos güeyos zarraos
que nun apague la lluz,
que dexe
la lluna
prendida.

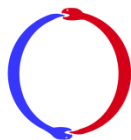
Tengo añoranza de cuando me llamas
pronunciando mi nombre
como nadie lo hace.

Como solo tú sabes decirlo.

Y me pides con los ojos cerrados
que no apague la luz,
que deje
la luna
encendida.



Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

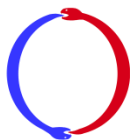
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

Novela

NOVELA		Convocatorias de concursos que cierran en marzo de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Ateneo de Sevilla	1	≥ 150	Excmo. Ateneo de Sevilla (España)	30 000
UAN March Cencillo	14	75 a 110	Fundación Bartolomé March Servera (España)	12 000
Fundación Monteleón	22	30 000 a 40 000 palabras	Fundación MonteLeón (España)	6 000
Encina de plata	23	75 a 100	Ayuntamiento de Navalmoral (España)	7 000
José María Pemán	31	≥ 40 000 palabras	Asociación Católica de Propagandistas (España)	50 000
Lumen	31		Editorial Lumen (España)	30 000

Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA		Convocatorias de concursos que cierran en marzo de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Alfambra	1	≤ 5	Grupo Literario y Cultural Alfambra (España)	700
La Zagalla	2	28 a 32 líneas	Asamblea Local de IULV-CA de Doña Mencía (España)	300
Letras de Islantilla	4	50 a 150 palabras	Mancomunidad Intermunicipal de Islantilla (España)	400
Iguña-Anievas	8	500 a 600 palabras	Movimiento Cultural Iguña de Cantabria (España)	300
Puente Zuazo	8	3 a 6	Real Academia de San Romualdo de Ciencias, Letras y Artes San Fernando (España)	1 500
José Rodríguez Dumont	9	2 a 3	Ayuntamiento de Órgiva (España)	500



NARRATIVA CORTA (continuación)

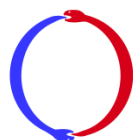
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ayuntamiento de El Burgo de Ebro	10	3 a 5	Ayuntamiento de El Burgo de Ebro (España)	450
Doña Sancha	14	-	Asociación Doña Sancha (España)	450
Joaquín Coll	16	≤ 20 líneas	Ayuntamiento de Barbastro (España)	500
Relato corto	17	≤ 2	Ayuntamiento de Sigüenza (España)	100
Letras para sanar el alma	19	≤ 100 palabras	Salud Mental Andalucía (España)	250
Pluma de oro de Alcorcón	20	40 a 85 líneas	Centro Social San José de Valderas (España)	800
Jaime G. Reyero	20	≤ 4	Grupo Literario Guardense (España)	1 500
Parkinson Astorga	20	3 a 6	Asociación "Parkinson Astorga y Comarca" (España)	300
Fundación Monteleón	22	≥ 40 000 palabras	Fundación MonteLeón (España)	6.000
Hospital San Agustín de Avilés	25	3 a 5	Hospital Universitario San Agustín (España)	1 500
Gabriel Aresti	30	≤ 15	Ayuntamiento de Bilbao (España)	3 500
Gabriel Miró	31	≤ 30	Fundación Mediterráneo (España)	3 000
Ribeira Sacra-Parada de Sil	31	≤ 200 palabras	Ayuntamiento de Parada de Sil en Ribeira Sacra, Ourense en Galicia (España)	1 000
Bonobo	31	-	Asociación de Productores y Editores de Obras y Grabaciones Audiovisuale (España)	300
Ignacio Aldecoa	31	≥ 20 000 palabras	Diputación Foral de Álava (España)	12 000

Poesía

POESÍA

Convocatorias de concursos que cierran en marzo de 2026

Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Hermanidad de cofradías de Semana Santa de Peñaranda de Bracamonte	1	14 a 100	Hermanidad de Cofradías de Semana Santa de Peñaranda de Bracamonte (España)	1 500
Alfambra	1	≤ 50	Grupo Literario y Cultural Alfambra (España)	700
Letras de islantilla	4	10 a 25	Mancomunidad Intermunicipal de Islantilla (España)	400
José Rodríguez Dumont	9	150 a 300	Ayuntamiento de Órgiva (España)	500
Diario Jaén	13	300 a 500	Diario Jaén S.A. (España)	4 000
Facultad de Filología. UNED	15	300 a 1000	UNED (España)	1 000
Letras para sanar el alma		≤ 30	Salud Mental Andalucía (España)	250
Pluma de oro de Alcorcón	20	15 a 80	Centro Social San José de Valderas (España)	800
Ciudad de Estepona	20	≥ 200	Ayuntamiento de Estepona (España)	7 000
Genariano de versos burlescos	20	60 a 150	Cofradía de Nuestro Padre Genarín (España)	400
Luz de interior	21	14 a 60	ADÍA, Asociación para el Diálogo Interreligioso e Interconviccional en Aragón (España)	300



POESÍA (continuación)				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Fundación MonteLeón	22	350 a 900	Fundación MonteLeón (España)	6 000
Poesía rural	31	250 a 400	Fundación Savia y la Finca Bonilla (España)	3 000
Jaime Gil de Biedma	31	500 a 3500	Diputación Provincial de Segovia (España)	12 000
Pablo Alcalde Higuera	31	14 a 100	Asociación Cultural Wadi al-Kabir ANDUXAR (España)	500
Casa de Córdoba	31	10 a 100	Casa de Córdoba en Madrid (España)	300
Bonobo	31	-	Asociación de Productores y Editores de Obras y Grabaciones Audiovisuales (España)	300
Francisco Brines	31	≥ 350	Fundación Francisco Brines (España)	6 000

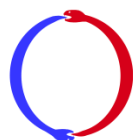
Literatura de no ficción

El Premio Paidós es de nueva creación, así que, aunque formalmente está detrás el grupo Planeta, al tratarse de ensayo —género muy alejado de lo que consumen los lectores de premios planetarios— y llevar solo dos ediciones con la de este año, se le puede conceder el beneficio de la duda. La ganadora de esta segunda edición es la politóloga zaragozana **Cristina Monge** (25/2/1975) con la obra *Contra el descontento. Por una alianza para construir futuros deseables*, que publicará muy pronto Editorial Planeta. La politóloga no suele frecuentar más que el análisis político para diversos medios de comunicación, aunque dirige una colección titulada “Serie Más Democracia” de la editorial Gedisa, junto con Jorge Urdániz, la misma editorial que ha publicado su única obra hasta el momento, *Hackear la política* (2019), que comparte la autoría con Raúl Oliván Cortés.



El Premio Comillas de historia, biografía y memorias fue creado en 1987 por Antonio López Lamadrid (director de Tusquets Editores), aunque en la actualidad lo patrocina el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara. A lo largo de sus casi cuarenta ediciones ha premiado a escritores de prestigio, como Carlos Barral, Javier Tusell o Ian Gibson, entre otros. La ganadora de este año es la escritora barcelonesa **Carmen Domingo** (21/6/1970), con una dilatada trayectoria literaria en la novela, el ensayo y el teatro, la mayor parte de ella con un marcado cariz feminista. El Premio Comillas fue concedido a la obra titulada *La soledad fue el precio*, dedicada a Carmen Díez de Rivera, donde relata la historia de la mujer que tuvo un rol clave en la transición española de los años setenta del siglo pasado y que, proveniente de una familia muy arraigada en la dictadura, evolucionó hacia posturas más progresistas. La obra ganadora ha sido ensalzada por varios de los miembros del jurado que destacan, no solo la calidad del texto, sino la necesidad de



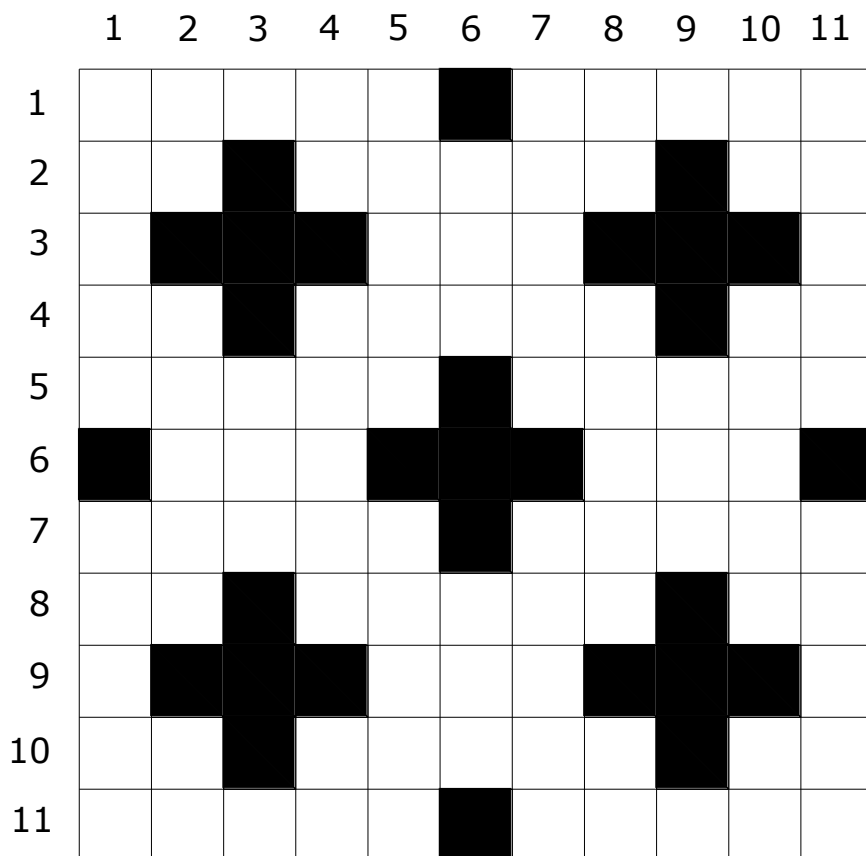
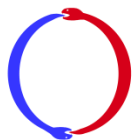


contar la historia de una persona que era bastante poco conocida, aunque desde su proximidad a Adolfo Suárez y al entonces rey, Juan Carlos I, fue capaz de mover los hilos de la política para tejer un cambio difícil en aquellos tiempos.

ENSAYO		Convocatorias de concursos que cierran en marzo de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Anagrama	30		Editorial Anagrama (España)	10 000

Otros géneros literarios

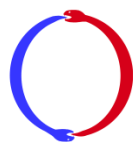
TEATRO		Convocatorias de concursos que cierran en marzo de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Microteate a Verdú	1	15 a 20 min	Associació Cultural Xiroia Teatre (España)	300
Teatriem	15	≤ 12	TeatrIEM: Grupo de Teatro de base científica (España)	500
Carro de Baco	20	≤ 5	Carro de Baco (España)	200
Teatro mínimo animat.sur	31	14 000 a 15 000 caracteres	AnimaT.sur (España)	1 000



Solución

HORIZONTALES **1** Un cereal. Kafka, autor checo de *El proceso*. **2** Letra riega. Un mosquetero. Satélite de Júpiter. **3** Enrede al revés. **4** Radical químico. Unidad de trabajo del S.I. Reflexivo. **5** Terreno sin cultivar. *cordera*, relato de Clarín. **6** Ente de la televisión italiana. Al revés, quité con los dientes. **7** Tragedia de Shakespeare. Premio cinematográfico. **8** Abreviatura de unidad de frecuencia. Medida inglesa de longitud. Exmatrícula de provincia gallega. **9** Al revés, plural de vocal. **10** Inteligencia artificial. Sobrenombre de la princesa Isabel de Baviera. Sociedad deportiva. **11** Criaturas mitológicas de gran tamaño y figura humana. Que requiere mucho esfuerzo (fem.).

VERTICALES. **1** Spencer..., actor protagonista de *Conspiración de silencio*. Unidad de resistencia eléctrica. **2** Al revés, puerta lógica. Físico alemán de la unidad de la 8H. Símbolo de la plata. **3** La todopoderosa academia española. **4** Símbolo del galio. Brönte, autora de *Cumbres borrascosas*. Preposición. **5** Blas de..., poeta intimista y social. Banda de rock inglesa de los 90. **6** Principio de la higiene. Nada para los catalanes. **7** Canto popular canario. Al revés, y sin la letra "i", un acoso. **8** Abreviatura de Serbia. Agarrado de alguna manera. Terminación verbal. **9** Comité olímpico, al revés. **10** Símbolo del níquel. Ética. Posesivo. **11** Ignorantes, patanes. Belén..., actriz de *Mar adentro*.



Damero

por Goyo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50

Solución

14	43	8	22	26	19		
45	23	7	29	42	44	32	1
33	2	39	4	12			
48	17	28	24	11			
35	6	15	36	38			
16	20	31	13	40			
9	25	5	46	34	47		

Haces pequeñas hendiduras en un objeto

Refugio, asilo

Evité

Bases, centrales

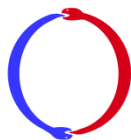
Cubiertas de las encuadernaciones

Desgracia, infortunio

Bola de hilos

Texto: refrán ucraniano.

Clave, primera columna de definiciones: profesor, instructor.



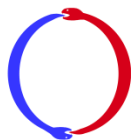
Cierra Tipos Infames

La primera entrevista que publicó *Oceanum* fue a **Alfonso Tordesillas**, uno de los tres promotores y responsables de la librería Tipos Infames, local del barrio de Malasaña en Madrid que abrió en 2010 bajo la propuesta genérica de “libros y vinos”, como reza en la parte superior de uno de sus escaparates. En aquel momento, *Oceanum* acababa de nacer y la librería ya llevaba más de un lustro con rotundo éxito y habiendo sido una imagen que se repetiría en otros lugares de Madrid y del resto de España.

Alfonso Tordesillas nos recibió con gran amabilidad nada más abrir y nos dedicó todo el tiempo necesario para la entrevista y, armado de un tazón de café, hizo un repaso ilusionado por la historia de Tipos Infames hasta ese momento, sus hitos más destacados, sus propuestas para el futuro y sus deseos para un negocio que encontró buenos vientos por medio de ideas diferentes y, en cierta medida, navegando a contracorriente. Tipos Infames se hizo enseguida con un hueco en la compleja cultura madrileña, a costa de mucho trabajo y esfuerzo y llegó a ser el principal referente para presentaciones de libros en el contexto de la villa de Madrid, incluso puede decirse que se convirtió en uno de los emblemas de Malasaña. En 2021 ganaron el Premio Librería Cultural, como fruto de más de dos décadas de esfuerzo. Desde esa posición de referente, cuando, a finales del mes pasado, anunciaban el cierre inminente de la librería, se desató una ola de reacciones que fueron desde la sorpresa hasta el miedo de que otras propuestas similares corriesen la misma suerte, una ola que trascendió el entorno geográfico inmediato y se propagó por todo el país. Saltaron todas las alarmas.



Alfonso Tordesillas y Gonzalo Queipo



La culpa es de la gentrificación. Eso aseguraron los responsables de Tipos Infames cuando anunciaron el cierre. Madrid es, probablemente, uno de los mejores ejemplos de gentrificación, con la llegada descontrolada de grandes fortunas que se instalan en barrios “típicos” y que provocan el correspondiente incremento de los costes para todos. Los que no pueden soportar los nuevos alquileres, tienen que irse. Hay quien asegurará que eso es fruto del juego de la oferta y la demanda y que los tiempos cambian, que lo que era una propuesta sólida se puede convertir en un negocio inviable y que no tiene que pasar nada. Sin embargo, un negocio en torno a la cultura que se ve obligado a cerrar no es un buen síntoma y debería preocuparnos a todos.

Desde *Oceanum* esperamos que Alfonso Tordesillas, Gonzalo Queipo (los que tan amablemente nos atendieron) y el resto del equipo que crearon esta propuesta, puedan continuar de una u otra forma empujando en el mundo de los libros y de la cultura, porque ahora es cuando más se necesita.

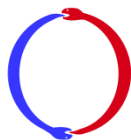
La RAE anda revuelta

No se han apagado los ecos de la última trifulca entre la RAE y el director actual del Instituto Cervantes cuando surgen nuevos fuegos, esta vez en plena cocina de la institución, aunque, aparentemente, con menos tintes barriobajeros. Fue Pérez-Reverte el que desató el debate. A Pérez-Reverte le va la marcha, no esquiva ningún charco y hasta es capaz de desviar la trayectoria para retozar como un tierno infante con botas de agua en los que se encuentren lejos de su derrotero. Este no es el caso. El asunto es uno de sus temas estrella y de él suele hacer *casus belli* en cuanto se tropieza con cualquiera dispuesto a hacer unos guantes dialécticos, sea en persona o en las redes sociales, de las que es asiduo discutiendo recalcitrante.

El tema es la normativa en torno al lenguaje. La RAE, como notario oficial de la lengua, siempre limitó su papel a recoger las nuevas voces y los nuevos usos y colgar el cartel de “en desuso” de aquellas voces que dejaban de usarse por el motivo que sea y que, en general, siempre es porque la sociedad —verdadera dueña y soberana del lenguaje— evoluciona. Lo de «Limpia, fija y da esplendor» se convertía en una tarea casi rutinaria que permitía la incorporación de nuevos conceptos, la eliminación de usos y formas no adecuadas y la mejora general de definiciones, construcciones, etc.

Sin embargo, el lenguaje no es inocente —ya lo contaba Orwell en su 1984— y, con un poco de habilidad, bien puede usarse para defender o para atacar determinadas posiciones políticas o algunas propuestas sociales. Lo mismo que una tarea de simple notaría lleva a incorporar lo que grita la calle, una actitud un poco menos desinteresada, puede añadir algunos detalles en las normas que sean de “obligado cumplimiento” y que trastoque la forma en que se puede decir o escribir, aunque el grito que empuja tales cambios no proceda de ninguna calle, sino de algunos





despachos. Así pues, si la RAE empuja en una dirección u otra, en un sentido u otro, en el fondo, participa de esa misma política y, sea por acción o por omisión, toma partido.

La denuncia de Pérez-Reverte no utiliza el contexto político —es un tipo listo y sabe que eso siempre es malinterpretado—, sino que la deja en un plano más ambiguo, el de la creación literaria frente a la moda pasajera y los vaivenes sociales de toda la fauna que puebla el mundo actual de la comunicación y que constituye la cultura popular. Acusa a la institución de banalidad, dejadez, arbitrariedad y de poner en la misma balanza a los grandes autores y a los “*influencer* analfabetos”.

La institución ha abierto la boca y ha hecho crecer los ojos, como si hubiese llevado la sorpresa de su vida «¿Yo? —parecía decir—. No, no, no he sido yo» y acto seguido proponía al autor a defender su postura en el próximo pleno y dejar claro si tal postura es fruto de un cabreo sostenido o hay más académicos que crean lo mismo. El resultado no lo veremos pronto. La RAE se mueve despacio, alejada del ritmo real de los tiempos.

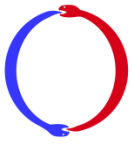
En definitiva, el debate de siempre: cambiar al ritmo de la calle y simplificar el lenguaje para que lo entienda hasta el más lerdo o intentar poner freno a los cambios, con lo que el lenguaje se estratifica y se separa en clases lingüísticas, en cuanto los grupos culturalmente menos desarrollados terminen desconectando de unas normativas que no entienden. Sea cual sea la decisión, la lengua va a cambiar.

CEDRO y la IA: poner puertas al campo

La inteligencia artificial (IA) es un ámbito muy amplio como para caer en simplificaciones, una de las tentaciones habituales siempre que nos dejamos llevar por titulares y obviamos el contenido y los matices, en los que suelen residir las diferencias. La inteligencia artificial generativa es aquella que es capaz de producir contenidos nuevos y originales; si concretamos un poco más, se puede afirmar que una inteligencia artificial generativa podría escribir una novela, componer una sinfonía, pintar un cuadro o realizar cualquier tarea artística de las que se suponen reservadas a los humanos (a algunos, porque la inmensa mayoría de los humanos tienen una producción artística igual a cero).

La capacidad de generación de arte (como concepto general) por parte de una máquina no se quiere ver como un problema competencial, sino que se percibe como una forma de apropiación del producto de la creatividad humana puesto que la inteligencia artificial necesita nutrirse de datos procedentes de obras de arte, de libros, de música para poder producir algo nuevo. Ese es el problema, porque esas obras de arte, esos libros y esa música no están exentas de derechos en muchos casos, de modo que, si alguien (o algo) los necesita para poder crear, tiene que pagar los derechos o regalías correspondientes. Por esto ha entrado CEDRO a mediar en el asunto con una propuesta que pretende normalizar (no hacer normal, sino poner normas) el uso de las obras para la IA generativa. Para ello ha publicado una guía que la propia nota de la institución resume de esta manera:

Entre sus principales recomendaciones, destaca la importancia de verificar que el origen y el acceso a los contenidos sean legales, aplicar una minería de textos responsable, contar con las autorizaciones necesarias para la explotación de obras protegidas y documentarlas adecuadamente. También es necesario garantizar la transparencia de los sistemas de IA y de



cumplir con las obligaciones establecidas en el Reglamento Europeo de Inteligencia Artificial, especialmente en materia de protección de derechos de autor y trazabilidad de las obras utilizadas.

El intento es razonable y objetivamente positivo, aunque no parece que vaya ser más que un intento de poner puertas al campo. Si le interesa, la guía puede ser descargada en [este enlace](#).

Es posible que la propuesta de CEDRO parezca puro mercantilismo, pero no deja de ser más que situar los procesos derivados de la IA generativa a la misma altura que la propia creación humana. ¿O imaginamos que un escritor puede hacer una obra sin haber leído nada anteriormente? ¿No queda algún poso de lo leído en cada una de las frases que podemos redactar? En el fondo, los programas de IA generativa no hacen más que imitar el comportamiento de cualquier creador, artista, pintor o escritor. El problema es que la IA es más rápida... Igual lo que ocurre es que hay miedo porque las fórmulas están agotadas de tanto usarlas.



Imagen de Alan Turing generada por IA como acuarela.



La voz de los muertos (Extracto)





Carmen de Burgos (Colombine)

Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

PRELIMINAR

Díálogo entre la Autora y su Genio Familiar

GENIO.—¿Qué escribes?

AUTORA.—Has venido á interrumpir uno de mis sueños más dulces que estampaba en el papel.

G.—¿Qué soñabas?

A.—Que oía hablar á los que, fuera de este mundo, hacen resonar en nuestros corazones el eco de la verdad y la voz de la justicia.

G.—¿Sientes que te interrumpiera?

A.—No, que aún existen para mi dulces engaños.

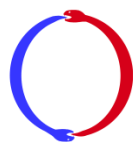
G.—Muéstrame lo que escribías.

A.—Mira. (Le da los «Diálogos».)

G.—¡Qué poca vida le has dado á todo esto! ¡No tienen tus figuras ni un gesto ni un movimiento!

A.—Son sombras, y hablan con la serenidad augusta de allende la tumba.

G.—¿Y las vivas?



A.—Las imitan; busqué la clásica pureza y sencillez de la línea griega. La música primitiva, que con tan pocas notas supo dar todas las impresiones.

G.—Estos diálogos me traen un vago recuerdo de verdades enunciadas por Sócrates, Platón, Leopardi, Parini...

A.—Es fácil. La verdad es una al través del tiempo y resuena con idéntica armonía en todos los corazones.

G.—¿Y si dicen que los imitaste?

A.—¡Qué importa! Si la parodia grotesca recuerda la obra inmortal, no ha faltado arte al autor de la parodia. Si los genios nos dejaron sus ideas, ¿qué mal hay en que fructifiquen? ¿Por qué no le pides á la tierra que en cada nueva cosecha dé frutos desconocidos?

G.—¿No temes que se alboroten los timoratos y gazmoños y que los Aristarcos esgriman el látigo?

A.—Eso me divierte. No recuerdas lo que he oído de la *Verdad* en esos diálogos: «Porque las cosas se juzguen de un modo ó de otro, ¿dejará de ser lo que es?»

G.—Dirán que son inmorales,

A.—¡Inmorales, y los ha de leer mi hija! Lo inmoral no existe sino en las almas corrompidas. Mirando de frente á la vida, sin hipocresía, no existe el mal. Si la opinión ajena lograra hacernos perder la serenidad, seríamos bien mezquinos. Nuestro único juez debe ser la propia conciencia.

G.—Sólo así comprendo que te atrevas á sentar principios tan arbitrarios y tan poco admitidos en el terreno científico y filosófico.

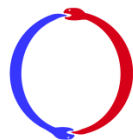
A.—No pretendo hacer sistema ni me importa nada lo que puedan demostrarme. Mis arbitrariedades valen tanto como las deducciones lógicas más severas, puesto que cada sabio viene á desmentir el trabajo de los anteriores.

G.—¿Has querido mezclar el humorismo y el arte á los principios, científicos?

A.—No he querido más que repetir todas las voces de las humanas creencias, las más opuestas entre sí, haciendo igualmente respetable toda razón y todo capricho, y como no creo que para hablar de cosas que llaman trascendentales haya que ponerse hosco, pretendí darles una amable forma literaria. ¿Lo conseguí? Ni lo sé ni me importa. Creo que somos más felices cuanto más libres de ambiciones estamos para obrar según se nos antoje. Nada quiero ni nada espero. Léame el que guste y arrojen otros al fuego el libro. Me es igual.

G.—Pareces una gran pesimista.

A.—¿Por qué? Hay verdades que se deben decir y conceptos abstractos que se necesita fijar: *Honor, gloria, amor, inmortalidad, virtud, patria...*



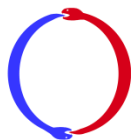
¿No cambian de significado las palabras en el vocabulario? Pues si esto sucede y la palabra no es más que el signo de la idea, es indudable que las ideas han cambiado y que se necesita examinar lo que significan ya entre nosotros.

G.—Sin embargo, algunas veces caes en lo vulgar, se halla una evocación del mitin.

A.—Escribo para el pueblo más que para los eruditos. Hay que divulgar la verdad en forma sencilla, que pueda llegar a todas las almas.

G.—¿No sientes tristeza?

A.—No. La existencia es inevitable á la materia. Al desaparecer la forma humana seguiremos existiendo como parte de la Naturaleza, pero quizás acabe el dolor en la tierra. *(Una golondrina se abate cerca de un rosal.)* Mira, amado Genio; tú que me enseñaste á pensar, mira la verdad única é indivisible: la diosa Diana no recorre ya los bosques sagrados, y no obstante, la eterna primavera empieza á florecer.



EL AMOR

Diálogo entre una enamorada muerta y una jovencita

JOVENCITA.—¿Quién eres, espíritu misterioso que vagas y te agitas en torno mío?

ENAMORADA.—Soy una mujer que murió amando y que no ha logrado ver extinguida con la muerte la llama que en vida la abrasó.

J.—¿No acaba toda pasión en la muerte?

E.—Hasta que se destruye nuestra forma no morimos del todo. Y el amor, ya lo sabéis, es pasión que vivifica y eterniza.

J.—¿Te hace venturosa?

E.—No. Que lo desdichado del humano destino se simboliza en esta inquietud del ser mortal, Si tuviésemos una misión definida en la existencia, no habría inquietudes; iríamos caminando con paso seguro hasta el fin, y al llegar á él nos tenderíamos tranquilos á descansar. Todo anhelo indica incertidumbre, misión incumplida, vaguedad. Lo que podríais llamar falta de Providencia.

J.—¿No hallaste á Dios tras de la tumba?

E.—No hallé nada. En el vado incomprensible de la muerte no existen más que los restos que traemos con nosotros.

J.—¿Los conserváis todos los muertos?

E.—Únicamente los que no vivimos sólo la vida animal. Los otros, extinta la vida, son montones de huesos y podredumbre, completamente desnudos de espíritu.

J.—¿Son más felices ó más desgraciados?

E.—Indudablemente más felices; pero los enamorados tan apegado tenemos á huesos y átomos el sentimiento del amor, que tememos la completa muerte por dejar de amar.

J.—¿Sois muchos?

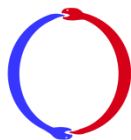
E.—Pocos, y todas mujeres.

J.—¿No hay hombres que amen en eterno?

E.—No.

J.—¿No están ahí Tasso, Dante, Espronceda?...

E.—No. Que los genios amaron en sus obras solamente.



J.—¿Y los enamorados de la Divinidad: San Juan de la Cruz, San...?

E.—No sigas. De místicos no hay aquí hombres ni mujeres; cosa muy sencilla, porque ellos no amaron, sino creyeron amar.

J.—¿Y Jesús de Nazaret?

E.—Fué un nombre, y aquí sólo es una sombra.

J.—¿Y los que murieron combatiendo por defender á sus amadas?

E.—Quedaron satisfechos con su heroísmo, que halagaba su amor propio.

J.—¿Los que se suicidaron?

E.—Lo hicieron por soberbia y despecho.

J.—¿Los que mataron por amor?

E.—¡Matar por amor! ¡Qué equivocada estás!, Cuando pensaron en matar ya no amaban. Amar es abnegación y sacrificio. No caben en él cólera, ira, venganza ó celos.

J.—¿Pues no son los celos hijos del amor?

E.—No; bastardos de la concupiscencia, que se pretende que él legitime.

J.—¿Negarás que algunos murieron de pena por una ingratitud?

E.—Esos fueron consumiendo y debilitando á la vez su amor y sus recuerdos, y todo fué extinto á un tiempo mismo.

J, —¿LOS que renunciaron al mundo por su amor?

E.—Renunciaron sin saberlo también al amor, haciendo sus ideales de la soledad, la ciencia ó la virtud.

J.—¿Y qué razón hay para que no suceda lo mismo á las mujeres?

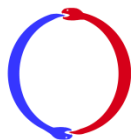
E.—Que en los hombres amor es goce y deseo, y en nosotras el amor es dolor. Nuestra naturaleza está formada para el dolor, y por eso el amor encarna en ella á veces, pues no quiero negarte que no es común á todas.

J.—¿No gozamos en el amor las mujeres?

E.—Solamente por el placer de amar. La mayor parte de las veces en el sufrimiento de sacrificar belleza, juventud, pudor y todo lo más caro, en holocausto del amado. Los hombres han hecho del amor un fin. Su naturaleza ha escondido un placer necesario á la conservación de las especies bajo el nombre de amor, para que la raza humana, la más desdichada de todas, se engañe y no deje de perpetuarse como las otras, por mero placer y egoísmo, al ver sus infinitos males y la conveniencia de no existir. á todo impulso hijo de la Naturaleza, que tiende á acercar á los seres para perpetuar su infelicidad, le llaman amor; y si no á todos, al que se produce entre naturalezas afines ó por mayor deleite en la belleza.

J.—¿No es así vuestro amor?

E.—No.



J.—¿Entonces lo sentís semejante al de las madres, las hermanas y las amigas?

E.—Tampoco; que en todas esas hay un egoísmo de sentirse felices.

J.—¿A vosotras no os hace felices vuestro amor?

E.—Sólo en cuanto nos lleva á la voluptuosidad del dolor.

J.—¿Y no es ese el mayor refinamiento de egoísmo?

E.—Por eso es el más grande amor.

J.—¿Habría ahí muchas mujeres bellas?

E.—Al contrario, que esas no amaron más que á sí mismas.

J.—¿Las enamoradas célebres Hero, Beatriz, Laura, la condesa Giuccoli?...

E.—Esas no amaron más que la vanidad de ser amadas por tan excelsos amantes.

J.—¿Sois acaso las esposas fieles?

E.—No; ellas quedaron satisfechas con su virtud.

J.—¿Quiénes sois, pues?

E.—Las que amamos sin esperanza de ser nunca correspondidas; las que no recibimos jamás un beso. Las que trajimos á la tumba el deseo de un amor, no sólo no satisfecho ó escarnecido, sino ignorado... que no se sabrá jamás.,

J.—¿Sois muchas?

E.—Pocas, que sólo á las que el pensamiento atormenta, fingiéndoles en la vida amores é ideales, para disgustarlas de lo real, llegan á este caso.

J.—¿Cómo?

E.—Nuestro amor nace de la imaginación, y por eso es más alado y perfecto.

J.—Pero menos real,

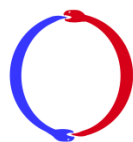
E.—No existe más ni menos en lo que llamáis real, porque todo es nada.

J.—Pero ¿cómo se sostiene ese amor?

E.—De ensueños y ficciones, que son el más bello alimento. Nuestro amor reside en la memoria, y ésta, engañada por la imaginación, reviste de idealidad al amor y al amado.

J.—Así tiene que ser, puesto que no hay ser humano que tal abstracción merezca.

E.—El ser amado no suele ser más que un nombre. En él colocamos todas las cualidades que nuestra mente finge y desea, A veces no es más que un



triste maniquí adornado con nuestras propias galas. La fábula del príncipe convertido en bestia está aquí realizada de un modo inverso.

Convertimos á las bestias en príncipes.

J.—Pero al fin recobran la forma que les pertenece.

E.—Tarde en muchas ocasiones.

J.—¿Por qué?

E.—Porque la memoria se esfuerza en representarse la imagen creada, en llorar lo imaginado como verdadero. Es Como esas gentes que piensan lo que harán con el dinero que un incierto negocio debería producirles, y si éste no se realiza se creen defraudadas y arruinadas, y lloran la pérdida de sus hoteles y sus carrosas, como si en realidad hubiesen existido.

J.—¿Cómo no dejáis de amar?

E.—Suele suceder por falta de la memoria, que deja de representar nuestro amor ó por la creación de una nueva figura de ensueño, que en los más de los casos es el mismo amor con otro nombre.

J.—¿Deseáis olvidar?

E.—Pocas veces. Es preferible el dolor de amar que el tedio de no sentir.

J.— ¿Por qué no experimentáis los amores reales?

E.—No se pueden sentir esas miserias á que te refieres, y á las cuales das el nombre de amor, después de haber aspirado la flor de los ensueños.

J.—Por lo que colijo, sois todas doctas.

E.—Nada de eso; que la sapiencia es enemiga del ensueño, lo mismo que la edad.

J.—¿De modo que vosotras no habéis amado á un ser real?

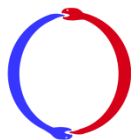
E.—Hemos amado al amor.

J.—¿Cómo era?

E.—No le vimos nunca. ¿No recuerdas la leyenda de Psiquis? Queriendo verle el rostro, se desvanece y se pierde. Le soñamos bello y bueno; perfecto en todo. Le hacemos dios, dándole la suma de todos los atributos en su grado máximo. Le creamos á nuestra imagen, con nuestros gustos y nuestros ideales. Abstracción y ensueño, es como el resplandor suave de una luz que no vemos; el perfume delicadísimo de flores que no contemplaremos nunca... Algo semejante á las alas de las mariposas ó á la flor del almendro.

J.—¿Y no encarnó en un hombre?

E.—Á veces sí. Pero no lo vimos como era, sino como el amor lo vestía. Unos se alejaron antes de descubrir el misterio, dejándonos el recuerdo y



la ilusión; otros se convirtieron en cenizas, haciéndonos gustar la amargura del desengaño.

J.—¿Existe un solo amor?

E.—Todas las cosas son una sola. Las rosas todas no son más que *la rosa*; pero se reparten en todos los rosales y florecen todas las primaveras. J.—¿Fuisteis fieles?

E.—Sí; porque sólo amamos al amor, y no á los amantes.

J.—¿Sois vírgenes?

E.—La mayor parte sí; algunas no.

J.—¿Cómo explicáis que existan en las no vírgenes los ensueños?

E.—El espíritu se levanta gimiendo por el amor, sin mancharse en caricias impuras.

J.—¿Sois algunas casadas?

E.—Varias.

J.—¿Amaron á sus esposos?

E.—Sí; mientras el amor encarnó en ellos. Que sobre éste no puede legislarse, y es inútil pensar en hacerle eterno.

J.—¿No puede existir eternamente?

E.—Sí; de dos modos,

J.—¿Cómo?

E.—Sabiendo conservar el ensueño ó no llegando á realizarlo.

J.—¡Me da miedo el amor!

E.—A los muertos no se les puede mentir. Lo deseas y lo amas.

J.—Pero ¿dónde encontrarlo?

E.—En tu propio espíritu.

J.—¿Y si quisiera huir de él?

E.—Podrías hacerlo.

J.—¿De qué manera?

E.—Secando todas las fuentes de la bondad, de la ternura, de la belleza y del arte.

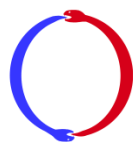
J.—¿Qué sería entonces la vida?

E.—Un desierto sin sol, sin agua y sin flores.

J.—Me mataría el tedio.

E.—Pero no sufrirías por amor.

J.—Prefiero el sufrimiento.



E.—No me extraña; eres mujer, y en toda teogonía el dolor encarnó siempre en nosotras.

J.— ¿No realizaré mi anhelo?

E.—Jamás puede realizarse lo irrealizable.

J.—¿Pero es siempre irrealizable el amor?

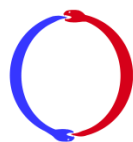
E.—Sí; por eso es tan bello.

J.—¿Es una mentira, un engaño, una sombra?

E.— Menos que eso.

J.—¿Qué es, en suma?

E.—Lo que no existe.



EL HONOR

Diálogo entre un fusilado y un ahorcado

FUSILADO.—Dejadme salir. Debo haber llegado aquí por equivocación. Mi categoría es superior á la vuestra. Que no es lo mismo la muerte gloriosa del fusilado por defender una idea que el vil garrote ó la infamante guillotina.

AHORCADO.—¿Qué vocabulario y qué ideas de la tierra trae aún tu cabeza? ¿No sabes que detrás de la muerte no existe nada vil ni glorioso y que todos estamos bajo el pie de la igualdad más absoluta?

F.—Eso de la igualdad que debe existir en la sociedad de los hombres vivos es un imposible en cuanto á la Naturaleza, y por eso es un absurdo decir que al nacer y al morir todos los seres somos iguales.

A.—¿No lo crees?

F.—No; porque los que nacen mejor dotados físicamente son superiores á los otros. Los que mueren después de haber vivido con más intensidad traen esta mayor superioridad á la muerte y en la tierra yo no era lo mismo que mi portero ó mi criado, no por ser ellos sirvientes, sino porque eran idiotas y no podrían desempeñar otro cometido. Existe una escala entre los hombres por razón de su inteligencia. Para compararlos mejor, les llamaría hombres-gallinas, hombres-perros, hombres-monos; así como hombres-insectos, reptiles y hasta vegetales y de piedra.

A.—Eso debe ser verdad, porque muchos hombres, en sus mismos rasgos fisonómicos, nos recuerdan un animal: ya un perro, ya un ave.

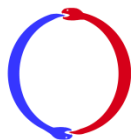
F.—Cierto.

A.—Pero pensando así, ¿cómo has defendido el derecho de la igualdad humana?

F.—El mismo hecho de defenderla te dice bien claro que no creía existiese. Pero ansiaba reparar la injusticia, si no de la Naturaleza, que como fuerza ciega es incorregible y nos seguirá atormentando sin saber que lo hace como no sabe que nos creado ni que existimos, la de los hombres, con los hombres mismos,

A.—No te entiendo.

F.—La Naturaleza, que es nuestro dios, puesto que esa palabra es la convenida para la reunión de todos los atributos, no es un ser consciente como se la ha querido suponer, ni con cerebro humano para pensar, deliberar y obrar; pero en cambio es poderosa. Lo llena todo: hombres,



animales, todos los seres, no ya de la tierra, sino del universo, somos parte de ella, y como tales hemos existido siempre y seguiremos existiendo. Hay átomos que se combinan de modo que forman el ser animado y capaz de moverse, y por eso se creen superiores á los otros seres que les superan en duración de forma, tranquilidad y capacidad de goces sin dolores. El hombre (y este sentimiento debe ser común á las otras especies) se cree que todo ha sido hecho para él, y no se conforma con que le hayan dado el palacio de la tierra con su alfombra verde, sus frutas succulentas y el sol y la luna para alumbrarle. Quiere que exista una providencia ocupada en atenderlo. Se ha inventado un dios creador y consciente á su imagen, y ese dios debe ser un criado dispuesto á guiarlo, servirlo y premiarlo, al par que es el ser que disculpa todas sus fechorías. Puesto que si existe el mal, el asesinato, el robo ó la violación, es porque Dios lo consiente, según nuestra teoría.

A.—Me asombras.

F.—Aun hay más. No nos contentamos con los frutos de la tierra y la rompemos con el hierro ó la mezclamos con inmundicias para que produzca cosecha abundante. Cortamos ó plantamos los árboles. Matamos á los animales que son de carne semejante á la nuestra y hasta nos devoramos los unos á los otros.

A.—Eso sólo los salvajes.

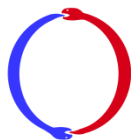
F.—Los civilizados, que nos llamamos así porque nos hemos creado mayor número de necesidades, somos aún peores. No nos comemos, pero nos perjudicamos, nos perseguimos y llegamos al asesinato. Hemos creado unos fantasmas que se llaman honor, virtud, gloria, sabiduría y otras mil zarandajas. Nos hemos esclavizado de mil modos con instituciones que llamamos familia, Estado y nación. Individualmente nos sacrificamos con estudios y análisis de todos esos fantasmas. Queremos llegar á conocer á Dios y á todos los seres, cuyo conocimiento es imposible porque sólo tienen sustantividad en nuestra mente. Creamos sistemas filosóficos, estudiamos las cosas que no están á nuestro alcance y cerramos los ojos á la única verdad: que todo es nada. Partes de la Naturaleza, nos hemos de confundir con ella, y ni somos superiores, ni inferiores, ni inmortales, sino en cuanto á ser materia. Entre tanta creencia falsa, está la de que debemos soportar muchas cosas despreciables, una de ellas la vida, y condenamos al que se la quita voluntario.

A.—Ningún animal se suicida.

F.—No sabemos si los animales tienen noción de la muerte, y para ninguno es tan penosa la vida como para el hombre.

A.—¿No es el más excelso?

F.—Sí, si se tiene la desventura por excelsitud.



A.—Cada vez comprendo menos cómo te sacrificaste por la causa de la humanidad.

F.—Fué porque tuve la desgracia de amar á la justicia y sentí indignación de la soberbia y la desigualdad, mientras que existimos en forma humana. Somos seres capaces de sentir el dolor, verdadero, único mal del universo, y debemos tender á evitarlo.

A.—¿Por qué?

F.—Porque es el germen de destrucción del universo mismo.

A.—¿Se perdería mucho con que no existiese el universo?

F.—Nada; pero el orgullo de querer ser inmortales nos hace desear ser eternos, y además el egoísmo de no querer sufrir. Cuando se conoce el dolor ajeno no se puede ser dichoso. La injusticia es repugnante siempre.

A.—¿Por qué no te despojas de esas ideas?

F.—Porque no está en mi poder mientras conserve la forma humana que las engendra. Tú te vas librando de ellas porque llevas más tiempo aquí y se van destruyendo tus circunvoluciones.

A.—¿De modo que tú eras anarquista?

F.—No sé lo que era, ni el nombre importa; era un hombre de corazón sano y no podía ver con calma la organización de la sociedad.

A.—¿Tan mala es?

F.—Figúrate una población de X hombres, supongamos 100.000. De éstos uno solo está colocado en la cumbre ó pináculo de todas las preeminencias y de todos los honores.

A.—¿Será el más sabio ó el más bueno?

F.—Nada de eso, pero todos trabajamos para sostenerlo, le respetamos y manda en todo...

A.—¿Será entonces el más anciano?

F.—No se tiene en cuenta su edad.

A.—¡Ah! ya comprendo; ¿será el jefe del Estado, presidente ó rey?

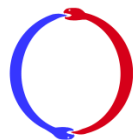
F.—Te vas acercando.

A.—Pero los reyes no tienen ya sus atribuciones antiguas. Se han promulgado constituciones y leyes que están sobre ellos.

F.—Eso no conduce más que hacerles perder su poesía. Los reyes se conciben mejor con collares de dientes y plumeros en la cabeza que como un simple nombre que no sirve de nada.

A.—Eso cuando hay rey, que á los otros jefes de Estado los elige el pueblo.

F.— ¡Pobre pueblo! ¡Se le toma por pretexto de tantas cosas! En toda elección resulta triunfante el que mayor número de egoísmos puede servir.



A.—Te referirías al Pontífice...

F.—No; éste ya es sólo una respetable antigualla de la que nadie hace caso. Pero no me interrumpas. Oye. De mis cien mil hombres, unos veinte gozan después del primero de honores y poderlo, algunos en mayor grado que él, y disfrutan de toda riqueza y comodidad. Otros dos mil, próximamente, lo pasan regular de las migajas que los primeros les dejan. Y el resto, ó sea en la proporción de un setenta y siete por ciento, carece de todo, sufre hambre, miseria, frío y son los esclavos de aquellos pocos, ¿Crees que eso es justo?

A.—No, Pero ¿cómo lo soportan?

F.—Porque desconocen su fuerza. Son como el león con el cual juega el domador en el circo. Le bastaría agitar su melena de rey de la selva para poner en fuga á sus tiranos.

A.—¿Y tú qué hacías?

F.—Mostrarles la luz, la verdad; hablarles de su dignidad, de su fuerza y de sus derechos. En una palabra: querer educar é instruir.

A.—¿Por eso te fusilaron?

F.—Sí. ¿Por qué te ahorcaron á ti?

A.—Por robar y matar.

F.—Yo no quería que hubiese ladrones y asesinos.

A.—Suprimiendo la propiedad, suprimías los ladrones. Yo era de esos setenta y siete mil que sufren y padecen. Desde niño estuve abandonado; en medio de la calle primero, después en un asilo, luego en un cuartel... Veía gozar á los demás y un día quise tomar lo que otro poseía; se defendió y lo maté. ¿Hice mal?

F.—Ya te he dicho que no transijo con robos ni asesinatos.

A.—¿Pues no te han condenado á ti como á mi por asesino y ladrón?

F.—¿Qué dices?

A.—Escucha; los *pocos*, los que mandan, han creado la propiedad para ser dueños de las tierras y de las cosas, hasta de las conciencias. La ignorancia de los otros les protege; tú has querido romper esa ignorancia que les resta súbditos y preeminencias; eres para ellos un ladrón que les arrebató lo que es suyo.

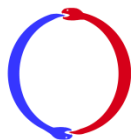
F.—Aunque se considerase así, yo trabajaba en bien de todos.

A.—¿Y es más respetable el bien de los otros que el propio?

F.—Tenía hambre de justicia.

A.—Yo de pan.

F.—¿Fué pan lo que robaste?



A.—No; oro.

F.—Luego no era por buscarte lo preciso.

A.—¿Por qué me había yo de conformar con lo necesario, cuando otros tienen lo superfluo? Además, ¿cómo marcas el límite de lo superfluo y lo necesario? Lo que se desea con vehemencia, es necesario siempre. ¿Por qué ha de ser superfluo para los unos lo que no lo es para los otros?

F.—Pero por mucho que sutilices, no me podrás considerar asesino.

A.—¿Qué hubieran hecho tus discípulos para derrocar la tiranía?

F.—Sublevarse contra ella.

A.—Hubieran incendiado, destruido, matado.

F.—Pero guiados por la necesidad; no como asesinos, sino como jueces.

A.—¿Y no fui yo un juez de los que me oprimían, y no realicé justicia tomando lo que debía dárseme? ¿Es que las cosas cambian en su esencia por ser individuales ó ser colectivas? Todo el que mata ó incita á matar, sea como sea, no tiene más que una sola denominación. Son iguales jueces y verdugos, y hasta te diré que la mayor execración es para el primero; que la máquina no es responsable, sino aquel que la mueve.

F.—Tal vez tengas razón. Yo quería destruir esta sociedad.

A.—¿Qué hubieras creado en cambio?

F.—No lo sé. Las creaciones serían obra de lo porvenir, hijas de las necesidades. De cualquier modo, no resultarían peor que lo existente, puesto que las implantarían seres más perfectos.

A.—Se perderían nuestras obras de Arte.

F.—No importa si se destruye lo malo.

A.—Veo que han tenido razón de matarte; eres más peligroso que yo,

F.—Era incapaz de hacer daño; yo predicaba mansedumbre, amor, piedad, quería la felicidad para todos: el pan, el agua y el sol para todos. Porque hasta el sol y el aire puro acaparan unos cuantos y mueren tantos infelices amontonados en las ciudades y en los hospitales, mientras se pierden las frutas en los bosques vírgenes y las tierras fecundas ofrecen sus mieses...

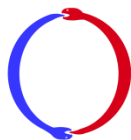
A.—Es que algunos hombres se han repartido la tierra como cosa suya, como antes has dicho. ¿Deseabas cambiar los términos?

F.—¿Cómo?

A.—Que los oprimidos se tornasen en opresores.

F.—No; aunque mejor sería, puesto que entonces el bienestar sería de más. Lo que pretendía era la igualdad completa, la justicia absoluta.

A.—Pues por eso te fusilaron; que es mejor ser malvado que censurar los vicios ajenos. Veo que eras un buen hombre y siento que no te ahorcaran.



F.—Calla; eso hubiera sido infamante. Recibí de frente los tiros en el pecho y la cabeza. Las balas entraron en mi corazón y en mi cerebro, pero no hicieron mella en mi dignidad.

A.—¡Pobre de ti! Aun crees en tu gloria y estás satisfecho de tu sacrificio porque piensas que eres superior á los otros. Caíste al golpe del plomo. Yo gocé en el instante supremo de pender de la cuerda una felicidad suprema. Si los hombres supieran la delicia de la horca, aspirarían como á un premio á ser ahorcados.

F.—Aunque así sea, se tiene por muerte vil, y yo he querido conservar incólume mi honor.

A.—Te pasa lo que á todos los apóstoles. Deseabas educar á la humanidad y empiezas por guardar todas las preocupaciones y atavismos. ¿Qué entiendes por honor?

F.—La conciencia del deber cumplido, el no tener un acto malo ó indigno de que sonrojarnos.

A.—Muy bien. ¿Te sonrojarías de obrar contra la sociedad y sus leyes?

F.—No, si obraba conforme á mi conciencia.

A.—Luego el honor reside en ti mismo, en tu conciencia.

F.—Sí.

A.—¿Y tendrías menos, satisfacción íntima, y por tanto menos cantidad de honor, si te hubiesen dado otra muerte?

F.—Realmente no, porque no estaba en mí.

A.—Pues si el honor está en uno mismo, no está en ajustarse á las leyes establecidas por otros ni depende de lo ajeno.

F.—¡Naturalmente!

A.—No se deshonra el marido á quien engaña su mujer.

F.—Es lógico,

A.—No se deshonra la mujer que se echa en brazos de uno ó muchos hombres.

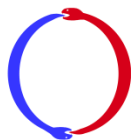
F.—Eso es otra cosa, porque está en ella el dejar de hacerlo.

A.—En las sociedades poliándricas, ¿se deshonoraban las mujeres por tener muchos maridos?

F.—No, porque las leyes lo permitían.

A.—Pero si antes me has dicho que no está el honor en las leyes, sino en uno.

F.—Tienes razón, y convengo en que tampoco se deshonoran por ceder á un sentimiento natural.



A.—Entonces tampoco me deshonré yo cediendo al mío, naturalísimo, de poseer lo mismo que los otros tenían.

F.—Oyéndote flaquean mis convicciones y no sé qué pensar.

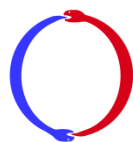
A.—Es natural. El honor no es más que un concepto, y varía para cada pueblo ó individuo según sus conveniencias. Se le ensancha, se le estrecha, se le pliega de mil modos.

F.—Eso no; el verdadero honor no puede ser más que uno.

A.—¿Y sabes quiénes lo poseen?

F.—¿Quiénes?

A.—Los que no han oído hablar de él jamás,



LA VIRTUD

Diálogo entre una cortesana difunta y una madre de familia

MADRE.—¡Aparta, visión, que me vienes á turbar en mis oraciones y en la dulce paz de mi existencia honrada!

CORTESANA.—Todo eso está muy bien para el mundo; pero aquí, las dos solas, frente á la verdad de la tumba, no valen engaños.

M.—¿Qué quieres decir?

C.—Que no invoques una honradez cuyo secreto sabemos ambas.

M.—¿Cómo!

C.—Si el cumplir deberes es un deber, no hay para qué hacer mérito de que los cumples.

M.—No todas saben cumplirlos.

C.—Esas no merecen censura, sino lástima, puesto que si no obran bien han de sufrir á causa de sus actos.

M.—Merecen reprobación; que no ha de medirse igual á las que faltan á sus deberes que á las que perseveran en la virtud.

C.—¡Deberes, virtud! ¿Puedes tú decirme en qué consisten?

M.—En ser honesta y morigerada.

C.—¿Qué es la honestidad?

M.—¿No lo sabes?

C.—No. Si para la soltera está en la inocencia, habrá perdido ésta el día de su boda.

M.—Nada de eso si es casta y fiel á su marido.

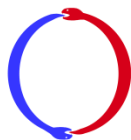
C.—Vamos por partes. Todo eso es tan acomodaticio, que si se consiente el divorcio, la mujer no deja de ser honrada por conocer otro varón.

M.—¡Naturalmente!

C.—Luego la castidad no consiste en el hecho, sino en las leyes que lo permitan. Partiendo de esto, cuando la Naturaleza no se conforma con la castidad y la fidelidad, no debe haber pecado, puesto que obedecemos á una ley superior á las de los hombres.

M.—Hay que resistir los impulsos.

C.—¿Para qué? Ningún pecado existiría si no pusiéramos á la Naturaleza en lucha consigo misma.



M.—No deben tenerse deseos que no permiten las leyes que se nos han impuesto.

C.—Júrame que no has sentido deseos fuera de tu marido.

M.—He sabido vencerlos.

C.—Si entraron en tu pecho, cometiste adulterio; que cuando el espíritu se mancha, sólo de la casualidad depende la pureza del cuerpo.

M.—¡Me aterra!...

C.—¿Por qué? Eso es natural. Si no existiesen, leyes estúpidas no existiría el pecado.

M.—Pero yo no he caído en él de hecho.

C.—¿Has tenido ocasión?

M.—No.

C.—¿Qué mérito tienes entonces?

M.—Haber sabido evitarlas.

C.—¿Cómo? Dime. ¿Fuiste lo bastante bella para inspirar una pasión que te instara á satisfacerla?

M.—No.

C.—¿Estuviste sola, abandonada y expuesta á los peligros?

M.—No.

C.—¿Padeciste hambre y miseria para obrar contra tu pudor?

M.—No.

C.—¿Qué valor tiene eso que tú llamas virtud, si no te instigó la necesidad ni se te presentó la ocasión de dejar de ser casta? ¿Con qué derecho pudiste abominar de las desdichadas?

M.—No maldije á las necesitadas, sino á las viciosas.

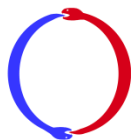
C.—¿No pensaste que toda prostituta fué virgen antes? ¿No compadeciste todo el dolor que destroza un alma para pasar de un estado á otro?

M.—La mayor parte fueron inconscientes y desmoralizadas, sin sentir pena alguna.

C.—Con esas eras más culpable.

M.—¡Yo!

C.—Tú y toda la Sociedad. Te es cómodo ser parte de ella y no ser culpable de sus actos. Sois culpables todos. Los que no supisteis enseñarles el camino de lo que llamáis virtud, los que no las educasteis, los que explotaron su inocencia y el Estado que cobra contribución de su vil tráfico para sostener con él las cosas santas.



M.—Blasfemas...

C.—Víctimas de la mala organización de la sociedad, no os quejéis si la envenenan.

M.—¿Convienes ya en esto último?

C.—Sólo en cuanto las obliga la necesidad, que si obedecen al amor ó al capricho, hacen bien en obrar libremente. En el acto de dejar de ser vírgenes, al que das tanta importancia, ¿es más honrada la joven que llega sin amor al tálamo matrimonial, vendiendo su virginidad á plazo fijo, con la garantía de las leyes, que la muchacha que se entrega por un impulso natural en brazos del que ama?

M.—No sé qué quieres decir. Pero esas hacen oficio de vender su belleza.

C.—Casi siempre porque su nobleza se pagó con ingratitud y se vieron solas y abandonadas ó porque se las engañó en su ignorancia.

M.—Sea lo que quieras; no pueden compararse con la esposa,

C.—¿Ni siquiera con las que engañaron á sus maridos por capricho ó vicio?

M.—Según tú, eso no es delito.

C.—No es delito por el hecho ni el sentimiento, sino por el engaño.

M.—¿No las engañaron también sus maridos precisamente por culpa de esas mujeres que se los arrebatan?

C.—Tal vez cansados de vuestra árida virtud.

M.—Ellos nos la exigen.

C.—Para que seáis las criadas en sus hogares.

M.—Nos dieron su nombre.

C.—Y vosotras les creísteis vuestra propiedad y no pensasteis en halagarlos. *Mi hombre* llaman las aldeanas á sus esposos; *mi marido* decís vosotras; tenéis del matrimonio ese concepto de propiedad, Os creéis hacer lo suficiente con no tener un amante, acaso porque no podéis, para que se os considere buenas, aunque amarguéis la vida con caprichos, imbecilidad ó abandono.

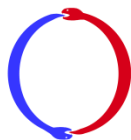
M.—Vivimos para nuestros hogares y no para lo vano.

C.—¿Creéis vano el amor de vuestros esposos? ¿Por qué nos envidiáis entonces?

M.—¡Envidiaros!

C.—No lo ocultes. Sentís una secreta envidia de vernos pasar victoriosas y triunfantes. ¿Acaso no pensáis que si estuviéramos en vuestro lugar sabríamos hacer feliz el hogar para vosotras vacío?

M.—¿Por qué no os arrepentís y llegaríais á tenerlo?



C.—Es imposible. Bueno es que vosotras os arrepintáis de ser honradas cuando al final veáis lo vano de todo esfuerzo. El camino del pecado está abierto. Nosotras, comprensivas, no somos escrupulosas. Pero una cortesana no debe arrepentirse jamás. La humillaríais con vuestra honradez,

M.—Seríamos piadosas.

C.—Quizás las que pudieran pecar y no lo hicieron lo serían; pero no las que esperaron en vano la hora de pecar, ni las hipócritas, que tanto abundan.

M.—¿Crees eso?

C.—Sin duda. La mitad de las impecables no faltarán sólo en deseo, como tú, sino de hecho. ¿Acaso no conoces á las que tuvieron hijos antes de su matrimonio, ó las que engañaron á sus maridos, á las que se vendieron?...

M.—Sí; pero evitaron el escándalo y el mal ejemplo.

C.—Unieron la hipocresía á sus vicios,

M.—No eres tú la que se lo puedes reprochar,

C.—Ni nadie, si hablan en nombre de la Naturaleza. Pero si se escudan en la moral que no practican para acusar á los demás, todos podemos condenarlas á ellas en nombre de esa misma moral.

M.—Eso es cierto.

C.—¿Tienes hijas?

M.—Sí.

C.—¿Y no temes condenarlas al condenar á las otras?

M.—Las eduqué conforme á la ley de Dios,

C.—¿A qué llamas educar en la ley de Dios?

M.—¿No lo sabes?

C.—Será á hacerlas ser ignorantes, á que crean las cosas sin analizar y los hechos naturales sean para ellas misterios.

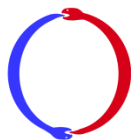
M.—Eso sobre todo.

C.—¿Y crees que se pueden llamar virtuosas las ignorantes y las que no han luchado? Os envanecéis de lo que sólo es hijo del acaso. Si tus hijas hubieran nacido en un lupanar, tal vez hoy serian unas...

M.—¡Calla!

C.—¿Valdrían menos por eso? Cuando oigo envanecerse á alguien de su honradez y de su rectitud, pienso siempre: Si existiese la justicia, ¿ocuparías ese cargo ó ese puesto?

M.—No entiendo.



C.—Es, sin embargo, bien sencillo. Existiendo la justicia existiría la igualdad, y no habría superiores ni inferiores.

M.—Pero eso es un imposible.

C.—Por los vicios de la humanidad; pero debe existir, al menos, la tolerancia.

M.—Tenemos el deber de ser intransigentes é inflexibles con el vicio. Quisiera mejor ver á mis hijas muertas que culpables.

C.—Esa es la ferocidad de vuestra virtud, tan contraria á los sentimientos naturales. Ten en cuenta que el más virtuoso es el más tolerante.

M.—¡He de oír tales abominaciones!

C.—Nosotras sabemos compadecer y perdonar.

M.—Nosotras también os encomendamos á Dios.

C.—Que es como abandonarnos, dándole á la culpa de vuestra negligencia. Creéis que hay más pecado en entregar el cuerpo al placer que en no apagar el hambre ó la sed de los semejantes, en escarnecerlos, en perjudicarlos.

M.—La moral lo quiere así.

C.—¿Qué será la moral cuando en cada pueblo y en cada época ha sido diversa?

M.—Todo varía.

C.—No varía lo que es propio de la Naturaleza. El amor y el dolor son siempre iguales. Dime: ¿tienes hijos varones?

M.—Sí.

C.—¿Cuidas de educarlos de manera que respeten á la mujer?

M.—Desde luego, si son honradas.

C.—De ellos depende que lo sean. ¿Cuidas de su pureza como de la de tus hijas?

M.—No es igual en eso el hombre que la mujer,

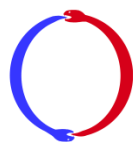
C.—Si todas las madres educasen á los hijos para que fuesen honrados y castos y no se acercasen más que con amor y respeto á toda mujer, cesaría ese mal que llamas vicio, y que existirá mientras hayan uniones sexuales sin amor.

M.—Pero dime: ¿qué es lo que pretendes de mí?

C.—Que les digas á tus iguales que poco deben envanecerse de una virtud que por no estar en ellas no es suya.

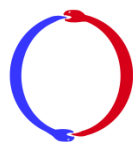
M.—¿Cómo?

C.—Vuestra virtud, en todo aquello que á la unión de los sexos se refiere, es hija de las circunstancias.



M.—¿Cuál es, pues, la verdadera virtud?

C.—La de los limpios de corazón, que no quieren para otros el mal que no quieren para ellos.



EL PATRIOTISMO

Diálogo entre un héroe muerto y un fraile orante

FRAILE.—¿Quién eres?

HÉROE.—No lo sé de cierto.

F.—¿Cómo es eso?

H.—En la vida fui un hombre humilde del que no se curó nadie, y que por el hecho de haber muerto en una desdichada acción de guerra todos elogian á porfía.

F.—¿Fuiste valeroso?

H.—Sólo temerario. Comprometí á los que me obedecían y caí en la tumba entre sus lamentos y sus lloros.

F.—¿Por qué se lamentaban? ¿No vale más una muerte gloriosa que la vida?

H.—No; que los que no conocen el goce de la muerte quieren seguir viviendo y además, apena al hombre la idea de la eterna separación de los que ama y el pensamiento de dejarlos en el desamparo.

F.—¿Eso te desconsoló?

H.—Momentáneamente. Luego llegué á la gloria de los héroes y vi que casi todos éramos iguales.

F.—¿Cómo?

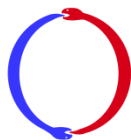
H.—El móvil que nos guiaba es á unos la soberbia, á otros la popularidad ó deseo de lucro. Los menos son inconscientes ó desesperados.

F.—¿No os guió el amor á la Patria?

H.—Jamás. Con la ambición ó el miedo se borra toda afección de cosas abstractas.

F.—¿No amábais vuestros países?

H.—Sí; pero no en cuanto á ser nuestros países, sino por necesitar que otros no dominaran en ellos. Las fronteras son convencionales, la tierra toda es patria del hombre. á veces combatimos por cosas que no nos importan y, por lo tanto, no pueden apasionarnos como cuando defendemos la propiedad, la libertad ó lo que nos acostumbran á llamar honor. Peleamos por vengar las ofensas hechas al jefe del Estado ó á la bandera que representa nuestro territorio, ó hasta por defender posesiones



que no nos pertenecen. En las guerras de independencia luchamos por el bienestar, y á ese sentimiento se le llama amor á la Patria.

F.—¿Cómo obedecéis á los que os ordenan pelear?

H.—Por la fuerza de lo convenido, la falta de unión para resistir todos á una; los vicios de la humanidad en la tierra, de los que sólo nos despojamos al dejar de ser.

F.—¿Creéis mala á la humanidad?

H.—Perversa. ¿Qué seres hacen tanto daño como los hombres? La inteligencia les sirve para la supremacía en la maldad. Mata, roba, atormenta y oprime por deleite. Las fieras matan por comer, y después de hartas no se ocupan de hacer daño á sus semejantes.

F.—¿Era por eso por lo que me asegurabas no saber apenas quién eres? ¿Querías decir que no sabes si mereces los honores de héroe ó la execración de asesino, considerando la guerra como un asesinato colectivo y un atentado contra natura?

H.—No. Te lo decía porque estoy despojado de mi uniforme, y un héroe sin uniforme no es nada

F.—No te comprendo.

H.—La mayoría de las personas no somos entes reales, sino sombras vestidas con un ropaje. Los héroes dejamos á la humanidad nuestras charreteras y nuestras grandes cruces. No somos más que eso: un emblema, una ficción.

F.—Dais gloria á vuestro país.

H.—La gloria de los héroes y la de los sabios es igualmente perjudicial.

F.—¿Por qué?

H.—Los primeros porque perpetúan la barbarie incitando á la juventud á que los imite, con sus viejas charreteras enmohecidas y deslumbrantes ostentando sus manchas de sangre; los segundos porque os hacen desgraciados al quitaros esas barbaries y mostrar la verdad.

F.—Es una paradoja sutil, pero falsa, que sea lo mismo de perjudicial la barbarie que la sabiduría.

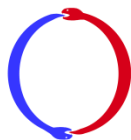
H.—Como lo es loar al que estudia y consagra su vida al bien, de igual manera que al que destruye y mata á sus semejantes. Pero no hay tal paradoja. El mal es la vida.

F.—¿No has dicho antes que se considera como el mayor bien?

H.—Cosa que tan pronto pasa, poco amor merece. Sobre todo para los que hemos necesitado morir mintiendo para vivir gloriosos.

F.—¿De modo que no amas ya la Patria?

H.—No. Aquí no vemos ya patria alguna, abarcamos el universo.



F.—Así el amor de la Patria es egoísmo.

H. —Cierto.

F.—¿Y el de la bandera?

H.—¿Cómo amar aquí los trapos estando desnudos?

F.—¿No te enterraron envuelto en ella?

H.—No pudo impedir que me comieran los gusanos.

F.—¿No conservas tampoco amor á la humanidad?

H.—Calcula el que antes le tendría cuando obedecí la orden de matar.

F.—Antes has dicho que os obligaba la necesidad.

H.—Sí, Eso te demuestra que no es el amor, sino la conveniencia la que nos impide dañar ó nos hace respetar á los semejantes.

F.—No entiendo.

H.—Cuando no matamos no dejamos por eso de hacer daño. Dishonramos á unos, martirizamos á otros, faltamos á los juramentos, engañamos ó vendemos á los amigos, nos apoderamos de lo ajeno... ¡Excelencias de los humanos!

F.—Porque no tenéis el freno de la religión.

H.—Cuando deseamos una cosa con vehemencia, no nos detiene la religión ni el miedo al castigo.

F.—No creeréis en la otra vida.

H.—Ya estás viendo que no la hallamos. Pero el creer no nos estorbaría, puesto que todo se perdona.

F.—Sólo arrepintiéndose de corazón.

H.—Siempre que no podemos hacer más daño, nos arrepentimos de veras.

F.—La religión os confortaría á la hora de morir.

H.—Antes al contrario. Los que se tienden á descansar en la nada van contentos; los otros, con el temor de lo desconocido, mueren desesperados.

F.—Carecéis de ideales.

H.—¿Qué ideales podemos tener los guerreros?

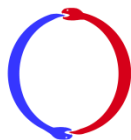
F.—Me haces temblar.

H.—¿Por qué?

F.—Porque yo renuncié á la vida por buscar el más allá, y según tú no he de hallarlo.

H.—¿Qué te importa si hallas el descanso?

F.—¿Pero se puede descansar sin Dios?



H.—Algunos necesitan inventárselo. Los que continúan abortos en su sueño.

F.—Nuestra razón desea investigar el origen de las cosas.

H.—Porque las revestís de misterio para ocuparos de vanos cuidados. Se comprende que te cures de evitar que te ataquen las viruelas ó una pulmonía. Pero ¿qué te importa cómo se hizo el mundo si no puedes enmendarlo? ¿Ni de qué te sirve que haya Dios ó deje de haberlo?

F.—¿Podríamos ser buenos sin Dios?

H.—Indudablemente, puesto que existe en el bien el goce de practicarlo.

F.—¿Piensas que la virtud es goce?

H.—Es egoísmo, un egoísmo completo de sentirse feliz, por ser superior al malvado.

F.—Y por la esperanza de la recompensa.

H.—¿Qué recompensa si todo acaba al morir?

F.—¿Vamos á ser semejantes á un perro?

H.—Eso repugna á tu soberbia, pero es una gran verdad. Deja de ser soberbio y te conformarás con tu condición mortal.

F.—¡Haber abandonado los goces naturales de la vida y luego encontrar sólo la nada, sería terrible!

H.—¿Ves cómo te guiaba el egoísmo de ganar otra vida mejor? Te han dicho que se compra á costa de sacrificios, y no has vacilado en hacerlos. Eres un gran egoísta.

F.—Renuncié á todo de buena fe, consagrándome á Dios con votos de castidad y pobreza.

H.—Dos virtudes inútiles para ti y para los intereses de la comunidad.

F.—Fui caritativo.

H.—Por egoísmo de no ver sufrir. La caridad es una virtud que viene á remediar los males de la injusticia. Si cada uno tuviese lo que le pertenece de derecho, no se lo darían los otros de limosna.

F.—Con mi patrimonio fundé un asilo.

H.—Siempre es bueno que haya una casa para todos, ya que cada uno tiene derecho á tener su casa.

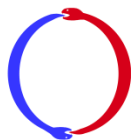
F.—Me azoté y ayuné mortificando el cuerpo.

H.—¿Crees á tu cuerpo imagen de Dios y te atreves a azotarlo?

F.—Para conseguir la pureza.

H.—¿No pecaste?

F.—Sí; pero el espíritu no es responsable de las faltas del cuerpo.



H.—¿Cuáles fueron tus pecados?

F.—La lujuria y la gula.

H.—No es pecado gustar de la mujer y los manjares, sino sentimiento natural.

F.—Aunque fuese cierto, falté en no obedecer las leyes.

H.—¿Por qué no tuviste mujer legítima entonces?

F.—Porque la castidad es el estado perfecto,

H.—Pero si faltabas á ella...

F.—Tenía la esperanza de conseguirla, y el casado no puede aspirar á alcanzarla.

H.—¿No es sacramento el matrimonio?

F.—Sí; porque la religión, previsoramente, nos dice que «más vale casarse que abrasarse».

H.—Luego es un sacramento despreciable.

F.—No nos está permitido á los siervos de Dios.

H.—¿No son siervos de Dios más que los frailes?

F.—Nosotros estamos más cerca por el deseo de ser perfectos.

H.—¿Se opone á vuestra perfección el amar á una esposa y unos hijos?

F.—Corazón que se apoya en afectos terrenos no es enteramente de Dios.

H.—¿Puede amar á Dios quien no ama á sus semejantes?

F.—Además, el no tener apego á nada es relativo.

H.—¿No poseéis bienes?

F.—Inmensos, para sostener nuestras instituciones.

H.—¿Estás seguro de que los administran bien los superiores?

F.—No siempre; pero sus faltas son flaquezas de hombres.

H.—Me hablabas antes de las tuyas; ¿qué más pecaste?

F.—Por la gula.

E.—¿Hacéis pecado en comer los manjares de la tierra?

F.—En comerlos con deleite.

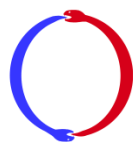
H.—Eso más bien es alabanza al Creador. ¿Has dudado?

F.—Muchas veces, al ver los pecados de los demás.

H.—¿Podrías decirme quién es Dios?

F.—No puede definirse.

H.—¿Qué fundamentos tiene tu religión?



F.—La fe.

H.—Pero ¿en qué principio te fundas?

F.—En ninguno. Debo creer.

H.—¿Por qué?

F.—Porque así me lo han enseñado.

H.—¿Quién?

F.—Mis padres.

H.—¿Sabían más que tú?

F.—¡Menos; que fueron toscos labradores! Pero además de ellos los libros santos.

H.—¿Esos libros son obra de Dios ó de los hombres?

F.—De hombres inspirados por Dios.

H.—¿Cómo lo sabes?

F.—Porque me lo han dicho.

H.—¿Quiénes?

F.—Ellos mismos.

H.—¿En qué se funda su testimonio?

F.—En la fe.

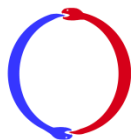
H.—Ella te salve, amigo. No quiero discutir más contigo. Sería inútil, puesto que perteneces á la minoría de tus iguales los frailes.

F.—¡Cómo!

H.—La mayoría son los pillos, la minoría los necios.

F.—De modo...

H.—Que eres sencillamente un tonto.



LA GRANDEZA

Diálogo entre Isabel I y el guardián del castillo de la Mota

GUARDIÁN.—¿Qué sombra es esa que me espanta los conejos y me impide esta noche mi caza?

ISABEL.—¡Ya me desconocen hasta mis mismos servidores, y nadie me rinde pleitesía

G.—¿De qué hablas?

I.—Soy doña Isabel la Católica que viene á visitar este castillo de sus amores.

G.—No me extraña, que muchas noches en lo alto de la torre del homenaje he oído suspirar á la reina, doña Juana.

I.—Mi hija infeliz puso su amor en un hombre y tuvo la suerte de perder la razón al perderlo. ¡Bendita sea la locura, que conserva las ilusiones!

G.—Diríase que estás afligida.

I.—Me apena ver esta fortaleza gigantesca con los muros derrumbados, cegado el foso; sin vestigio de aquel puente levadizo que se bajaba á mi llegada, y esa triste torre sombría, centinela de las llanuras de Castilla, que conserva huellas de heroicos combates, y en la que anidan todos esos fatídicos cuervos, que ahora reposan en los huecos de piedras y aspilleras y que al amanecer le tejen una corona lúgubre, ¿Tú quién eres?

F.—El guardián de esta fortaleza.

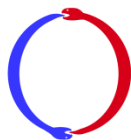
I.—¿Qué les queda que guardar á estas ruinas?

G.—Tu recuerdo. Vienen muchos curiosos que se extasían en aquella cámara que llamamos El Tocador de la Reina.

I.—¿Qué cámara?

G.— La del primer piso; esa cuadrada con bóveda de cañón que aun conserva las crucerías alemanas, las lacerías mudéjares y los nervios y rosetones de su decoración.

I.—Ese fué mi dormitorio, que tocador no lo hube. Ahora cualquier señora de posición mediocre vive con más lujo que alcanzó mi corte. Muchas veces hilé la lana y compuse el sayo de velludo de mi esposo. Ni tuve alumbrado espléndido, ni mesa refinada, ni perfumes embriagadores, y tampoco tocador ni cuarto de baño.



G.—Sin duda por eso hiciste aquel voto de no mudar de camisa durante el cerco de Granada, que entonces te elogiaron tanto y hoy se mira como una porquería.

I.—Tienes razón; que de saber yo entonces lo que me han enseñado la muerte y los siglos, muchas cosas no hiciera. Incluso la de empeñar mis joyas,

G.—Poca falta te hacían, puesto que no eras bella. Las joyas son para lucir. ¿Y qué ocasión como aquella de lucirlas?

I.—No lo digo por eso. Sino por la tontería de descubrir más seres humanos. De agrandarles el escenario á los malos comediantes y de hacer que en nombre de Dios y de la religión se martirizará á tantos infelices de las tierras vírgenes acostumbrándolos á todas las cosas que los han de hacer desdichados y que nosotros llamamos civilización.

G.—No tengas remordimiento; de todos modos, con el vapor y los adelantos modernos, se hubiera descubierto esa tierra sin ti y sin Colón.

I.—Pero se hubiera descubierto en mejores condiciones de tolerancia. Me asusta ahora pensar en mis desaciertos y en los de los monarcas que me siguieron. La Santa Hermandad. Todas aquellas órdenes caballerescas, todo aquel engranaje de la Inquisición que sostuvo Torquemada.

G.—¿Te arrepientes?

I.—¡Ya lo creo! Le he oído rechinar los dientes de su esqueleto, asustado de sus crímenes. Por Suerte, yo me había opuesto á ellos.

G.—¿Y don Fernando?

I.—No es ya mi marido, sino el de Germana de Foix. Ya sabes que los viudos que se casan dejan viuda el alma de su consorte primera.

G.—¿Amabas á don Fernando?

I.—Como él á mí. Amor de reyes.

G.—Mira el ejemplo de tu hija.

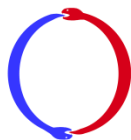
I.—Era una pobre loca. Pero dime, ¿cómo te resignas á vivir en estas ruinas?

G.—Tengo nueve hijos y necesito ganar para mantenerlos.

I.—¿Y ganas con este oficio?

G.—Les enseño el pan por la mañana y á la noche toman un caldo de agua y tintura. Pero somos libres; para morir de hambre no hace falta recomendación. No padecemos indigestiones como los ricos. Tengo la escopeta escondida en la cisterna, de noche cojo algún conejo y de día cae algún cuervo, aunque los malditos son más duros que la miseria.

I.—¿Cómo te llamas?



G.—Me llaman el *Guindo*, aunque mi apellido es noble, y me cuadraría bien un marquesado. Mi primor oficio fué *pesero*. Es decir, que me tiraron las pesas cuando metía mano en las canastas de pescado ó fruta. Era preciso comer.

I.—No me extraña que seas de noble stirpe. Pues veo derrumbados nuestros castillos, perdidas todas las tierras que conquistamos; los palacios nobiliarios se convierten en almacenes de vinos ó casas de huéspedes. ¿Quiénes fueron tus padres?

G.—No lo sé. Soy *confetti* del arroyo, hijo del beso del alcohol y el vicio en una encrucijada oscura.

I.—Bien hablas. ¿Dónde aprendiste?

G.—En el presidio, donde estuve por matar á un hombre. Pero fué frente á frente, luchando con dos navajas al que mejor faena hiciera.

I.—¿Por eso te llevaron á, presidio? Mis caballeros peleaban cada día y mataban á sus contrarios.

G.—Es que la justicia no es igual con los *peseros* que con los señores. Pero salí pronto. Seis años de reclusión pagan la vida de un hombre.

I.—¿Cómo?

G.—Le han dejado al rey la prerrogativa del perdón.

I.—Bien pocas le quedan.

G.—Es natural que todo se derrumbe y muera.

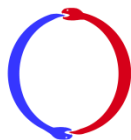
I.—No; que todo viva. En la tumba he visto la vida universal. Cada objeto no es en realidad un objeto, sino una forma que existe dentro de otra. La vista humana percibe lo más sólido, pero no ve lo más tenue que lo rodea ó lo llena. Éste castillo, aquella montaña, todo son partes de un cuerpo, como las venas ó los nervios lo son del ser humano. La materia tiene una unidad completa.

G.—No he oído hablar de eso en presidio.

I.—Te quería decir que en toda vida hay muchas vidas. Microbios tan pequeños que no se pueden concebir, y que viven en nosotros, en la fruta, en el aire. Un tejido de vidas. Todo es vida.

G.—Había Oído que todo era nada.

I.—Porque nada es la vida siéndolo todo. Las tablas de mi ataúd se han convertido en vida de millones de seres: la polilla que lo destruye. Mi cuerpo muerto era un semillero de vida, gusanos y microbios que nacían de su propia inmundicia. La tierra engendraba insectos, orugas las plantas. Creemos en la muerte cuando un ser humano se descompone y se pierde, sin pensar que todo el universo está poblado de seres y la vida vive y palpita. En cada grano de polvo hay un centenar de existencias.



G.—¡Qué maravilla!

I.—Esos seres pequeños son los señores de los reyes. Nos devoran y nos destruyen. Ellos son la polilla de los maderámenes, el orín del metal, la carcoma de las piedras. Destruye todo lo que parece grande, porque es grande sólo lo que parece chico.

G.—¿Y qué es el mundo?

I.—Un pequeño glóbulo rojo del universo que vive dentro del conjunto de los cuerpos.

G.—¿Es grande ó chico?

I.—Lo grande y lo pequeño no existe sino comparativamente. Todo es pequeño y todo es grande.

G.—No te entiendo. ¿Tú qué eres?

I.—La sombra de una reina que se creyó grande.

G.—¿No lo eras?

I.—Era un microbio de la tierra.

G.—¿Y yo qué soy?

I.—Otro microbio.

G.—¿De modo que son iguales reyes y *peseros*?

I.—Completamente iguales.

G.—¿Por qué os servimos entonces?

I.—Porque todos los seres de una especie luchan entre sí y se destruyen.

G.—Entonces reinaría la muerte en todas partes...

I.—Así es.

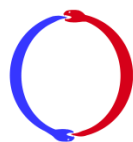
G.—¿Pues no decías que reina la vida?

I.—Ya te he dicho que vida y muerte son nada.

G.—Explícame eso.

I.—No puedo, empieza á amanecer y toda sombra se desvanece con la luz.

G. (*solo*).—Estoy soñando. Hay un cuervo allá arriba y pensé que era una reina que se me aparecía y que me ha dicho no sé cuántas cosas. Hasta que yo era igual que un rey. Después de todo, bien vale un buen sueño más que una mala realidad. La ilusión lo es todo. ¿Qué me importan á mí ni la vida ni la muerte? Voy á disparar mi escopeta y mataré al cuervo. (*Empieza á salir el sol.*)



LA LEALTAD

Diálogo entre Judas y el cura de un pueblo

JUDAS.—¿Está el párroco?

CURA.—Servidor. ¿Qué deseaba?

J.—Vengo á reclamar mi puesto en un altarcito

C.—¡Cómo!

J.—Soy un apóstol que tiene derecho á culto lo mismo que los demás.

C.—¿Quién eres?

J.—San Judas Iscariote.

C.—¡El réprobo! ¡Misericordia!

J.—No, no te asustes. Estáis en un error los que me excluís del santoral y me suponéis en el infierno rechinando unos dientes que ya no tengo.

C.— ¿Te perdonó Dios con su misericordia infinita?

J.—No sé si me perdonó alguien ni si hay quien me pueda perdonar. Pues desde que hice la tontería de ahorcarme no he vuelto á ver á nadie de mis conocimientos, ni encontré gloria, infierno, limbo ni nada de esas cosas de que mi amigo Jesús nos hablaba.

C.—¿Tratas con esa familiaridad al Divino Maestro?

J.—¿No ves que nos hemos criado juntos?

C.—Pero su divinidad...

J.—Eso no reza conmigo ni con los otros. Para admirar lo divino tenemos que verlo á distancia, engrandecido por lo ideal, por el misterio.

C.—No deja de ser una apreciación tuya.

J.—Bien. ¿Me das mi altar?

C.—¿Insistes en creerte santo?

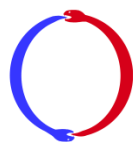
J.—¡Naturalmente!

C.—¿Y qué te importa la santidad si dices que después de la muerte no hay nada?

J.—Atavismos de mi cerebro de hombre.

C.—Pues juzgándote como hombre tenemos que abominar de ti, que vendiste á tu Maestro y amigo.

J.—¿No tenéis lógica los hombres?



C.—Sí.

J.—Pues admitiendo vuestro vocabulario y vuestras leyendas, ¿no veis que yo era un instrumento de la divina voluntad?

C.—¿Qué dices?

J.—El drama del Calvario no era ni más ni menos que una de tantas obras teatrales como representáis todos los días. Lo habían combinado en el transcurso de los siglos. Era preciso, para que los hombres se redimieran del terrible pecado de buscar la sabiduría, que cometieran otro pecado mayor y asesinasen nada menos que al hijo de Dios, quizás porque éste quería castigarse á si mismo de no haber sabido evitar el pecado primero.

C.—¡Blasfemas!

J.—No. Oye. Cada actor tenía asignado su papel desde muy antiguo. A mí me tocó el de traidor. ¿Qué querías que hiciera? ¿Me iba á rebelar contra el autor divino? Tuve que resignarme, y lo único que hice mal fué tomarlo tan en serio.

C.—No sé qué pensar.

J.—Tan santo soy yo como Pedro, que lo negó tres veces, y lo habéis hecho Sumo Pontífice.

C.—Tu testimonio de que todo pasó según los Evangelios es interesante.

J.—No; ten en cuenta que yo apenas me acuerdo ya de nada. Vosotros habéis arreglado las cosas á vuestro gusto; lo único que hago es admitir como bueno vuestro relato para argumentar con vuestras creencias.

C.—¿Conociste á todos los apóstoles y á María Magdalena?

J.—Muchas mujeres conocí de ese nombre. Los apóstoles deben ser los amigos de Jesús. No; no los conocí á todos.

C.—¿Conociste á su madre?

J.—Excelente mujer, que sufrió mucho por las rebeldías del hijo. Fué una buena madre.

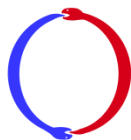
C.—¿Y San José?

J.—Buen hombre, que no era justo reducir á papel tan secundario. Ya ves si siendo todos ellos santos tengo derecho á defender mi puesto.

C.—Y aun suponiendo eso, ¿qué advocación podías tener, si ya están todos los puestos ocupados? Hay patronos de todos los lugares y abogados para todas las cosas.

J.—Yo sería el que tendría clientela más considerable si me hacíais abogado de los traidores.

C.—¡Cómo!



J.—Sí. La traición, tan repugnante como es, reina en la tierra de modo hipócrita. Seré el santo de la devoción de los amantes de ambos sexos. De las mujeres casadas y de los maridos, de los criados y de los gobernadores, de todos los amigos fraternales, de los grandes políticos.

C.—Pero aunque así fuera, ¿crees que nadie querría confesarte su devoción?

J.—Claro que no, si me llamabais abogado de la traición; pero si como es uso me dabais el nombré contrario, todo se había salvado.

C.—¿Cómo habíamos de llamarte?

J.—Abogado de la lealtad,

C.—Habría un engaño.

J.—El mismo que existe en las demás cosas. Todos se enmascaran con aquello que necesitan para no ser conocidos; de modo que el truhán se llama honrado, la adúltera virtuosa, el necio sabio... etc. En cambio el honrado suele pasar por pillo si la fortuna no le acompaña.

C.—Me asombras.

J.—Así es la vida. Lo peor que hay que ser es sincero. Se perdona al malo y al traidor porque es de los nuestros; aquel que con su conducta ó sus palabras es un contraste de nuestros vicios, hay que combatirlo y calumniarlo de modo que resulte culpable.

C.—Según eso, los hipócritas son los que medran.

J.—Así es.

C.—Pero tú fuiste traidor.

F.—Mi traición ya te he demostrado que fué voluntad divina que existiese. Cuando Dios manda ser malos, nosotros no tenemos culpa en obedecer.

C.—Él sabrá por qué lo hace.

J.—Pues poco trabajo le costaría explicarlo. O á lo menos, si necesita valerse de la traición, no castigar á los traidores.

C.—Es que, como tú has dicho antes, nada es tan repugnante como esto.

J.—Por lo mismo que nada abunda más y nos toca tan de cerca.

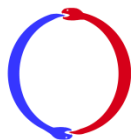
C.—Bueno; pero si te quedas aquí, nos darás tus reliquias.

J.—¿Para qué quieres estos pobres huesos carcomidos?

C.—Porque todo eso produce dinero. Tus devotos, creyendo en los milagros que por tu mediación se obren, nos cubrirán de riquezas.

J.—¿Y yo qué gano con eso?

C.—Sigues siendo avaro. Ganas que te lleven en procesión, se te guarde en urnas preciosas, se te honre...



J.—No es poco. Pero ¿y si luego resulta que cada hueso os lo lleváis á un sitio distinto y armáis peleas por quién los posee?

C.—¿Qué te importa á ti eso?

J.—¡No me ha de importar! ¿Acaso crees que me será grato verme con cuarenta dedos como San Damián ó con tres cabezas como San Pedro y cosas por el estilo?

C.—Eso es inevitable.

J.—Pues entonces no me conviene ser santo. Lo más que puedo regalarte es la cuerda con que me ahorqué para que hagas escapularios.

C.—Ya compraríamos cuerdas para eso; que aunque en realidad no fuera la misma, la fe salva.

J.—Pero se me ocurre que los fieles pudieran tener esta reliquia por infamante.

C.—Eso no importa. Ya ves que la cruz era entre vosotros tan infamante como tu cuerda, y hemos hecho de ella la enseña que venera todo el mundo cristiano.

J.—Es cierto, Todo es acomodaticio.

C.—La lástima es que devolvieras las monedas.

J.—¿Hubieran servido también para reliquias?

C.—Ya lo creo. En punto á monedas, la Iglesia no es escrupulosa. Recibe todo el dinero que le dan ya dé creyentes ó de herejes, de suicidas ó de pecadores.

J.—No me parece mal; pero yo para quedarme ha de ser en el puesto de Pedro y que el dinero sea mío y no suyo.

C.—Eso es imposible; lo que más se defiende aquí es el dinero.

J.—Pero es que yo tuve papel más importante que el suyo. Él no tuvo más que negar á Jesús tres veces, y yo me llevé todo el trabajo. Fui de los primeros actores.

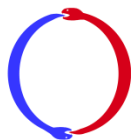
C.—Casi el barba. Pero lo hecho ya no puede deshacerse.

J.—¿Y no es una injusticia que él tenga palacios y poderío y yo me vea así?

C.—No tengas envidia.

J.—No es envidia, porque á la vuelta de algunos años todo el mundo se reirá tanto de Judas como de Pedro y no vendrá nadie tan iluso como yo á pedirnos altares. Es que debemos aprovechar el poco tiempo que nos queda.

C.—No creo yo que eso suceda tan pronto. Además de que tal vez sea conveniente, porque las gentes son tan necias que se cansan de lo que tienen y se apasionan de lo que desaparece. Puede que entonces les dé por



echarnos de menos. ¿No ves lo que sucede con el paganismo? Siempre andan á vueltas los poetas con Diana y Apolo.

J.—Es que los dioses paganos tenían belleza para servir de elementos al arte. Eran hermosos y humanos, pero ¿qué poesía hemos de tener unos cuantos pobretones piojosos, que ni siquiera nos lavábamos en las orillas del Tiberíades?

C.—De eso mismo hemos hecho vuestro mérito. El cristianismo ensalzó la pobreza, la castidad y la porquería.

J.—Y eso sedujo á los esclavos, porque desearon vengarse de sus amos, haciendo que éstos disfrutaran sus miserias; pero ya el ideal es otro. En vez de la pobreza para todos, la humanidad aspira al bienestar general. Van aprendiendo demasiado.

C.—Ahora nadie cree que el cuerpo es su enemigo y no se entrega á los ayunos y las maceraciones.

J.—¿Por qué no les dáis ejemplo?

C.—Harto hacemos con predicarlo sabiendo que fio nos creen. ¿Para qué íbamos á imponernos el sufrimiento si somos los primeros en no creer en él?

J.—Tenéis razón, no lo niego, Hoy los humanos no quieren nada que se oponga á la Naturaleza. Por eso mismo venía yo á buscarte.

C.—¿Cómo?

J.—Porque nada hay tan natural como esas pasiones y egoísmos que nos incitan á buscar nuestro bien, y á las cuales llamáis traición.

C.—De eso no me convences. La traición debe desaparecer.

J.—Tal vez llegue un día en que desaparezca.

C.—¿Cuándo será eso?

J.—El día en que ya hayáis desaparecido vosotros con vuestros despotismos y mentiras y los hombres de corazón puro pueblen la tierra.

C.—Eso me parece un absurdo.

J.—¿Y hay absurdo mayor que el que durante tantos siglos nos ha hecho aguantaros?

C.—Vete. Eres un demonio que has venido á tentarme.

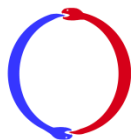
J.—¿Crees más fácilmente en que existan demonios que en que los hombres puedan ser buenos?

C.—Yo no debo discutir, debo creer.

J.—¿De qué te sirve la razón?

C.—Para defender mis creencias.

J.—¿Pero por qué crees?



C.—Por la fe.

J.—¿En qué la basas?

C.—En nada; la fe no discute.

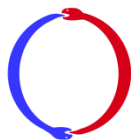
J.—Vuestra fe es virtud de ciegos. ¿No tienes otro argumento mejor?

C.—No.

J.—Entonces te dejo.

C.—Vas disgustado porque ves lo que nos ha producido ese drama, y sientes no ser de los empresarios ó estás arrepentido de no exigir más dinero por tu traición. ¿Verdad?

J.—Al contrario. Pienso que no fui tan necesario como me creía en mi papel de traidor, porque cualquiera de vosotros me hubiera suplido con ventaja; y reconozco que los escribas y fariseos me pagaron demasiado caro.



LA GALANTERÍA

Diálogo entre don Juan Tenorio y una feminista

FEMINISTA.—¿Cómo se llama el galán?

DON JUAN.—Don Juan.

F.—¿Sin apellido notorio?

J.—Tenorio.

F.—¡Ánimas del Purgatorio! ¿Vos don Juan?

J.—¿Qué os amedrenta cuando ante vos se presenta muy rico, don Juan Tenorio?

F.—Eso es otra cosa; que persona de posición es siempre tenida por persona decente, siquiera tenga desdichada fama.

J.—¿Llegó mi fama á vuestros oídos?

F.—Sí. Los poetas encarnaron en la figura de don Juan el tipo de los calaveras gallardos, pendencieros y románticos, que simbolizaban el espíritu antiguo. De toda la familia de don Juanes tú eres el más popular y conocido, quizás porque eres el menos real, más superficial y fanfarrón.

J.—¡Bueno me pones! jamás en labios femeninos escuché tales desprecios. Sobre todo me ofende que me creas irreal.

F.—Confieso que tienes razón. Te juzgo irreal como individuo; como síntesis de ese espíritu conquistador que, llevan en sí todos los hombres, y cuanto más necios, en mayor grado sois irreprochables.

J.—Sigues ofendiéndome.

F.—¿Por qué ha de ofenderte la verdad? Confiesa con nobleza de muerto que es achaque común á los varones pensar en la conquista de toda mujer que os sonríe; sois mucho más presumidos y vanos que nosotras.

J.—En mi tiempo no discurrían las mujeres como tú.

F.—Entonces se las educaba menos, eran ignorantes y sencillas,

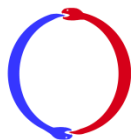
J.—Les encontraba mayores encantos.

F.—Desde luego que los tendrían superiores á los nuestros para los amadores de ocasión. Podías engañarlas mejor y abusar de su ingenuidad.

Nosotras no servimos para amantes, sino para compañeras.

J.—Ellas eran más felices que vosotras.

F.—¿Por qué?



J.—Porque gozaban la mentira del engaño y la felicidad del padecer.

F.—¿Y te crees que no nos sucede igual á nosotras? Mujeres al fin, nuestros corazones se diferencian poco.

J.—Ellas se entregaban noblemente al sentimiento, sin reservas. Vosotras analizáis y discutís.

F.—Todo eso está bien mientras la razón domina, que cuando el sentimiento se sobrepone...

J.—Aun así, os quita el encanto de la ingenuidad.

F.—Comprendo que os gusten las ingenuas y las ignorantes. Valéis tan poco, que como no elevarais vuestro nivel moral, os encontraríais en ridículo ante las mujeres ilustradas.

J.—Nos molestan las marisabidillas.

F.—Las mujeres educadas no son marisabidillas. Poca cultura las envanece. Se comparan con las otras inferiores y se creen sapientes, pero cuando verdaderamente se instruyen conocen cuán poco saben y son dulces, modestas, comprensivas; libres de muchas maldades y pequeñeces que atribuyen á nuestro sexo y que no son producto de él, sino de la ignorancia.

J.—No negarás que sois casi incapaces de amar.

F.—Te diré. El amor es flor de la primavera de la vida, la sabiduría de su otoño. Por eso es casi Imposible el anhelo de que os ame una mujer sabia, puesto que cuando llega á serlo ya se ha marchitado su corazón.

Pedid sólo el amor á la juventud.

J.—¿Y si un otoño nos enamora?

F.—Hacéis mal; aunque comprendo la seducción que os lleva á él.

J.—Dices que no podéis amar, y sin embargo yo te citaré casos.

F.—No lo niego. El deseo de ser amadas no muere fácilmente en los corazones. Nos dejamos engañar engañando, quizás por el anhelo de buscar el amor y no por el amante.

J.—Soléis buscarnos.

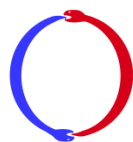
F.—Cierto que no todas tienen el talento de saber envejecer dignamente. Cuando el amor acaba hay muchos ideales que pueden llenar nuestro corazón.

J.—No los comprendo.

F.—Porque te estás tornando un asqueroso viejo verde.

J.—Niegas á los años el derecho de amar.

F.—Todo al contrario, creo que sólo con la madurez el hombre siente el verdadero amor.



J.—Entonces...

F.—Pero el amor no es el *donjuanismo* impropio de las canas.

J.—No amáis las canas las mujeres.

F.—Sí; con verdadera adoración, cuando ciñen una cabeza venerable, una frente genial y las ostenta un hombre de corazón bondadoso. Te diré que el amor más puro lo inspiran esos seres á los que se admira.

J.—¿Y por qué niegas entonces el amor para las mujeres ancianas?

F.—Porque la mujer ama lo que admira. La ineducada, el macho que la maltrata; la culta, el genio á quien comprende; mientras que el hombre sólo sé deja seducir por la belleza, y busca en el amor la satisfacción de sus goces.

J.—No te puedo desmentir, porque así amé yo siempre; pero dime: ¿qué os seduce más á vosotras, la belleza, la bondad, el talento ó la fama?

F.—Las inexpertas, las jóvenes, las que no han sufrido, se deslumbran por la belleza, la fama y hasta la fanfarronería en el hombre. Las que reflexionan aman la bondad y el talento, sin dejar de sufrir la sugestión de las otras dotes.

J.—¿Creéis en el amor eterno?

F.—Como principio no. Sin embargo, suele existir cuando se soldán dos almas que se comprenden.

J.—¿Amáis á un solo hombre?

F.—Siempre. Hasta te diré que las mujeres que tienen más de un amante quizás es porque buscaban á través de él *al amado*.

J.—No te entiendo.

F.—A veces la mujer busca su ideal en hombres que no pueden realizarlo. Se aparta de ellos al convencerse de esto último, y suele sufrir un nuevo engaño.

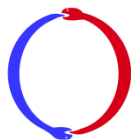
J.—¿Tan ciegas sois?

F.—Tanto, que á veces pasamos al lado del que buscamos y no sabemos conocerlo.

J.—¿Por qué?

F.—Mil causas contribuyen á ello. Preocupaciones, conveniencias... ¡Qué sé yo! Las trabas que sujetan la razón son las enemigas del amor y la felicidad.

J.—Eso mismo nos pasa á nosotros; somos polígamos por naturaleza. Como todas las cualidades adorables no existen en una sola mujer, completamos nuestro tipo ideal entre varias.



F.—También nos sucede á nosotras. Padecemos una poliandria espiritual; pero entre todos los amados no amamos á ninguno, sino al tipo espiritual que forjamos.

J.—Tú. hablas de espiritualidad, yo del amor en su extensión más amplia: alma y cuerpo.

F.—Así debe ser. Eres hombre, y la Naturaleza no debe quedar olvidada por completo. Sobre el amor, aspiración del alma, que era del que yo te he estado hablando hasta ahora, hay una necesidad de la Naturaleza para la conservación de la especie á la que le habéis llamado amor. Si á ese *amor* te referías, tienes razón. Los hombres debéis ser polígamos, pues no es justo que una sola mujer, atormentada por la gestación y la lactancia de los hijos, sufra todas esas brutalidades vuestras.

J.—¿Negarás que en ellas va envuelta la espiritualidad?

F.—Algo de afección espiritual, porque no podemos separar esto que llamamos espíritu y materia, y que son en realidad un *todo* armónico. Os agrada más lo más bello, lo más simpático, aunque esto mismo despierte y avive el instinto brutal. El verdadero amor excluye esto. No hay amor más puro que el de padres é hijos, y está libre de deseos; igual sucede á los hermanos y á todos los amores grandes.

J.—¿Negarás que hay seres que se aman, á pesar de la unión carnal?

F.—Pocos son, y sólo los privilegiados que saben alzar BU espíritu de la miseria del deleite para no ver en él más que un incidente mezquino.

J.—¿La voluptuosidad mata al amor?

F.—Completamente.

J.—¿Cómo explicas las que se morían por mí?

F.—Ilusas engañadas ó no satisfechas.

J.—¿El matrimonio es enemigo del amor?

F.—Del amor carnal; y como ese es el que conocen casi todos, por eso se dice que el lecho conyugal es tumba del amor.

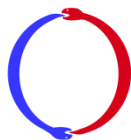
J.—No es así.

F.—El amor de las almas unidas legalmente es el paraíso y la delicia, que no acaba jamás.

J.—¿Para qué necesitan las almas la unión legal?

F.—Para que una sociedad hipócrita no las condene y pasen por santas las adúlteras, y por pecadoras las que sienten una pasión. En realidad, esto no quita ni añade nada al sentimiento, pero da la tranquilidad. Hasta te diré que consolida el amor con el agradecimiento que nos inspira el hombre que nos hace respetadas.

J.—¿Cómo?



F.—Siendo depresiva para el mundo la unión, que no sancionan sus leyes, el hombre debe cuidar que ninguna sombra empañe la pureza de la mujer amada.

J.—¿Y si un obstáculo invencible lo impide?

F.—Entonces debe atenderse al corazón antes que á los convencionalismos. Pero entiende bien, al amor, no al capricho.

J.—¿Y podrían ser dichosos?

F.—No sé. Según el obstáculo roto para unirse. Si su amor destrozaba otros corazones, no serían felices jamás.

J.—¿Deben sacrificarse á la dicha ajena?

F.—Según cada caso.

J.—¿Han de preocuparse de las censuras?

F.—Sólo si las han merecido.

J.—En otro caso...

F.—Basta la paz de la conciencia.

J.—¿Y cuando uno de los enamorados ama y el otro deja de amar?

F.—Debemos resignarnos ó morir; pero no pensar en venganza ni en ser obstáculo á su felicidad.

J.—¿Y si nos engañó?

F.—No amando se castiga el engaño. Amando se perdona todo.

J.—Eso es teoría de ángeles.

F.—De enamorados.

J.—¿Seréis fieles al amor perdido ó muerto?

F.—Según el corazón lo ordene. Que sobre sentimiento es imposible legislar. El sentimiento es como la loca bolilla de una ruleta; no se sabe en qué número se detiene.

J.—¿Son más constantes las frívolas ó las reflexivas?

F.—Las últimas. Que las otras, «con almendras tostadas y un espejo están contentas» y no piensan en el amor.

J.—En cambio, ellas gozan más.

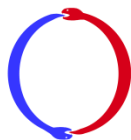
F.—En los amores no, en el amor.

J.—Vosotras sois más exigentes.

F.—Por eso somos más constantes.

J.—Has dicho antes que otros ideales sustituían al amor. ¿Cuáles?

F.—En primer lugar, la amistad.



J.—Es un amor disfrazado.

F.—Pero que se despoja de impurezas y es bueno y tolerante.

J.—¿Y en segundo lugar?

F.—Muchas cosas. El arte, el estudio, el interés de la humanidad.

Ancianos y ancianas pueden ocuparse en mil cosas dignas.

J.—Pero no gozarán ellos; será como un sacrificio.

F.—Nada de eso. Serán fuentes de goces puros. Nosotras no comprendemos á la mujer que cuando pierde belleza y juventud se sienta al lado del fuego á rezar el rosario y tomar pectorales como si todo hubiese terminado para ella. Hay en la tierra tantos paisajes bellos, museos, óperas, exposiciones, conferencias y congresos...

J.—¿Á todo eso vais las mujeres?

F.—Sí.

J.—Yo no conozco ya vuestro modo de ser ni vuestras costumbres.

F.—Eres un don Juan fracasado.

J.—¿No gustáis de la galantería?

F.—Ahora ya no tienen de eso los hombres. Dicen que como trabajamos y somos sus iguales, no nos deben la especial consideración que antes dabais á todas las mujeres.

J.—¿Y ha desaparecido la galantería de la tierra? ¿No es dama toda mujer y todo caballero desenvaina por servirla su espada?

F.—No. Nos disputan el sitio en todas partes. Pero no te indignes. Nos respetan más que vosotros, que mientras defendíais teatralmente á las damas, las engañabais y deprimíais. Ahora la buena educación sustituye á la galantería. Somos más respetadas porque somos más sabias, y llegaremos á tener todos nuestros derechos.

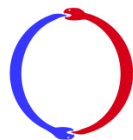
J.—¿Estaréis bonitas las mujeres con la toga y los maridos meciendo á los niños!

F.—Hablas como tu siglo. ¿Es acaso mejor que estéis emborrachándoos mientras la dama os cose los calcetines?

J.—No; pero...

F.—¿Es mejor que la mujer no pueda hablar con vosotros de nada porque su inteligencia sea como la de vuestro mozo de muías?

J.—No; que tenéis un encanto singular en vuestra sabiduría. Verdaderamente comprendo que se os debe dar el lugar que os corresponde, Sólo me queda una duda. Si trabajáis vosotras, ¿abaratáis el jornal y quedará descuidada la casa?



F.—No. Ganaremos unos y otros sin que la fatiga sea para uno solo. La proporción no se alterará. Nos dignificaremos porque no nos hará prostituirnos la miseria. Sabremos educar mejor á nuestros hijos y sin abandonar el hogar seremos vuestras compañeras

J.—¿Vais á ser todas empleadas ó artistas?

F.—Sólo las que tengan condiciones para ello. Pero todas vamos á ser ilustradas y dignas.

J.—Os masculinizaréis.

F.—Esas masculinizaciones, nuestras y afeminamientos de vuestra parte son fiebres de viejo y desequilibrio que precisamente la cultura hará desaparecer.

J.—¿No os haréis licenciosas?

F.—Antes al contrario; habrá más virtud y menos hipocresía.

J.—¿Y haréis leyes?

F.—Mejores que las vuestras; que protejan á todos, que hagan desaparecer la pena de muerte, la guerra y la opresión.

J.—Utopías de mujeres. ¿No veis que son cosas necesarias?

F.—Todo el mundo está ya convencido de lo contrario.

J.—¿Y no dejaréis de ser amantes y amorosas?

F.—¿Cómo, si la Naturaleza nos hizo mujeres y madres?

J.—¿No renegaréis de la maternidad?

F.—La santificaremos en toda mujer que tenga hijos.

J.—¿Y cómo se os podrá seducir?

F.—Ya no nos seduciréis; nos tendréis que enamorar.

J.—¿Cómo? ¿Con dinero?

F.—No, que sabemos ganarlo y ser independientes.

J.—¿Con gloria, posición y fama?

F.—También sabemos ganarla nosotras.

J.—¿Con estirpe?

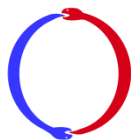
F.—Nos reímos de ella. En casi todos los blasones hay bastardía de lacayos.

J.—¿Con belleza y juventud?

F.—No concedemos gran importancia á dotes que no dependen de vosotros.

J.—¿Con valor y gallardía?

F.—Eso nos seduce siempre, pero no basta para amar.



J.—¿Con talento?

F.—También lo estimamos, pero estamos familiarizadas con él.

J.—¿Con bondad?

F.—Es la condición más amable de todas.

J.—Y la que menos poseemos los enamoradores de oficio.

F.—Por eso terminó vuestro reinado.

J.—Lo veo, y no me extraña que los hombres abominen de las mujeres cultas.

F.—Has puesto el dedo en la llaga. Eso es todo lo que encierra nuestro problema.

J.—Pues por mi parte me considero vencido y me vuelvo á la tumba. Ahora es cuando don Juan Tenorio ha muerto realmente. Decidlo así, y si aún aparece el seductor imprudente en vuestro camino, no confundirlo conmigo. Será algún émulo de don Luis Mejía.



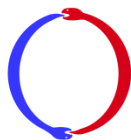
SEGUIR LEYENDO



Nuevos horizontes



Defensores



Osvaldo Beker

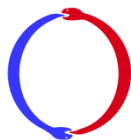


STÁ solo el arquero ahora, estoy solo contra él ahora, parece como si fueran kilómetros los que me separan de los defensores, a quienes dejé atrás, fruto de mis amagues que, hoy, han surtido efecto, pero no, están justo detrás de mí, es más, siento que están chistando o resoplando, siento que si me demoro, van a robarme la pelota, no, no, no puedo permitírmelo, hay decenas de hinchas en las gradas, y decenas de millones mirándome por la tele, y todos me van a adorar si convierto un gol, y es probable que mi nombre quede incorporado en las páginas de la memoria y de la historia del fútbol y del deporte de mi país, y, asimismo, voy a engrosar mis cuentas bancarias, y todo si hago este gol, qué bárbaro, cómo son las vueltas de la vida, toda una carrera, una trayectoria, que depende de estos tres, cuatro segundos, a partir de ya, a partir de este instante en que estos defensores, presas del rencor, harán lo que sea para buscar la revancha de mi afrenta, de hecho, si me distraigo ya no tendré cuento para contar, algo deshonesto, vergonzante para mí, algo poco prometedor, claro, debo avanzar, debo dar dos zancadas, debo gambetear al arquero, que ya está agazapado, que tiene un rostro de hambre, que tampoco quiere ser el protagonista triste de esta novela, pero bueno, son apenas centímetros los que me separan de estos defensores...

—Me pudrí de este partido, che, pongamos el Mortal Kombat —dijo el pequeñín e hizo un gesto de fastidio.



El conserje



Ginés J. Vera

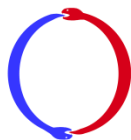
Tengo la solución del misterio; se me ocurrió anoche, de repente, como una revelación. ¡Qué simple, qué terriblemente simple!

Ambrose Bierce



ESDE hacía años, en el colegio, corría un rumor, más bien una historia, de esas que no se les cuenta a los más pequeños para evitarles pesadillas. Pero cuando crecían y se interesaban por el sexo opuesto, los besuqueos y los rincones apartados donde esconderse, emergía como un animal emboscado. La historia había ido cambiando con los años, con cada voz que la narraba, añadiéndole o quitándole un elemento intrascendente. Lo importante se mantenía tan aterrador y subyugante de manera que tras oírla anidaba en el subconsciente hasta que el paso a la madurez grababa encima alguna otra historia, más real —o más trágica, si cabía—, en primera persona.

No había un día especial para propagarla, pero el final de cada curso académico, con los ánimos inquietos por la cercanía de las vacaciones, se prestaba a que los alumnos de secundaria se acercaran donde los de primaria. Elegían a su víctima, sobre todo, si esta iba acompañada de otras de su edad, como lobos acechando a un rebaño de cervatillos.



—Yo que vosotros no me acercaría a la parte trasera del gimnasio.
—La advertencia lograba captar la atención, primero, e infundir, después, las primeras gotas de miedo, arracimándoles—. ¿Habéis oído lo que le pasó al último conserje?

Por regla general, los cervatillos no respondían, trataban de huir presintiendo un peligro mayor; como las luces de un automóvil desconciertan a los conejos, de noche, en la carretera, el grupo de escolares se mantenía expectante.

—El viejo conserje nunca se jubiló, simplemente, desapareció. Por más que le buscaron, nunca lo encontraron. —La pausa dramática anunciaba el final de la historia—. Lo último que se supo de él es que fue a la parte trasera del gimnasio, al cobertizo abandonado... ¡y nunca regresó!

Se elevaba el tono al final de la frase, la acompañaban de gestos o sonidos inquietantes para infundir aún más miedo en su audiencia que se disolvía casi sin excepción.

La joven pelirroja no lo hizo. Se quedó allí, clavada, mientras los mayores reían al ver la estampida de los pequeños.

—¿Y tú, qué miras, zanahoria? —Trataron de asustarla, pero ella se mantuvo firme—. ¿Te crees muy valiente o qué?

Uno de los muchachos sugirió marcharse, pero el más alto le ordenó que se callara.

—¿No tienes lengua, zanahoria?

Cuando ella la sacó un instante, en un gesto retador, dos de los zagales sujetaron al alto viéndole encararse a ella.

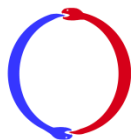
—¿Qué haces? ¿Quieres que te expulsen? Es solo una mocosa. En unos días nos piramos, no vale la pena.

Le vieron asentir, pero por dentro alimentó un plan sin apartar la mirada.

—Si eres tan valiente, ¿por qué no vamos ahora al viejo cobertizo?

Se oyeron reproches y negativas a su espalda, aspavientos y, tras un silencio, un cruce de miradas.

La joven comenzó a andar. El abusón se dio por satisfecho pensando que huía, pero, al poco, se dio cuenta de que se dirigía al gimnasio. Los



muchachos discutieron entre sí qué hacer. Por el contrario, el más alto siguió los pasos de la pelirroja.

El gimnasio era un edificio achatado, tan ruinoso como el resto; la parte trasera, entre el antiguo cobertizo y la valla metálica perimetral del complejo educativo, permanecía cubierta de maleza. En ella podían distinguirse envoltorios de chocolatinas, alguna colilla y pequeños charcos de olores repulsivos que mantenían alejados a la mayoría de los escolares. El techo del cobertizo se había desplomado años atrás. La dirección del centro se limitó a ordenar colocar una pequeña valla y un candado en la puerta como disuasión.

La joven aguardó junto a la valla. El grupo llegó inquieto, asegurando que la broma había estado bien y podían regresar a las aulas.

—¿De repente os han entrado ganas de aprender? —les recriminó el más alto sin esperar respuesta.

—¿Y, ahora, qué? —preguntó la joven en cuya mirada parecía bailar la arrogancia y el miedo. De otro modo, el abusón no les hubiera pedido agrandar el hueco de la valla. Porque alguien casual, ajeno a la escena, no hubiera distinguido, a simple vista, la abertura hecha por ellos, a principios de curso. Nada que inquietase al actual conserje, pues recibía periódicamente lo pactado por el grupo de zagalotones para hacerse el desentendido.

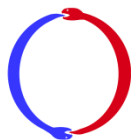
—Tú primero —anunció el abusón. Ella no se movió, como dando a entender que tras la valla había un candado en la puerta.

Leyéndole la mente, aquel metió los brazos y quitó el candado sin dificultad. La puerta gimió molesta por romper su descanso mostrando, a continuación, un agujero penumbroso. El zureo de las palomas, sobre el techo abierto no intimidó al grupo; eran tan ruidosas como habituales en sus incursiones clandestinas. Cuando vieron a la joven cruzar en primer lugar, sin decir palabra, el abusón le gritó:

—Está bien, tú ganas. Ya puedes salir.

Lo que el más alto quería evitar así era que su santuario acabase siendo la comidilla de los alumnos de primaria. Estaba seguro de que si no hacía algo, aquella mocosa le contaría lo que viera a los de su clase, al colegio entero. Al final, no había sido tan buena idea, pensó. De hecho, se giró varias veces por si los cervatillos, curiosos, les hubieran seguido.

El grupo fue entrando sin saber bien qué iba a ocurrir. Ninguna chica había estado allí antes. Les hubiera gustado, por cierto; incluso, se lo habían propuesto a alguna de último curso, medio en broma, con la excusa de pasar un buen rato, pero nada.



La joven miró a su alrededor, a aquella especie de ratonera donde imaginó que se reunían no sabía bien para qué. El abusón se encaró a ella, como intimidándola.

—Quítate la blusa —dijo al fin, en tono bajo; ella reaccionó con la mano abierta. El bofetón se escuchó nítido. Ella miró al resto con rostros sorprendidos.

—El conserje es mi padre —anunció—, no os dejaré colaros aquí más si yo se lo pido. —Tras un silencio, volvió a hablar—. Daos la vuelta.

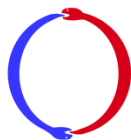
Al principio, no entendieron. Poco a poco, se pusieron de espaldas. Por el rabillo del ojo, el más alto creyó ver cómo la joven se acucillaba y, tras un gesto, comenzaba a mear. Luego, se incorporó y se dirigió a la puerta.

—A partir del año que viene, me pagaréis a mí. —Y desapareció.

Cuando el grupo de muchachos se graduó fue ella la que comenzó a contar la historia. Añadir que era la hija del actual conserje la hacía más real. A quienes se atrevían a ponerla en duda, les proponía ir al cobertizo a cambio de dinero. Los más osados llegaban a ver y tocar el candado en su mano, el hueco en penumbra y un olor desagradable, pútrido. A nadie del colegio le contó la historia de su padre, (casi) el único que sabía dónde estaba realmente el antiguo conserje. Bajo aquellos escombros del techo, enterrado a un metro y medio, dentro de un saco.



Olduvai



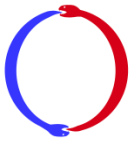
Isaías Covarrubias Marquina

ME llamo Uma, nací en la garganta de Olduvai y allí he vivido desde siempre. Es una tierra cavernosa que se encuentra en medio de un gran valle. Pertenezco a un clan donde mujeres y hombres se dedican a recoger los frutos de la tierra y a cazar animales para alimentarnos. Usamos el fuego para cocer alimentos, protegernos del frío y de las fieras. Los venerables ancianos del clan nos advierten que debemos mantener el fuego encendido, si su llama se apaga, correríamos serios peligros.

Mi tarea es precisamente cuidar del fuego. Esa tarea me viene bien porque me deja tiempo para hacer lo que más me gusta: pensar. Mi madre me regaña si me encuentra pensando, a ella le preocupa que descuide el fuego y se apague por mi culpa, todos sufriríamos, y a mi madre y a mí nos expulsarían del clan.

Por pensar, me he metido en problemas con los venerables ancianos. Ellos nos piden que aceptemos las creencias sin darnos ninguna explicación. Cuando les he dicho que necesito explicaciones para poder aceptar las creencias, me he llevado tremendas reprimendas.

A pesar de todo, siempre me ha maravillado la creencia sagrada que nos une como grupo. Cuentan que, en una época que se pierde en la noche



de los tiempos, nació un niño que caminó erguido desde el principio. Sus padres lo llamaron Jeva. Caminaba con más equilibrio que sus padres y sus mayores. Jeva lo comprendía casi todo, como si lo supiera desde siempre. En el clan lo veían con asombro, perplejidad, algunos creían que tal vez venía de otro mundo.

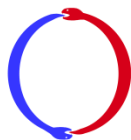
Jeva se hizo un hombre, pero no aceptaba ser cazador, amaba a los animales tanto como a la gente del clan, considerándolos a todos sus hermanos, prefería recoger frutos. Una vez, mientras los recogía con una joven en el valle, de la nada apareció un leopardo que andaba al acecho de alguna presa. El leopardo se abalanzó sobre la mujer para matarla, pero Jeva se interpuso y fue a él a quien el leopardo mató. La mujer corrió despavorida y al llegar a la caverna, contó aterrada lo sucedido.

El sacrificio de Jeva se consideró la prueba definitiva de que se trataba de un ser especial. Su desprendimiento fue un hecho extraordinario que, con el paso del tiempo, se convirtió en una historia cautivadora, que gustaba especialmente a los más jóvenes del clan. Al salir de caza o a recoger frutos, los jóvenes comenzaron a encomendarse a su protección, como si aún viviese.

Desde la muerte de Jeva, hacía ya muchas eras, los niños nacían más listos, despiertos, caminaban erguidos y con destreza, aprendían muchas cosas rápidamente, como si ya las trajeran en su memoria. Mi madre me cuenta que caminé erguido muy pronto y nunca tuve miedo de mirar de frente a los ojos de los demás. Así fue como un día comencé a mirar a Lucy.

Los ojos de Lucy son del color de las piedras verdes brillantes que se encuentran en la cabecera del río que cruza el valle. Las mujeres del clan usan esas piedras en collares que llevan en sus cuerpos de adorno, pero Lucy no, ella sabe que las tiene en sus ojos. Cuando estamos juntos, la miro intensamente y me olvido de lo que me habla, es como si me sumergiera en un pozo de agua, perdido completamente en su mirada.

Desde que tuve un raro sueño, observo cada día el horizonte, me subo al terraplén de la caverna y desde allí avisto el inmenso valle que nos rodea. La frontera donde termina el valle parece infinita en la distancia, desde allí, en el alba, sale poco a poco la bola de fuego que recorre el cielo para luego esconderse. Los venerables ancianos dicen que la bola de fuego nos da el calor que necesitamos, pero se esconde para saber si de verdad deseamos volverla a ver. Si no le damos pruebas de que verdaderamente lo deseamos, no la adoramos, veneramos, no saldría más, entonces vendría una noche fría, eterna, mortecina.



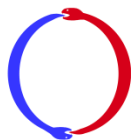
Cuando la bola de fuego se oculta, llega la noche y la suave brisa del viento se siente agradable. El cielo se pinta de miles de puntos blancos, azulados, que titilan y relumbran. En algunas partes están tan juntos que parecen leche derramada. Los observo y me da por pensar si acaso en alguno de esos puntos relumbrantes no existirán seres como nosotros. Ellos también nos deben mirar desde allá, seguramente para ellos somos un punto azul pálido en medio de la oscuridad.

Tengo para mí que los seres que estamos aquí y los que habitan otros mundos no somos muy diferentes. A lo mejor venimos de un mismo chispazo de luz único e irrepetible. Una vez se lo dije a un venerable anciano, por toda respuesta me miró de una forma inquietante, no me dirigió más nunca la palabra.

Mi deseo más grande es salir a recorrer el valle hasta su frontera. Mi amigo Ardi me llama loco, apenas avance un poco, me dice, algún leopardo al acecho clavará sus poderosas fauces en mi cuello y, antes de recorrer nada, seré el alimento de una fiera. A pesar de la advertencia, igual lo quiero intentar, sospecho que al final de la línea del horizonte viven otras gentes. Al volver de mi viaje contaré lo que descubra para maravilla de todos. Será mi hazaña, mi conquista. A lo mejor así también conquisto el corazón de Lucy.

Afrodita y la mujer del teléfono





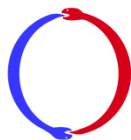
Miguel Quintana



BRIÓ los ojos, se recompuso, acicaló a Plotino y tomó después la pluma. Llovía a cántaros —escribió en sus borradores el cronista algo después —, y en la cercana catedral, al borde del alero, las gárgolas hacían gárgaras rodeadas de oscuridad en el medio de la noche. E iba a continuar, para rematar de alguna forma los bosquejos de la jornada, pero se lo impidió la bella mujer forastera que acompañaba a la también forastera mujer del teléfono, allí hoy.

A pesar de ello, nadie —continuó escribiendo— circulaba por las calles, ningún animal osaba abandonar su madriguera. Solo el viento braceaba por el reguero del Paseo..., e iba a continuar para referirse a los tilos, magnolias y plátanos que, de forma magnánima otorgaban, con el agua que recibían del cielo, al suelo del Paseo una cualidad de... Pero no podía encontrar ahora cuál sería aquella cualidad. Quedó en sus protocolos, por tanto, el suelo del Paseo mojado o, por lo menos húmedo; húmedo, pero sin cualidad.

Allí, delante de sus ojos, estaba la bella mujer. Una estatua. Mármol, bronce, cerámica. Recorrió entonces por su memoria qué diosa pudiera codearse en belleza con ella. Tras unos cuantos minutos, y después de



intentar hacer bien las cuentas, sacaba en una primera conclusión, un tanto precipitada, que tal vez Hera, o Perséfone, o Hebe, o Artemisa. Tal vez..., ¿Afrodita? No, en realidad no era de cerámica. Ni de bronce ni de mármol. ¿Podría equipararse a Helena? ¿O, por lo menos, compararse a ella? Pero ella era, claro estaba, de carne y hueso.

En estas, o muy similares circunstancias, hallábase el cronista —que siempre intentaba con su discurso impedir que el hambriento Tiempo engullera para siempre los hechos, los dichos y las personas que engendraba con desapego y facilidad el Gran Café—, circunstancias estas que le impedían avanzar en la escritura de sus protocolos. Y así, mirándola fijamente, resultó ser que su propia vista —o visión, pues tenía ciertas dudas para elegir el término— se embarró, o bien se oscureció, o algo similar a esto. Como consecuencia de ello, resultó ocurrir que el cronista extendió a una y otra parte su mirada, pero no podía ver por allí nada ni a nadie. A nadie, excepto a ella.

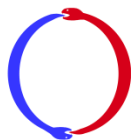
Había, en todo caso, otra excepción: el cronista miró hacia la puerta giratoria y vio también la puerta girar. Bien es cierto que ahora ya no veía a nadie salir, a nadie entrar. Pero la puerta giraba y giraba sin cesar, aunque no se movía ni deprisa ni despacio, como si de hecho fuese la aburrida e imprescindible respiración del Café con la que alentaba y alimentaba el pulmón de sus amigos y clientes.

Mientras miraba con ensoñación el movimiento de la puerta, le pareció oír el sonido de la mujer bella que le hablaba tal vez de una catedral, pero no estaba seguro de ello. Poco después percibió un murmullo amortiguado, sordo, como el de un coro desencuadrado —pensaba él— que parecía acoger en su seno las palabras de la mujer. O, en realidad, sus propias palabras. Tal vez quisiera hablar con ella, pero sus mismas palabras no estaban alimentadas de sonido, eran aire sordo, neutro, gris.

Todo estaba ahora y allí revuelto. El Gran Café olía a desorden. No veía a Plotino. No veía el tablero de ajedrez. No veía el piano. Ni lo oía. No veía a sus personajes, todos ellos meras siluetas de seda invisible. La lluvia caía sin ganas. Incluso durante algún tiempo —lo juraba él por sus protocolos—, diríase que se mantenía flotando en el aire y jugueteaba con él, y parecía no tener ganas hoy de conquistar el suelo. Todo revuelto. Todo oscuro. Todo negro.

Pasó poco después junto a él un camarero, lo detuvo un momento y le pidió una botella de vino espumoso. Cuando este volvió con la botella y una copa, las depositó sobre la mesa.

En la copa límpida, las burbujas viajaban hasta la superficie para explotar al aire tan poéticamente delante de su nariz... Probó el vino. Un

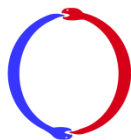


sutil sabor a pasas. Pero el delicioso tacto del licor en su boca no le despejaba las dudas en su mente. Juraría que se trata de una mujer, una sola mujer. O, mejor dicho, que se trata de solo una mujer. Pensó que tampoco tenía tanta importancia. En realidad, ninguna. Volvió a beber más vino. Húmedas pasas picantes. Calor, pensó. ¿Importancia?, volvió a preguntarse. Ninguna, se respondió. ¿Por qué no fabular?, volvió a preguntarse. Solo se trataba de seguir el paso de la imaginación. ¿Por qué no iba a tener él, como cualquier otro, licencia para mentir? Bueno, como cualquier otro poeta. Volvió a beber. Una copa casi entera. La iluminación del Gran Café cambió de pronto a una tenue tela dorada. Es decir, parecía estar uno contemplando en un museo un gran cuadro con un común denominador, el oro. ¿El oro podría ser un denominador común? Bueno, si no era el oro, al menos debía de ser el oropel. Eso era. El Gran Café era un dorado oropel colgado de la pared de algún afamado museo. Iluminado por el crepúsculo. Aquella luz que bañaba con su licor dorado las olas de los mares, allá lejos, en la línea de los horizontes. O los valles o las tejas de los tejados de las casas. O las montañas. El licor dorado del crepúsculo. Crepúsculo, luz de oro fluido. Volvió a beber.

Al posarla sobre la mesa, la copa tropezó con el borde de la Crónica y se derramó sobre ella dulce licor de pasas picantes. ¿Pasas picantes? Dulces sí, ¿pero picantes? Mejor, doradas. Burbujas doradas con sabor a museo. Vaya desastre, pensó. Mojó todo esto, se decía en voz baja. ¿Qué es? —seguía pensando, intentando ver qué parte de la Crónica se había mojado, o perdido, con el vino dulce derramado de pasas picantes. ¡Joder, el borracho del jabalí! ¿Y qué decía aquí? Joder, joder, casi no se puede leer. Ah, sí, era cuando decía aquello, cuánto tiempo, cuando decía aquel borracho, por cierto, dónde estará ahora, se pierde en el sexo, o algo así, porque también sus palabras estaban mojadas entonces y era difícil leerle el pensamiento, pero al fin algo así, cuánto tiempo se pierde en el sexo, y lo gracioso del asunto es que me sonaba aquello, ya oído, pero joder con las campanas dónde diablos sonarían, y ahora está casi todo esto perdido a causa de las burbujas del oropel dulce de una tela dorada colgada en una enorme pared de un gran museo. Pero todo tiene remedio, y encontraré la torre donde tañen las campanas. ¿Dónde doblan las campanas?, se preguntó. Volvió a beber otra copa.

Era tan dulce el oro.

Y oyó campanas. Era tan dulce el bronce. Sonaba tan bien a oropel crepuscular el crepúsculo. Profundo, sí, entrañable, por qué no decir entrañable, el bronceo son de las campanas. Y hasta podría olvidarme de toda esta caterva de inútiles. Plomo en las alas, conviene quitárselo uno. Cómo diablos vas a remontar con las alas llenas de plomo. Oí a aquel imbécil decir algo así como que un tal Sigüenza había conseguido crear una joya con humildes materiales. ¡Humildísimos!, decía. Y tenía además



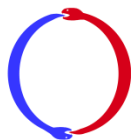
la delicadeza de declarar que no era idea suya. Por supuesto, añadía. Bah, un inútil, que además de no hacer nada, sueña proyectos. Cómo diablos, con diablos así, vas a engendrar una avecilla que se convierta después en águila que llegue alto. Para empezar, todos estos no tienen, por no tener, ni nombre. Joder, y si yo mismo ni creo en mis personajes. Homero por lo menos amaba a sus héroes. O los envidiaba. Pero, desde luego, confiaba en ellos. Lo mejor de todos estos y de todo esto, el vino. Espumoso, dulce, picante, tan ligeramente ardoroso, tan tenue su lengua de fuego dulce y espumosa. Por lo demás, él te arranca con sus uñas del corazón el tedio, te calienta el aliento, te acaricia los nervios. Pero estos diablos, mucho más que oscuros, negros; deambulando por aquí y ahí ciegos y alimentando con bobadas las calderas del Pedro Botero, estos...

Se sirvió otra copa. En este momento el espumoso..., sí, tenía y tiene burbujas ligeramente picantes, pero ahora el espumoso es terciopelo. Un terciopelo líquido que rodeaba y arropaba la piel del cronista. Tanto la piel de fuera como la de dentro. Miró de nuevo a la bella mujer buscando en su piel algún rastro de terciopelo. En todo caso, sus ojos y sus labios al menos no parecía que lo tuvieran.

Pero no le gustó al cronista aquella primera impresión. Esa mujer obligatoriamente tiene que ser terciopelo, se decía con algunas miajas de convicción. Pero tal vez este espumoso no sea un buen revelador y no valga demasiado para dilucidar las cosas ni las causas ni las circunstancias. Ella tiene que ser de terciopelo, porque todo lo que es de terciopelo es precioso. ¡Y es tan dulce el terciopelo! Sí, sus labios y sus ojos tal vez no necesiten ser de terciopelo. Pero el resto, lo es. Y el resto es..., por ejemplo, su pelo es hermoso como el terciopelo. Sus brazos, su pecho, su vientre, sus dedos. Son gráciles, gráciles y ligeros.

Tomó de nuevo la botella y se sirvió una copa más. Ahora, al parecer, las burbujas del brebaje parecían dormir, tal vez fatigadas de tanto baile anterior, o bien tal vez ebrias. El caso es que dormían el sueño de los justos en el fondo de la copa y sin rechistar. No sé —se decía el cronista—, no sé si este espumoso estará apagando su aroma de terciopelo. Tomó media copa y, con precaución, auscultó el calor que descendía con el licor por su tráquea hasta el... Espera, ¿tráquea? No sé..., tráquea o esófago. ¿Dónde está Afrodita? Si estuviera más cerca ahora seguro que ella sabría. Son todas palabras griegas, ¿no iba ella a conocerlas? Fuera por el esófago o la tráquea, el caso es que el calor del líquido bajaba hacia su estómago. ¿Afrodita? Sí, claro estaba, Afrodita me ayudaría. No sé cuánto pudiera costarme, pero claro que me ayudaría. Si estuviera más cerca. Más cerca.

Por cierto, esta Afrodita —se decía el cronista— venía acompañada de aquella mujer del teléfono que no paraba de hablar con unos y otros contándoles a todos el desastre de este día, en el que, al parecer, un avión



que tenía que salir, resultó que no salió a su hora, o se suprimió o aplazó para mañana, o para otro día, o llegaron ellas tarde..., y las dejó a ellas dos tiradas aquí, sin previo aviso, sin saber nada, inesperadamente... Pero no quería hablar —continuaba diciéndose— de la mujer del teléfono, sino de Afrodita. La espuma de las olas, que me hablaba antes de una catedral. Pero la verdad es que pasé de ella y le pregunté algo sobre el sexo. Ya no sé qué respondió, ni qué cosas más dijo, pero me quedó la idea general de que era una mujer abrupta, áspera.

Dejó de pensar en nada mientras daba buena cuenta de la media copa de licor que quedaba y, hecho lo cual, volvió a rellenar la copa. El oropel había desmejorado. Pero no estaba en condiciones óptimas él para encontrar el adjetivo que cuadrara bien.

Quien sí cuadró bien fue ella, la bella mujer, que se halló sentada junto al cronista sin que este se hubiese dado cuenta de ello.

—¡Oh, Dios! ¡De dónde saliste, que no te vi!

—De la espuma de las olas del mar.

—¡Ah! ¡Eres entonces de verdad Afrodita!

—¿Tú qué crees?

—Me cuesta creer lo que creo.

—¿Aunque lo veas?

—¿Quieres tomar una copa de vino?

—Sí, por supuesto —contestó ella, al mismo tiempo que cogió su copa y la trasegó, aunque de forma pausada—. Eres muy amable y el vino está muy bien.

—¿Divino?

—Creo que a los dioses no nos está permitido reír.

—¡Sí! Debe de ser cierto: yo solo he visto reír a los demonios.

—Pero, vamos a ver, dime...

—No, dime tú primero —interrumpió a la diosa el cronista— qué es eso que he oído de ti, que tu sonrisa tiene la virtud de calmar a los vientos. ¿Es eso cierto?

—Totalmente cierto.

—Vamos, vamos, que no valen mentirijillas...

—Y, qué, tampoco creerás entonces tú que yo, como diosa lunar que soy, dispenso a los animales, plantas y hombres el rocío.

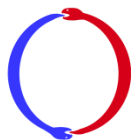
—¿Y para qué sirve eso?

—Hombre, qué cronista tan ignorante. Pues..., para que ocurra la influencia fecundadora.

—Palabras.

—Pues sí, palabras como belleza, amor, placer.

—Sí, también he oído alguna vez que siembras el deseo hechizando a todos los seres y, para más inri, nadie puede resistirse a tu voluntad.



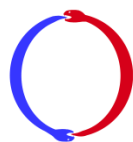
Además, que sobre los bellos jóvenes y las mujeres despiertas grandes y peligrosas pasiones.

—Así es, en efecto. En eso no yerras.

—¡Sin darte cuenta de que el amor da tanto tormento como ventura!

—Pues tampoco te equivocas ahora, cronista, y así es. Y yo, yo misma, estoy también sujeta a esa ley, pues, no solamente enciendo el amor en los pechos ajenos; yo misma, como te digo, ardo en inextinguibles ansias amorosas, no solo con los dioses, sino también con los hombres. Con los hombres como tú.

Seguía lloviendo casi a mares. El paseo, bastante sereno e insensible de base, soportaba de forma estoica en su cara de metal acristalado el aguacero sin hacer demasiado intensas alharacas. Más sensibles, piadosos y dolientes, los tilos, magnolios y plátanos mantenían enhiestos sus troncos, pero en su interior lloraban a mandíbula batiente su cólera contra el cielo. En medio de todos ellos, como una isla de luz tenebrosa en el mar de la lluvia, surgía el Gran Café luchando, aunque inerme, contra la noche.



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada: **Slava Jamm**

11	Emily Henry	53	Adam Azim
19	Ettore Ferrari	56	Infolibre
26	Carl Van Vechten	60	MA
38	Mitchell Luo	61	Librairie Mollat
39	Muhammad Mukhlis	63	Midjourney AI
40	Marc-Olivier Jodoin	64	Michael Soto
41	Aurora K	111	Slava Jamm
42	Marek Studzinski	112	Triyansh Hill
44	Fredric Andersson	114	Jérémie Crausaz
45	Nowbelov	119	Carol Oliver
47	Casey Horner	123	Musa Ortaç
50	Venti Views		

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094